
CAMINO ENTRE AZALEAS
LA FELICIDAD NO ES UNA CONSTANTE SIN FALLOS, SINO UNA SUMA DE PEQUEÑAS GRIETAS POR DONDE ENTRA LA LUZ
LORENA MURIÉN
LILA

© 2025 Lorena Murién
SafeCreative © **2506212219127**
instagram.com/lorenamurien_
instagram.com/veronicaespinosa.autora
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

1 SUEÑOS TRANSFORMADOS
2 EL AMOR TAMBIÉN NECESITA DE PAUSAS
3 VOLVER A FLORECER
4 A VECES LAS COSAS SOLO SE ESCONDEN
5 PROYECTAR CON EL ALMA
6 TIERRA CONOCIDA
7 RAMAS TORCIDAS
8 LO QUE TRAE EL VIENTO
9 EL ESPACIO QUE HAY ENTRE GRIETAS
10 LAS COSAS QUE NO QUIERO PERDER
11 SABER CÓMO BRILLAR
12 UN LUGAR LLAMADO HOGAR
13 LA GRIETA INVISIBLE
14 RAÍCES QUE SE EXTIENDEN
15 NO SON NECESARIAS LAS PALABRAS
16 RESISTENCIA LUMINOSA
17 LO QUE IMPORTA DE VERDAD
18 DANZA ENTRE FOGONES
19 RAMAS QUE VUELVEN A FLORECER
20 UN MAPA QUE SE BIFURCA
21 RUTA DISTINTA
22 RUIDO
23 CÓMO ARRANCARSE ESTE DOLOR
24 VOLAR CONTIGO
25 LA VIDA QUE SOÑÉ
26 NUESTROS LATIDOS
27 SIEMPRE FUISTE MI LUGAR
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

*"El destino más importante en la vida
es el que concierne al amor."*

—Nicholas Sparks



1
SUEÑOS TRANSFORMADOS

JULIA

Londres, Inglaterra. *15 de septiembre de 2023.*

Durante años tuve miedo de abrir las puertas de mi corazón y permitir que el mundo exterior formara parte de él, temiendo que terminara destruyéndolo como lo hizo mi padre, y como lo hicieron aquellos amores que se alejaron de mí, igual que la luz del cielo desaparece cada vez que Londres se tiñe de un otoño gris. Las pocas gotas de lluvia que cayeron esta mañana siguen adheridas a los cristales de Carla's, donde habitan las risas, los recuerdos y el aroma de las flores que cambian con cada estación, junto a aquellas que parecen desafiar el paso del tiempo. Suena *Wide Eyed*, de Billy Lockett, y el piano me transporta a los días en que mis pies danzaban sobre la arena de las playas de San Francisco, como si el tiempo no hubiera transcurrido desde entonces.

Y ya han pasado más de cinco años.

Jamás imaginé que una decisión impulsiva, un viaje, cambiaría mi vida de esta manera, ni que llegaría a descubrir el amor en formas tan diversas. Ese amor que te desgarra por dentro y deja más lágrimas que colores en un arcoíris cuando Carla nos entregó su último aliento; el que se imprime en la piel y en cada rincón del alma, como lo sentí al mirar a Shelby a los ojos y encontrar en ellos lo que siempre había necesitado; el amor que surge de tu verdadera vocación, tras años de sentirte perdida, cuando al entrar en esta floristería puedo respirar el aroma de las flores como si fuera la primera vez.

Y también el amor que se entrega a las calles de una ciudad mientras la recorres al volante de Lila.

La música cambia a *Movie*, de Blake Rose, y me pregunto cuál de todas las decisiones que tomé en mi vida fue la definitiva, la que arrancó la página más pesada de mi destino para escribir otra nueva que, sin duda, me trajo hasta aquí.

Tengo las manos cubiertas de tierra tras arreglar unas macetas, y no puedo evitar sonreír al sentir la humedad impregnar mi piel, como si fuera la primera vez. Como si las flores y yo hubiésemos estado juntas desde antes de nacer. A veces, me parece que el mundo de ahí fuera corre demasiado deprisa, y que aquí dentro, los minutos se estiran más de la cuenta.

—Buenos días, Londres… —susurro, apartándome un mechón rizado de la cara.

La campanilla de la puerta de Carla’s suena, y por el ritmo de los pasos sé que es Amber, incluso antes de que me salude. Suspira,

deja el bolso en el mostrador, y antes de que cruce por completo el umbral, ya sé lo que va a decir.

—«¿Qué haces aquí tan temprano?» —pregunto con tono de burla, anticipando cada una de sus palabras.

—Eso no tiene ninguna gracia —replica, mientras le dedico una sonrisa—. ¿Por qué no estás desayunando en algún lugar tranquilo?

—Sabes que vamos atrasadas con los encargos, y la verdad, ya no podía seguir en la cama.

—¿Otra vez te has despertado sola?

—Shelby tuvo anoche una cena de degustación con algunos inversores. Llegó tarde; ni siquiera la escuché entrar. —Me encojo de hombros, fingiendo que no me afecta el hueco frío a mi lado en la cama ni el silencio de la cocina antes del amanecer—. Cuando desperté, ya se había ido.

—Taylor también está muy ocupado últimamente. Deberíamos hacer algo para animarnos, como salir a correr.

—¿Tú, corriendo? ¿Qué le has puesto al café?

Amber me lanza el primer trapo que encuentra directo a la cara y cruza los brazos. Aunque no me apetece, termino soltando una carcajada y luego niego con la cabeza.

—Al menos cené con las vistas de Londres —comento—. Creo que van a terminar por no soportarme —sonrío mirando hacia un cubo con varios ramos de hortensias.

—Nunca pensé que dejarías Notting Hill —admite mi mejor amiga—. Mayfair no tiene nada que ver contigo.

—Ni contigo —le recuerdo.

—Pero Taylor no es tan…

—¿Tan qué? —La fulmino con la mirada y levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, que parece que ya no se pueden hacer bromas. Solo digo que deberías llamar a Benjamin y llevarte a Avery a dar una vuelta antes del colegio. Te animaría. Además, se te quitaría esa cara de perro triste que llevas.

—¿Quién necesita enemigas teniendo amigas como tú? —ironizo. Ella se encoge de hombros.

Amber se quita la chaqueta y la cuelga. Luego busca el delantal que durante tanto tiempo usó Nasrin y se dirige a por el portátil con el que siempre trabaja. Antes de que arranquemos la jornada, cumplimos con nuestra rutina: preparar un buen café. Ella pone en marcha la cafetera y saca dos tazas. Hoy lleva las uñas pintadas de verde salvia y ya tiene esa mirada enfocada que me dice que está lista para dejarse la piel en Carla’s.

—¿Viste la nota sobre los girasoles? —pregunta, dándome la espalda.

—Sí, el pedido es para el sábado por la mañana. Cuarenta tallos largos, con ramas de eucalipto y mimosas para combinar. Lo tengo anotado en la hoja de entregas —respondo mientras coloco algunas peonías sobre la mesa de acero.

Ella asiente con un leve gesto y, en un abrir y cerrar de ojos, sirve las tazas de café antes de sentarse en la mesa que hace de escritorio. Desde que se encarga de la contabilidad, Carla’s ha tomado otro rumbo. Ahora, con las redes sociales también a su cargo, el trabajo ha crecido a pasos agigantados. Más pedidos, más

visibilidad, más gente entrando y saliendo de la floristería. Es evidente que necesitamos contratar a alguien, pero en el fondo, creo que nos las arreglamos bastante bien.

Porque Carla's continúa conservando su alma, a pesar de las reformas que hemos hecho a lo largo de estos años.

Fui yo misma quien pintó la nueva pared del fondo, la que ahora sostiene estanterías de madera clara, con macetas de cerámica esmaltada y jarrones antiguos rescatados en Portobello Road. A veces me siento frente a ella como quien contempla una obra a medio terminar. Me recuerda que algo está creciendo, aunque aún no sepa si es dentro de mí o fuera. «Me pregunto si a Carla le habría gustado cómo se ve ahora», pienso, y se me encoje el corazón.

Amber tiene una capacidad de concentración admirable. Se ha puesto a completar el Excel semanal, y no tengo intención de intervenir. Nadie osa desordenar su método, no lo hice en nuestros años en Nolan Law y mucho menos lo haré ahora.

—Por cierto, esto llegó ayer a última hora —comenta mientras se levanta apresuradamente y va hacia la zona delantera.

Regresa enseguida y me tiende un sobre pequeño, bien cerrado.

—Es de la señora Parker.

Lo abro con cuidado. Dentro hay una nota escrita a mano, con esa caligrafía firme que siempre me ha recordado a tiempos en los que las cosas se decían de otra manera, de formas menos atropelladas que en este mundo dominado por la tecnología. Nos agradece el ramo que preparamos para el aniversario de su boda.

Dice que lloró, y que su marido, aunque ya no recuerde su nombre, sí reconoció el aroma del jazmín.

Los labios me tiemblan y me quedo inmóvil, leyendo esas líneas una y otra vez.

—¿Qué ocurre?

—Nada… solo que, a veces, olvido lo importante que es lo que hacemos aquí.

—Por eso, cada vez que se te pasa por la cabeza preguntarte si deberías regresar a la abogacía, me entran ganas de matarte.

Me sonríe con franqueza, y agradezco la manera que tiene de comprender el mundo, de comprenderme a mí. De encontrar belleza a mi lado incluso cuando apenas podemos respirar entre encargos retrasados y nuevos pedidos que llegan sin cesar. Me aparto un mechón rizado de la cara y la abrazo, besándola en la mejilla.

—Jamás podría dejar esto. Cada vez que acabo con las manos llenas de tierra, recuerdo por qué y cómo empezó todo esto. Y mi corazón se sosiega. Mucho más que cuando pasaba mis días entre contratos y ese falso sentido de justicia que, al final, solo dependía de decisiones ajenas.

—Ella estaría muy orgullosa de ti, lo sabes ¿verdad? —Se separa un poco y me acaricia las mejillas con los pulgares—. Has conseguido mantener vivo el espíritu de Carla's y hacer que sus flores lleguen a todos los rincones de Londres.

—Nunca lo habría logrado sin ti —le aclaro.

—Lo sé, pero no pienso admitirlo y estropear este momento.

Me guiña un ojo y estallamos en una carcajada.

—Venga, vamos a terminarnos el café, que tengo que salir a repartir los pedidos.

Amber me planta un beso sonoro en la mejilla justo cuando estoy a punto de arreglar el último ramo de la mañana. Entonces, el móvil vibra sobre la mesa de trabajo.
Termino de colocar los lirios y miro la pantalla.

> **Shelby**: Lo siento, pero no voy a poder quedar contigo para almorzar. Las cosas se han complicado en el restaurante. ¿Llevo algo de lo que cocinemos para la cena?

«Como si eso fuera un consuelo», pienso.

Sé que Shelby está entregándose en cuerpo y alma a Azaleas. Ha hecho realidad un sueño que antes solo existía en su libreta de recetas y en nuestras charlas de medianoche. Pero hay días —como hoy— en los que siento que ese sueño la ha devorado por completo.

—¿Todo bien? —pregunta Amber, apoyada en el marco de la puerta.

Sigue sorprendiéndome su capacidad para percibir lo que me pasa, incluso desde la distancia.

—Sí —miento—. Era Shelby. No va a poder venir a almorzar.

Dejo el móvil boca abajo, como si eso pudiera protegerme de lo que me remueve por dentro. Y al final, me repito que el amor también tiene estaciones, y que quizá ahora solo estamos atravesando un invierno demasiado largo.

—Salgo a repartir los pedidos —le digo a Amber, y me despido de ella con un abrazo.

. . .

El cansancio me pesa en los párpados por la falta de sueño y el ritmo que he llevado durante toda la mañana. Creo que lo único capaz de cambiar mi humor es un paseo por Portobello Road, por esos lugares donde solía rescatar las sonrisas de mis primeros días aquí. Pero el destino tiene otros planes, y el tintineo de la campanilla anuncia una carrera que reconozco al instante. Es imposible que esa energía cálida y chispeante, como el aroma de las gardenias en primavera, no te sacuda el corazón.

—¡*Tii* Jules! —grita Avery al entrar, agitando una mano en el aire con tanta fuerza que hace temblar hasta las hojas del ficus.

—¡Pero mira quién ha llegado! —respondo, dejando a un lado la regadera para recibir a este torbellino de brazos delgados y corazón inmenso que siempre consigue arrancarme una sonrisa.

Ya tiene ocho años, pero yo sigo viendo al niño pequeño de pelo rubio y ojos color avellana que me robó el corazón desde el primer día que me mudé a mi piso en Notting Hill.

Se lanza sobre mí como si el tiempo entre una visita y otra fuera una eternidad. Lo estrecho con fuerza, aspirando ese aroma a colonia infantil y chicle de fresa. Es inevitable pensar en lo deprisa que está creciendo. Cada vez que le veo, su risa resuena más fuerte, sus piernas son más largas y su mundo, igual que su corazón, más amplio.

—Le he pedido a papi que me trajera, tenía que darte esto —dice mientras abre su mochila como un mago antes de su truco final.

De su interior saca una cajita de cartón decorada con pegatinas de planetas y estrellas. Dentro hay tres dulces: uno de coco, otro de fresa y uno cubierto con virutas de colores.

—¡Los he hecho yo! —declara con orgullo, como si se tratase de tesoros traídos de una misión intergaláctica.

—¿En serio? —Abro los ojos con asombro—. Pues tienen una pinta espectacular.

Avery asiente muy serio.

—Tienes que comértelos todos o perderás el poder de florista mágica. Esas son las reglas.

—Yo que tú me lo tomaría en serio.

Benjamin se apoya en el marco de la puerta con una sonrisa enorme, acompañado por esa mirada de complicidad y agradecimiento que solo da una amistad de años.

—Se ha pasado toda la noche perfeccionando la receta con Oliver, aunque juraría que la lluvia de colores iba en los dulces y no en los pantalones, pero en fin...

—¡Eso iba a ser un secreto! —protesta Avery, indignado.

Su padre y yo estallamos en una carcajada.

—No pasa nada cariño, te prometo que yo me pongo peor cada vez que tengo que trasplantar una maceta.

Avery saca la lengua y corre hacia las plantas del rincón. Su padre se acerca a mí y nos fundimos en un abrazo que disipa de golpe el malestar del día.

—¿Te quedas un rato más y me echas una mano con los ramos?

—¿Podemos, papi?

—Claro que sí. —Benjamin le guiña un ojo—. Yo voy a hacer un par de llamadas.

Se despide mientras le paso a Avery un pequeño delantal de lino verde, el mismo que le cosí hace un par de años, con su nombre bordado en hilo azul. Digno del mejor ayudante del mundo. Se lo pone con la seriedad de un chef antes de un banquete, y regresa con los brazos en jarras, listo para la acción.

—¿Qué tienes que hacer? —pregunta, ayudándome a sacar un par de cubos con flores aún por clasificar.

—Pues tengo que preparar cinco ramos: uno para una pedida de mano, dos para un cumpleaños y los otros para una cafetería nueva que ha abierto en Fitzrovia. Quieren que me encargue de los arreglos mensuales.

—¿Podemos empezar por los de cumpleaños? —pregunta con entusiasmo, tijeras en mano, aunque por supuesto no va a utilizarlas sin que yo esté a su lado.

—Claro, pero primero tenemos que escoger bien las flores. —Me arrodillo junto a él frente a los cubos de claveles y margaritas.

Mientras le explico cómo vamos a combinar los colores —una mezcla de malvas y corales que armonizan a la perfección—, él va componiendo los ramos con una concentración casi artística, digna de su padre. Me fascina ver cómo frunce el ceño cuando duda entre un tallo u otro, cómo su imaginación sobrepasa los límites del papel kraft con el que solemos envolver las flores.

—Este es para una señora que cumple sesenta y cinco y le encantan los colibríes —le comento mientras atamos con cuerda el primero.

—Entonces necesita algo que vuele —responde, y añade unas ramitas que parecen aletear entre los pétalos.

Miro hacia atrás y veo a Benjamin sentado junto a Amber en el mostrador. Hablan en voz baja, como dos viejos amigos que se entienden sin esfuerzo, como si el tiempo no hubiera hecho mella en su relación.

—Echo una cosa de menos desde que no estás en Notting Hill —comenta Avery de pronto, con los dedos manchados de verde y los ojos fijos en el siguiente ramo.

—¿El qué, cariño?

—El árbol grande de la esquina, al que me ayudabas a subir cuando tú y Shelby ibais a por café antes de llevarme al cole.

Ese árbol tenía raíces profundas, como los recuerdos que uno guarda sin darse cuenta.

—Yo también lo echo de menos. Aunque ahora tenemos un parque enorme cerca de casa.

—Sí, pero no es lo mismo —responde con la convicción de quien ya ha aprendido que hay lugares que se quedan contigo, aunque los dejes atrás.

Permanecemos en silencio un rato, trabajando con las flores, mientras la música suave que emana de los altavoces nos envuelve como un susurro. Me doy cuenta de que, aunque hace apenas un rato el día parecía torcerse con el mensaje de Shelby, ahora todo ha cambiado. Avery tiene esa magia. Convierte cualquier lugar en un hogar, uno donde las cosas florecen de un modo distinto.

—¿Sabes qué creo? —me dice mientras coloca el último ramo sobre la mesa—. Que las flores también se ponen tristes si no les hablas.

Le miro con ternura.

—Entonces estas deben de estar muy contentas contigo. Hoy les hemos contado muchas cosas.

Él sonríe, satisfecho. Me lanza una mirada que lo dice todo: que me quiere, que disfruta estando aquí, que este lugar también le pertenece. Y aunque yo, a veces, me llene de dudas, sé con certeza que este es, sin ninguna duda, el lugar al que pertenezco.



2
EL AMOR TAMBIÉN NECESITA DE PAUSAS

SHELBY

Londres, Inglaterra. *16 de septiembre de 2023.*

La rutina en Azaleas Covent Garden comienza con el golpe seco del cuchillo sobre la tabla. Uno, dos, tres... y después pierdo la cuenta. La cocina late de un modo que solo quienes viven entre fogones pueden comprender. Aquí dentro no existe el reloj; solo los sonidos del horno, de los cuchillos, de los utensilios golpeando el acero, del burbujeo constante del caldo en la olla principal y de las órdenes que cruzan el aire de un lado a otro con una precisión casi quirúrgica. Todo ello al servicio de un único objetivo: ofrecer al comensal una experiencia irrepetible.

Parezco la directora de una orquesta siempre a contrarreloj, con un millar de cosas pendientes danzando dentro de mi cabeza.

—Tenemos cinco pedidos para el *brunch*. ¿Cómo va el tartar? —pregunta Elliot, asomando desde la estación de carnes con el

delantal manchado de jugo de remolacha.

—Estará listo en cuatro minutos —respondo sin girarme, mientras termino de perfilar una quenelle de mousse de aguacate sobre una tostada de centeno.

Elliot asiente, y con eso me basta. Siempre nos hemos entendido con pocas palabras. Desde que se unió a esta cocina, ha demostrado una capacidad asombrosa para anticiparse a mis movimientos, como si pudiera leerme el pensamiento incluso en medio del caos. Es preciso, meticuloso, rápido. Un tipo que no necesita alzar la voz para ganarse nuestro respeto. Digamos que es mi reflejo, la otra cara de la moneda, pero en versión masculina.

—¿Qué ha pasado con la burrata de la mesa seis? —grito hacia la ventanilla.

—¡Va en camino! —responde Flora desde el fondo, con su trenza recogida en un moño improvisado y los ojos brillantes con esa energía inagotable que solo tienen los veinteañeros.

Me limpio las manos con el trapo atado a la cadera y respiro hondo. Afuera, el comedor está lleno. Las voces se elevan en un murmullo cálido, entremezcladas con el tintinear de las copas, el roce de los cubiertos y las carcajadas típicas de un sábado a mediodía. Azaleas late con fuerza, como una flor viva que despierta cada día con un espíritu nuevo. Y aunque me absorbe por completo, aunque termine la jornada con los pies ardiendo y las manos entumecidas, sé que esto —justo esto— es lo que siempre soñé.

Me acerco a la ventanilla de pase y echo un vistazo al comedor. La decoración floral está impecable, como casi cada semana. Las mesas, vestidas con manteles de lino crudo y jarrones bajos repletos

de plantas y flores, parecen listas para una sesión de fotos. Amber pasó por aquí el jueves y dejó todo perfecto, pero Julia no vino. Ya lleva un par de semanas sin venir por el restaurante para revisar los arreglos. Y aunque lo comprendo, aunque sé que nuestros mundos profesionales giran a velocidades distintas, me duele esa distancia invisible que se cuela entre nosotras, como el vapor que empaña los cristales.

—¿Shelby? —La voz de Elliot me saca de mis pensamientos—. El proveedor de ostras acaba de llamar. Tienen problemas con la entrega del martes.

—Me da igual cómo lo haga. Aunque tenga que robárselas al mismísimo Poseidón, las quiero aquí sin falta.

Elliot suelta una risa ronca y anota algo en su libreta negra. A veces pienso que esa libreta es más eficaz que cualquier programa de gestión, porque lo que Elliot apunta, termina por ocurrir. Sin trucos ni alardes.

Cuando por fin encuentro un par de minutos para respirar, me encierro en la pequeña oficina del fondo, justo detrás de la bodega. Entre paredes cubiertas de notas adhesivas y una lámpara de escritorio que solo funciona cuando le da la gana, hallo un momento de paz y silencio. Saco el móvil del bolsillo. Tengo tres mensajes de Julia.

Julia: ¿Vas a poder llegar a casa antes de las once?

Julia: He pensado en preparar algo especial para la cena.

Julia: Supongo que eso es un no. Espero que tengas buen turno.

Siento una punzada justo debajo del esternón. Me conozco lo suficiente para saber que eso no es solo cansancio, sino culpa. Pero

no puedo contestarle ahora. No porque no quiera, sino porque hacerlo implicaría enfrentar esa verdad que se repite en mi interior cada vez con más fuerza: que vivimos juntas, sí, pero que el tiempo compartido entre nosotras dejó de coincidir hace ya mucho.

Ojalá pudiera asegurarle que estaré en casa sin falta. Ojalá pudiera hacer que el reloj corra más despacio y alargar cada instante a su lado. Pero Azaleas está en su mejor momento, y pensé que ella lo comprendía.

—No puedo retrasarme más… —susurro.

Antes de regresar a la cocina, reviso el correo. Entre facturas y confirmaciones de reservas, aparece un mensaje inesperado.

—¿Qué...? —musito mientras lo abro, incrédula.

Parpadeo, asegurándome de que no he leído mal.

Asunto: Cena privada – Emilia Carter

Estimada Shelby,

Soy Emilia Carter, redactora de crítica gastronómica para The Gourmet Londoner. Estoy interesada en hacer una reserva en Azaleas Covent Garden el próximo jueves por la noche. Agradecería si pudieran confirmarme una mesa para una persona a las 20:00 horas.

Atentamente,
Emilia Carter.

El cuerpo se me tensa como una cuerda de violín afinada al límite. Emilia Carter. La mujer capaz de encumbrar —o destrozar— un restaurante con una sola frase. Sus críticas son afiladas como cuchillas, auténtica literatura gastronómica. Y quiere cenar aquí...

Salgo de la oficina con paso decidido, dejando que la puerta se cierre sola tras de mí.

—¡Elliot! —lo llamo, y él levanta la cabeza desde el otro extremo, alerta como un soldado—. Este jueves tenemos una visita importante. Va a venir Emilia Carter, la crítica de The Gourmet Londoner. Vendrá sola, a las ocho.

Abre los ojos de par en par, lanza un silbido y asiente con seriedad.

—Entendido. ¿Tendremos menú cerrado?

—Sí. Quiero preparar algo especial. Que salga de aquí con ganas de escribir poesía sobre nuestros platos.

—Entonces no será por ideas —dice, sonriendo con picardía mientras me lanza un guiño.

No puedo evitar reírme, y durante un instante, la tensión se disipa. Le agradezco el gesto, porque empiezo a intuir que los próximos días van a ser más intensos de lo habitual.

—¡Una ración de verduras con soja! —grita Flora desde la ventanilla, devolviéndome al fragor del servicio.

A medida que pasan los minutos, la cocina comienza a vaciarse poco a poco, como una marea que se retira dejando al descubierto lo que ha estado oculto durante horas. Ollas sucias, cucharas olvidadas en los bordes de las encimeras, recipientes vacíos. Todavía flota en el aire el aroma del aceite de trufa y del perejil recién picado que el resto de ayudantes han preparado durante el servicio.

Elliot apaga las luces de la zona de hornos mientras estira los brazos y hace unos movimientos para aliviar la tensión. Tiene la postura de alguien que arrastra más peso que el del cocinado, igual que yo, aunque lo disimule tras el delantal.

—¿Nos vemos mañana temprano? —pregunta mientras se seca las manos con su trapo.

—Sí. Quiero repasar las nuevas entradas del menú antes del servicio del almuerzo. Y... lo de Carter —respondo mientras recojo con cuidado los manteles manchados para llevarlos a lavar.

Elliot asiente con esa calma suya, serena y contagiosa, la que hace que trabajar a su lado sea siempre más llevadero. Luego desaparece por la puerta lateral, y deja tras de sí un silencio que se me antoja extraño. Afuera, las calles de Covent Garden siguen vivas. Oigo voces, pasos, el murmullo de los bares y alguna que otra risa de grupos de amigos que han salido a tomar algo.

Se me encoge el corazón al pensar en cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que salí con los chicos.

Suspiro, apago el último interruptor y salgo con la chaqueta colgada del brazo. El cielo tiene ese azul profundo que solo aparece tras un día largo y agotador. Alzo la vista hacia las farolas, que parpadean como estrellas rendidas, y por un instante deseo ser una más en esa oscuridad, fundirme con la noche y dejar de pensar en todo.

Pero la mente no me concede tregua. Ni cuando recorro los adoquines de la plaza, ni al subir al primer taxi que encuentro. Me dejo caer en el asiento trasero con un suspiro que pesa más de lo que debería.

—¿Destino? —pregunta el conductor.

—Bruton Street, por favor.

El taxi se pone en marcha, y yo dejo que la ciudad se deslice frente a mis ojos como un sueño que cambia de piel cada noche. Las

luces, los escaparates, la gente que no se detiene. Me pregunto en qué momento todo esto se convirtió en rutina. Cuándo dejé de pensar en la boda, en las invitaciones que nunca llegamos a imprimir, en los anillos que siguen en nuestros dedos…

Y de eso ya han pasado más de cuatro años. Azaleas nació como una promesa, un sueño que esbocé en servilletas y en notas dispersas. Hoy es una responsabilidad con vida propia. Una criatura que late con fuerza y que exige más de lo que jamás imaginé. Y Julia… sé que se ha quedado al margen, no por voluntad, sino por la velocidad a la que gira mi mundo. Lo hemos intentado, seguimos intentándolo, pero incluso el amor necesita espacio para respirar.

Y cuando llego a casa, la medianoche ya ha quedado atrás. El edificio está sumido en un silencio solemne. Subo las escaleras con pasos pesados, como si cada uno arrastrara el resumen de la jornada. Abro la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido.

Dentro huele a lavanda y a pan tostado. La luz tenue de la cocina sigue encendida. En la mesa hay un plato con restos de pasta, una copa vacía y una servilleta arrugada. La bandeja del horno aún conserva el calor. Todo el conjunto grita «he cenado sola» sin necesidad de palabras.

Me quito las zapatillas y avanzo descalza hasta el salón. Julia está dormida en el sofá, envuelta en la manta gris que asegura no ser su favorita, pero que usa siempre que se queda aquí. Tiene un libro abierto sobre el pecho y varios mechones caen sobre su rostro. Está preciosa, como si el sueño la hubiese atrapado a mitad de un pensamiento.

Me agacho a su lado y me quedo observándola unos segundos, solo eso. Su expresión serena, los labios entreabiertos, la forma en que una de sus manos descansa cerca del pecho, como si intentara proteger el corazón incluso dormida. Hay algo en ella que siempre ha sido hogar y huracán a la vez. La estación en la que todo florece, incluso cuando el invierno insiste en quedarse. Es la pausa que necesito en medio del ruido, la promesa silenciosa de que aún hay cosas que no desaparecen, aunque el mundo se desmorone.

Permanezco ahí, detenida en ese instante, sin moverme, solo mirándola. Como si al contemplarla pudiera quedarme con un poco de su calma. Como si eso bastara para recordarme por qué, a pesar del agotamiento, siempre vuelvo a ella.

—Julia —susurro, rozándole la mejilla con la yema de los dedos.

Apenas se agita, frunce un poco el ceño.

—Mm… ¿qué hora es?

—Tarde. Lo siento por no avisarte. Ha sido un día caótico en el restaurante. Luce nos ha vuelto a fallar.

Abre los ojos, y durante un instante me observa como si no supiera si está soñando o si de verdad estoy aquí. Luego suspira y asiente, sin decir nada. Y tampoco hace falta.

—Ven, vamos a la cama —le propongo, rodeándola con los brazos.

Se deja guiar sin decir una palabra. Camina descalza tras de mí por el pasillo. Ese tipo de silencio que se impone cuando el cansancio lo ocupa todo. Entramos en la habitación y nos tumbamos juntas en la cama. Ella se gira hacia mí de forma automática, y yo la

rodeo con los brazos como tantas otras noches, buscando el refugio que, pese a todo, todavía compartimos.

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunta con voz rasposa, entumecida por el sueño.

—Largo… pero bien. Aunque ha ocurrido algo que prefiero contarte mañana.

Asiente sin abrir los ojos.

—Importante, ¿verdad? —murmura—. Bueno… seguro que tú puedes con todo. Siempre lo haces de maravilla.

Su frase es una certeza que me estremece. No estoy segura de merecerla. Pero me basta con acurrucarme en su abrazo. Y aunque el sueño me arrastra, aunque mi cuerpo está exhausto, no cierro los ojos de inmediato.

Le doy un beso en la frente.

—Gracias —musito.

Julia solo sonríe. Y, por ahora, esa sonrisa me basta para continuar.



3
VOLVER A FLORECER

JULIA

Londres, Inglaterra. *17 de septiembre de 2023.*

La luz se cuela por las cortinas como una caricia lenta, bañando el suelo de madera con una tibieza que parece sacada de otro mundo. Abro los ojos antes de que suene el despertador, como si algo en mi interior supiera que hoy necesito despertar justo ahora. Shelby duerme a mi lado, acurrucada entre las sábanas desordenadas, con el pelo despeinado cayendo sobre la almohada. Respira hondo, como si al fin hubiese encontrado una rendija de descanso en medio del caos que la envuelve a todas horas.

Me quedo mirándola unos segundos. Tiene esa expresión serena que me enamora, incluso ahora, cuando lo que siento es un cúmulo de emociones que a veces no sé cómo nombrar. Está el amor, por encima de todo, claro que sí. Pero también hay algo de melancolía. Una punzada dulce y dolorosa a la vez, como si la versión antigua de nosotras me observara desde algún rincón de

Notting Hill, donde el tiempo quedó suspendido entre estanterías y libros cuando ella me pidió que la acompañara al mercado.

Me levanto con cuidado, sintiendo la suavidad de la alfombra bajo los pies descalzos, y la dejo aquí, envuelta en esa calma que deseo que la arrope.

La cocina está en silencio. El reloj marca las 7:12, y la ciudad parece contener la respiración. Abro las ventanas para dejar entrar el aire fresco de septiembre. Tiene ese olor a hojas secas y a pan recién horneado que me recuerda a nuestros primeros domingos juntas, cuando llenábamos la casa de canciones antiguas y preparábamos tostadas con mermelada de albaricoque.

Abro el frigorífico y empiezo a sacar ingredientes con una energía inesperada: huevos, mantequilla, queso de cabra, aguacate, pan de centeno… Hoy quiero sorprenderla. Recuperar algo de lo que fuimos, aunque sea a través de un desayuno improvisado. Me gusta pensar que los gestos sencillos también dicen «te sigo eligiendo».

La cafetera burbujea como un suspiro. Mientras bato los huevos, me sorprendo tarareando una canción que solíamos bailar en el salón. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que hicimos algo así.

Cuando todo está listo, dispongo dos platos en la mesa: huevos revueltos con cebollino, tostadas con aguacate y tomate, un par de galletas de avena que sobraron de ayer, y dos tazas de café. Shelby aparece justo en ese momento, aún con los ojos entrecerrados, el pelo alborotado y la camiseta que suele usar debajo de la chaquetilla de chef arrugada.

—¿Has hecho el desayuno? —pregunta con voz ronca, aún medio dormida.

—Sí, y hoy no pienso dejar que pongas excusas para que tu primera comida del día sea el *brunch* en Azaleas —le sonrío y señalo la silla frente a la mía.

Shelby se deja caer con una sonrisa cansada pero genuina. La observo mientras prueba el café. Pone una mueca exagerada, pero no dice nada. Ya sabe que nunca consigo que me salga tan fuerte como a ella, pero forma parte de nuestra historia, de mi yo siendo Julia.

—¿Por qué te has despertado tan pronto? —pregunta, llevándose una tostada a la boca.

—No lo sé… me apetecía hacer algo por ti. Algo que no tuviera que ver con horarios ni reservas.

Ella asiente y traga con lentitud un trozo de huevo.

—Gracias, de verdad. Hacía mucho que no compartíamos un desayuno.

—Sí… demasiado —respondo, bajando la vista hacia mi plato.

Durante unos minutos, el silencio resulta cómodo. Cálido. Familiar. Como si este domingo pudiera parecerse a los de antes.

—¿Y tú qué planes tienes hoy? —pregunta Shelby, pasándose la servilleta de lino por los labios.

—Pensaba pasarme por Carla’s. Aunque sea domingo, Amber quiere repasar los pedidos de bodas para octubre. Y quizás me quede a organizar el escaparate.

—Suena bien —responde, aunque su tono es algo distante, como si ya estuviera en otro lugar.

—¿Y tú? ¿Podrás tomarte unas horas libres?

Ahí es cuando el ambiente se resquebraja ligeramente. Como si el cristal del momento tuviera una grieta por donde empieza a filtrarse el frío.

—En realidad, no. Elliot y yo tenemos que trabajar en el menú para Emilia Carter, la crítica gastronómica. ¿Recuerdas el artículo que te enseñé? —Julia da otro bocado mientras asiento—. Ayer me escribió por correo. Viene el jueves, así que quiero empezar a probar platos desde hoy. Necesitamos que salga perfecto. Podría suponer un antes y un después para Azaleas.

—Ya veo, suena muy importante.

Shelby me observa sin decir nada durante un instante. Luego deja la taza sobre la mesa y se inclina hacia mí.

—No quiero que creas que no me importan nuestros paseos por Notting Hill o por Camden. Es solo que… esto también significa mucho para mí.

—Lo sé —respondo con rapidez, demasiada quizás—. No hace falta que te expliques.

Pero por dentro, algo se me encoge. Aunque admiro su entrega y pasión, no puedo evitar sentirme al margen. Como si su mundo girara en torno a un centro que ya no compartimos.

Shelby permanece en silencio. Luego rodea la mesa y, en lugar de marcharse, se agacha frente a mí. Me apoya una mano en la rodilla; con la otra acaricia mi mejilla. Sus ojos buscan los míos, y

esta vez no hay prisa en su mirada, solo una necesidad sincera de que la escuche.

—Voy a sacar tiempo para nosotras, Julia —dice con esa voz que siempre logra calmar la tormenta—. No solo para dormir juntas, ni para cruzarnos en la cocina. Tiempo de verdad. Te lo prometo.

Sus dedos rozan los míos y, aunque el gesto es pequeño, me remueve por dentro. Quiero creerla. Una parte de mí ya lo hace. Otra, más cauta, se protege. Como una flor que duda si abrirse o resistir con vida un poco más.

—Está bien —murmuro, atrapando su mano entre las mías—. Pero que sea pronto. No quiero que solo nos veamos en sueños —exagero un poco, y Shelby sonríe.

No dice nada más. Me besa en la frente, como si ese gesto pudiera borrar todas las dudas. Y, por unos segundos, lo consigue.

Se incorpora con lentitud, como si le costara separarse. Se termina el café de un trago, coge una de las galletas y da un mordisco pequeño. Se limpia los labios con la camiseta y me lanza una mirada cómplice.

—Están mucho mejores que las del otro día. ¿Les has puesto más canela?

—Un poco —respondo, esbozando una sonrisa suave.

Shelby se estira, se toca la nuca con gesto cansado y se dirige hacia el pasillo.

—Voy a ducharme antes de irme a Azaleas. Quiero empezar pronto con Elliot. Si me da tiempo, vuelvo antes de cenar —dice mientras se aleja.

—Vale.

Cuando Shelby desaparece por el pasillo, recojo su taza y la mía. El agua empieza a correr dentro de la ducha, como una frontera líquida que señala el inicio de otro día. Un día más en el que compartimos el mismo espacio, pero no el mismo tiempo. Termino de recoger la mesa y me detengo un instante, contemplando el reflejo del vapor en el cristal de la ducha, preguntándome cuánto puede sostenerse el amor si no se riega a tiempo.

Y entonces, como si pudiera oír mis pensamientos, Shelby entreabre la puerta del baño. Asoma la cabeza, con el pelo recogido en una pinza y la piel aún húmeda.

—Gracias por el desayuno, cariño.

Asiento, con un pequeño nudo en la garganta.

—De nada. Que tengas buen día.

Ella sonríe. No es una sonrisa amplia ni entusiasta, pero es sincera. Es esa misma sonrisa que empezó a enamorarme sin hacer ruido, casi sin que yo me diera cuenta.

. . .

Cruzar la puerta trasera de Carla’s siempre me resulta como atravesar un umbral invisible entre dos mundos. Afuera, Londres palpita con su ritmo frenético, con ese pulso incesante que parece no descansar jamás. Aquí dentro, en cambio, el aire se vuelve más denso, más pausado. Como si los recuerdos hubieran tejido una red invisible entre las paredes, las macetas rebosantes de flores y el terrazo ya algo agrietado por los años.

Voy a la parte de atrás, una especie de garaje improvisado al filo del almacén y la veo ahí quieta, totalmente inmóvil, con la pintura algo desconchada por el tiempo y los cristales empañados de polvo. Como si el mundo entero la hubiera olvidado. Pero yo no.

Me acerco a la furgoneta con el respeto con el que se visita un altar. En su interior ya no hay ramos frescos ni cintas colgando del retrovisor. Solo un silencio reverencial, cargado de palabras nunca pronunciadas. Paso los dedos por la chapa y el tacto áspero me estremece. Todavía puede leerse su nombre, apenas visible, en la placa azul que dice: «LILA». Letras desvaídas, como suspiros escritos en una servilleta antigua.

—Hola —susurro, como si pudiera oírme.

La puerta del conductor cede con un leve crujido al abrirla. Dentro huele a humedad, a madera vieja y a pétalos secos. Cierro los ojos un momento y me inunda una sensación que apenas sé describir, como si cada rincón de este lugar guardara fragmentos de una versión de mí que creía olvidada.

Me siento en el asiento. Lo hago con cuidado, como si aún esperara que Hal apareciese de pronto con una de sus frases crípticas sobre la vida, mientras encendía la radio y tarareaba canciones que nadie más recordaba en sus últimos días.

«Cuando el mundo no te entienda, planta flores, Julia. Ellas siempre lo hacen.»

Me cubro el rostro con las manos. La nostalgia no siempre avisa; a veces cae como una llovizna suave que, sin darte cuenta, termina calándote hasta dentro.

Miro a mi alrededor: hay algunos cubos vacíos en la parte trasera, los ganchos donde solíamos colgar los ramos, ahora desnudos. El panel de control parece un esqueleto triste: indicadores apagados, botones oxidados. Lila empezó a fallar una mañana lluviosa, justo tres años después de que Carla se marchase para siempre. El motor se paraba sin razón. Luego vinieron las fugas de aceite, los frenos inestables, el humo inexplicable. Benjamin intentó ayudar, incluso trajo al mejor mecánico que conocía. Pero no hubo forma. Era como si Lila supiera que algo más profundo se estaba apagando, y decidiera acompañar ese proceso.

Desde entonces, nadie ha tenido valor para moverla. Ni para decirle adiós.

Nadie. Y mucho menos… yo.

Paso una mano por el salpicadero, retirando algo de polvo. Me duele solo pensar en deshacerme de ella. Me duele porque siento que olvidarla sería como romper un vínculo que no estoy preparada para soltar.

—¿Y si no quiero dejar nada de esto? —me oigo decir en voz baja, sabiendo que nadie más puede oírme.

¿Y si dejarla marchar es traicionar todo lo que significó? ¿Y si supone admitir que ya no somos quienes fuimos? Que el alma de Carla se ha ido para siempre, que la memoria de Hal no volverá a tararear dentro de esta furgoneta, que Shelby y yo ya no somos esas dos mujeres que paseaban por Notting Hill cogidas de la mano, soñando en voz alta, antes de mudarme con ella a Mayfair.

Acaricio el volante con una ternura que me sorprende.

—No quiero que te conviertan en chatarra. Pero tampoco quiero que sigas muriendo así —murmuro.

La brisa matinal entra por la ventanilla entreabierta y levanta un par de pétalos que aún reposaban en el suelo. Me pregunto cuántos días se ha sentido así Lila, atrapada en este limbo. Cuántas veces he pasado de largo, incapaz de abrir la puerta.

Y entonces, pienso también en él. En Hal, a quien apodé Mr. S, con su bufanda de lana deshilachada, sus boinas eternas y esa risa ronca que parecía salida de un cuento de invierno.

Recuerdo la mañana en que le despedimos, en un día gris que no necesitaba lluvia para doler. Yo estaba de pie junto a la pequeña urna de cobre, colocada bajo un cerezo sin flor, con las manos cerradas en puños dentro del abrigo y los ojos fijos en la tierra. No lloré. Solo permanecí allí, sintiendo cómo una parte del mundo se replegaba sobre sí misma.

—Gracias por enseñarme a mirar sin prisa, a ver donde yo no podía —le dije en voz baja, cuando todos se habían marchado.

Después, me acerqué a Lila. La toqué igual que ahora, con miedo y cariño. Y le prometí cuidarla. Aunque, en el fondo, nunca supe cómo. Desde entonces, la he dejado aquí, dormida, envuelta en silencio. Como si mantenerla intacta fuera mi forma de no dejarla marchar del todo.

Un ruido a mi espalda me sobresalta. Es Amber, que se asoma por la parte trasera con una taza de té humeante entre las manos.

—¿Otra vez hablándole? —pregunta con una sonrisa suave. No se burla. Lo dice como quien entiende demasiado bien lo que es dirigirse a cosas que ya no pueden responder.

—Sí… —murmuro, sin moverme del asiento—. No sé por qué me cuesta tanto decidir qué hacer con ella.

Amber se acerca y se sienta en el escalón de la puerta abierta.

—Porque no es solo una furgoneta —responde encogiéndose de hombros, con ese tono sereno que siempre usa cuando habla de cosas importantes—. Lila es las estaciones de Londres, es el amor, la pérdida… todo eso reunido en apenas tres metros por dos.

—Exacto —respondo, dejando caer la cabeza contra el respaldo.

Ella me tiende la taza.

—Quizá no se trate de dejarla ir —dice—. A lo mejor solo necesitas transformar su legado en algo nuevo. Algo que honre lo que fue.

La miro. Amber nunca habla por hablar. Cada palabra que sale de su boca parece pensada, medida, y por eso se me queda grabada en lo más hondo, como si la llevara escrita bajo la piel.

—¿Y si no sé cómo hacerlo?

—Entonces empieza por abrirle las ventanas, Julia. Deja que entre el aire fresco. Lo demás vendrá solo —añade, con esa chispa alegre que a veces ilumina hasta las ideas más tristes.

Asiento, aunque la certeza todavía no me alcanza del todo. Bebo un sorbo del té. Está algo dulce para mi gusto, pero me reconforta. Vuelvo a mirar el interior de Lila, y me doy cuenta de lo mucho que me cuesta verla distinta. Pero también sé que no puede quedarse así para siempre. Que algo, inevitablemente, tiene que cambiar.

Quizá no sea hoy, ni mañana.

Pero tiene que ser pronto.

Amber vuelve al interior de la floristería, dejándome sola en la parte trasera. Me quedo ahí un rato más, envuelta por el silencio, los recuerdos, y ese murmullo invisible que me susurra que, quizá —solo quizá— permitir que Lila se marche no sea una traición, sino el primer paso hacia una nueva forma de florecer.



4
A VECES LAS COSAS SOLO SE ESCONDEN

JULIA

Londres, Inglaterra. *19 de septiembre de 2023.*

La campanilla de la puerta de Carla's apenas ha sonado dos veces en toda la mañana, a pesar de la cantidad de pedidos que teníamos por preparar. El otoño se ha instalado ya, silencioso y firme, con ese aire fresco delicioso que se cuela por las rendijas, y el aroma de hojas las caídas que se adhiere al escaparate. La ciudad parece avanzar hoy a otro ritmo, más lento, más íntimo, como si el mundo entero se preparase para recogerse en sí mismo y sentarse a tomar una taza de té caliente en casa.

La floristería también respira esa calma. Amber y yo trabajamos sin prisa, entre canastos de flores secas, cajas recién llegadas y una taza de café que ya se ha quedado tibia en la mesa de trabajo desde hace más de media hora.

—¿Shelby te ha dicho algo más sobre la cena con Emilia Carter? —pregunta Amber, mientras arregla un ramo de margaritas en un jarrón esmerilado.

—Solo que quiere que todo salga perfecto, y que está trabajando el menú con Elliot. Las pocas horas libres que ya tenía, se han esfumado con esta historia —respondo, recogiendo algunas hojas sueltas del suelo. No levanto la vista de lo que hago; prefiero que Amber no vea mi expresión, aunque sé que, con lo bien que me conoce, ya la habrá adivinado.

Durante unos segundos, no dice nada. Luego, suspira.

—Debe de ser un estrés tremendo. Quiero decir, para ellos… recibir la visita de una crítica tan importante no debe de ser precisamente plato de buen gusto, sobre todo si eso coloca a Azaleas en el punto de mira.

Tiene razón. Y aunque intento tragarme el nudo que me aprieta la garganta, no puedo evitar sentirme al margen de esa parte de la vida de Shelby que ya no comparto. Una parte donde Elliot es el coprotagonista.

—Sí… Aunque a veces me da la sensación de que ella está más cómoda allí, en esa cocina, que en casa con nosotras —murmuro, encogiéndome de hombros.

Amber me lanza una mirada fugaz, pero se contiene. Ya sabe que no llevo bien que me contradigan cuando estoy así, y que necesito poner en palabras lo que me pesa antes de poder mirar las cosas con claridad.

—No pienses que no te entiendo. Taylor y yo discutimos semana sí y semana también —comenta tras unos segundos,

mientras se seca las manos en el delantal—. Pero al menos discutimos. No estamos cada uno en su mundo.

—Eso es lo que más me duele: sentir que ni siquiera tenemos tiempo para pelearnos. Que simplemente… nos estamos distanciando, sin hacer ruido.

Me apoyo en el borde del mostrador y echo la cabeza hacia atrás. A veces me siento como una flor que ha pasado demasiado tiempo en agua: aún intacta por fuera, pero pudriéndose poco a poco por dentro.

—¿De verdad crees que está más a gusto en Azaleas que contigo? —pregunta Amber con suavidad.

—No lo sé. Me cuesta creerlo, pero también veo cómo se le iluminan los ojos cuando habla de cocina. Y la entiendo, claro que sí. Solo que… pensé que ese mundo también lo compartiríamos… y no que lo haría con otra persona.

Amber se acerca, toma mi mano entre las suyas y la aprieta con firmeza. No intenta convencerme de nada, ni me dice que exagero. Solo se queda a mi lado, en silencio. Y eso, ahora mismo, vale más que cualquier consuelo. Luego me abraza, y enredo los dedos en la blusa que lleva hoy, siempre tan impecable como su sonrisa cuando se separa de mí.

—Intenta rescatar un rato para vosotras. Incluso si tienes que ir a Azaleas. Creo que necesitas afrontarlo de frente, decirle cómo te sientes, pero sin buscar culpables. No puedes reprocharle que ame tanto ese restaurante.

—No… porque yo también estoy enamorada de Carla’s —añado.

Y sé muy bien lo que significa entrar en tu lugar de trabajo y sentir que, al fin, estás donde siempre soñaste.

—Bueno, tenemos que entregar el ramo de la señora Holloway antes del mediodía —comenta, cambiando de tema—. Te lo apunté la semana pasada en la agenda, junto a los encargos que nos hicieron a última hora. Por cierto, ¿has decidido ya qué harás con ella?

Su mirada se dirige a Lila. Niego con la cabeza.

—Todavía no —respondo. Siento cómo algo me oprime el pecho.

—Seguro que pronto encontrarás la respuesta.

Asiento y me pongo en pie. Me aferro a la rutina como quien se agarra a una cuerda en medio de una niebla espesa.

Preparo el ramo con esmero: dalias, escabiosas moradas, ramas de bayas y un poco de eucalipto. Septiembre tiene ese punto melancólico pero vibrante, y me gusta pensar que estas flores capturan bien esa mezcla de sensaciones. Un equilibrio entre lo que permanece y lo que ya está a punto de irse.

Salgo con el ramo envuelto en papel y una cinta burdeos. El cielo está encapotado, pero todavía no llueve. Las calles de Londres parecen más limpias tras el fin de semana, como si todo se reiniciara con el arranque de la semana.

La señora Holloway vive en una casa de ladrillo rojizo, en una calle donde los árboles ya se tiñen de cobre y las hojas secas alfombran la acera. Cuando llego con la furgoneta que me prestó un colega de Tony —que ya se ha quedado conmigo mucho tiempo—, me detengo un instante a respirar el ambiente en silencio, hasta que

llamo al timbre. Escucho sus pasos al otro lado de la puerta, inconfundibles. Poco después, aparece con su bata floreada y su sonrisa de siempre. Lleva el pelo blanco recogido en un moño algo torcido, como si se lo hubiera hecho a toda prisa.

—¡Julia! —exclama, tomando el ramo como si le entregase un pedazo de sol—. ¿Cómo sabías que hoy, justo hoy, necesitaba algo tan bonito como esto?

—Es martes, así que vengo a cumplir con la tradición —le respondo, con una sonrisa—. «Flores que me recuerden que la vida continúa.»

Ella ríe y me invita a entrar, pero le explico que tengo más entregas pendientes.

—No dejes de luchar por lo que amas, niña —dice entonces, de pronto, como si hubiera leído mi interior—. A veces las cosas no se pierden. Solo se esconden para que las volvamos a encontrar.

Asiento sin saber muy bien qué decir. Camino de vuelta a la furgoneta con las manos en los bolsillos y el corazón un poco más sereno. Tal vez no entienda todo ahora, pero sus palabras se quedan conmigo, como semillas que solo necesitan su tiempo para florecer.

Y me acompañan durante el resto de la jornada.

Después de cerrar Carla’s, decido salir a dar un paseo y, como siempre, el día nublado me lleva de regreso a Notting Hill.

Hay algo en la forma en que la luz se filtra entre los edificios de colores pastel, en el eco de los pasos sobre las aceras antiguas, que me hace sentir parte de algo que ya no tengo, pero que, de algún modo, aún me pertenece.

Benjamin me recibe con un abrazo grande, sincero, mientras Oliver me saluda desde la cocina, horneando algo que huele a canela y mantequilla. En los últimos meses su cojera se ha vuelto más visible, pero desde que la asociación ha empezado a llegar a mucha más gente, su rostro irradia una alegría constante que no se le despega de los labios.

—¡Avery, deja los dibujos y ven a saludar a tu tía!

El pequeño obedece sin rechistar y se lanza a mis brazos, para volver poco después a su rincón del sofá.

—Estás muy seria —observa Benjamin cuando nos sentamos en la mesa del comedor, junto a una bandeja de dulces aún templados—. ¿Pasa algo en Carla's? —añade, ofreciéndome una taza de café.

—En realidad, es con Shelby —respondo, sin rodeos. No hay razón para endulzar algo que se me atraganta desde hace días, aunque me sorprende haberlo dicho tan de golpe.

Oliver me ofrece el azúcar con una sonrisa serena. Luego se sienta frente a mí, se cruza de brazos y me dedica esa mirada de hermano mayor que reconforta más que cualquier palabra.

—¿Quieres contárnoslo? —me anima—. ¿Ha pasado algo en concreto?

—No. Y justo eso es lo que me inquieta, que ya no pasa nada. No discutimos, apenas hablamos. Casi siempre llega tarde a casa y yo ya estoy dormida. Intento levantarme pronto para coincidir con ella, pero siempre está enfrascada en temas de proveedores, en mil llamadas y prisas.

—Ya sabíamos que no iba a ser fácil —interviene Benjamin—. Shelby es una persona muy entregada a su trabajo, y Azaleas ya tiene un renombre, no se puede conseguir algo así sin ningún sacrificio.

Me observa con atención, como si buscara en mis palabras alguna grieta que no me atrevo a nombrar.

—¿Has hablado con ella de esto?

—No quiero que parezca que no apoyo su sueño. Ese restaurante es todo lo que siempre quiso. No puedo pedirle que me elija a mí por encima de las cocinas.

—Yo creo que no se trata de elegir —interviene Oliver, mientras me toma la mano y la acaricia—. Se trata de hacer espacio para ambas cosas. Y tú también deberías comprenderlo un poco más. Recuerda cuánto te apoyó ella durante las reformas y todos los cambios en Carla's.

—No es tan sencillo cuando cada conversación se interrumpe con un ingrediente que no ha llegado o una reserva que falla.

—Julia… —dice Benjamin con voz pausada—. Todos sabemos que tú no eres de las que se quedan esperando a que el amor regrese sin más. Por algo decidiste quedarte en Londres y dejarlo todo atrás. Si algo te duele, dilo. Si la echas de menos, díselo. Lo peor es acostumbrarse a sentirse sola estando con alguien. Y no creo que eso sea lo que quieres con Shelby.

Sus palabras me atraviesan como piedras lanzadas al fondo del lago que llevo dentro. Crean ondas y lo remueven todo.

Me quedo un rato más con ellos, comiendo dulces que saben a infancia y escuchando de fondo el bullicio de Avery, como un eco

esperanzador. Y aunque sonrío, aunque agradezco ese instante, mi mente no deja de pensar en horarios, en si Shelby habrá llegado ya, en si tendrá hambre. En si, por un momento, se habrá dado cuenta de que ya no somos las de antes.

. . .

La casa está en silencio cuando vuelvo. El reloj del recibidor marca las 21:37, y en la cocina todo sigue tal como lo dejé esta mañana. Cierro la puerta con cuidado y dejo las llaves en el cuenco de cerámica que hicimos juntas en aquel taller donde reímos más de lo que moldeamos.

No enciendo la luz. Me quedo en el salón, acompañada solo por el reflejo azul de la ciudad que se cuela por las ventanas. Me siento en el sofá y me quedo aquí. Esperando a una versión de Shelby sin ojeras. A la que hablaba de Grecia o de la boda en el campo que nunca llegamos a planear.

Observo cada rincón del salón donde solíamos bailar.

Bailábamos sin música. A veces solo al ritmo del lavavajillas, o de las melodías suaves que llegaban desde la calle. Ella me sujetaba por la cintura, y yo me dejaba llevar. Incluso cuando decía que no sabía bailar. Incluso cuando tropezábamos con la alfombra… o con la vida.

Ahora el salón está en silencio, y solo me alcanza el zumbido lejano de la ciudad, el eco apagado de un recuerdo que aún vive donde ya casi no queda nada. Me abrazo a mí misma, como si eso

bastara para protegerme de esta sensación de quedarme sola en una historia que escribimos entre las dos.

Me levanto despacio, como si el peso de los días también se hubiese posado sobre mis huesos. Camino por el pasillo, rozando la pared con la yema de los dedos, y cuando llego al umbral del dormitorio, me detengo, mirando atrás.

Y ahí está ese recuerdo hermoso.

Shelby riendo, girando conmigo en mitad del salón. Con esos pantalones anchos que odia y que a mí me encantan, y la camiseta blanca con la flor bordada que le regalé. Tenía las mejillas encendidas de tanto reír y los ojos llenos de ese brillo que hacía que su alrededor cobrara vida.

Parpadeo y el salón vuelve a estar vacío. Apago la luz. Y el recuerdo se queda suspendido en la oscuridad, como una luciérnaga que se resiste a apagarse del todo.

Al final, me meto en la cama sola, procurando no ocupar demasiado espacio. Y al cerrar los ojos, me digo que, tal vez mañana vuelva a bailar conmigo.



5
PROYECTAR CON EL ALMA

SHELBY

Londres, Inglaterra. *21 de septiembre de 2023.*

Las luces ya están encendidas cuando miro el reloj por última vez. 19:57. El restaurante permanece en silencio, envuelto en esa calma tensa que precede a una noche importante. Como si todo el local contuviera el aliento, esperando su llegada. Cada detalle ha sido cuidado al milímetro y, aun así, cuando Emilia Carter cruza el umbral, siento que ni el equilibrio más perfecto puede evitar que el resto se tambalee.

Los manteles están impecables. Las flores del centro de mesa —ramitas de brezo, mini dalias y jazmín estrellado— han sido dispuestas con la precisión de quien decora un santuario. «Ojalá hubiese pedido a Julia que se encargase de esto», me lamento, aunque ya es tarde para cambiar nada. Elliot está en cocina, revisando la *mise en place* por tercera vez, mientras Flora acomoda

las copas con meticulosidad quirúrgica y susurra algo a Lucas, el sumiller.

La presencia de Emilia cambia por completo el ambiente. Su abrigo color avellana roza casi sus tobillos, y sus labios rojos son el único punto de color vibrante en una expresión perfectamente neutra. Lleva una libreta en la mano derecha y una mirada en la que no sé si hay curiosidad o una sentencia inminente.

—Shelby Monette —dice, con una voz que no necesita alzarse para imponerse.

—Bienvenida a Azaleas —respondo, tendiéndole la mano con firmeza—. Es un honor tenerte con nosotros esta noche.

—Ya veremos si también lo es para mí —replica, sin ápice de malicia, pero tampoco con amabilidad.

La acompaño hasta la mesa junto al ventanal, la más recogida del restaurante. Una elección deliberada. Quiero que perciba el alma del lugar desde su rincón más humano, con las plantas colgantes proyectando sombras como telones sobre un escenario que lleva días preparándose. Días que ojalá hubiesen sido más.

Se sienta con una calma monumental —ojalá pudiera robársela — y deja la libreta a su derecha, entrelazando los dedos sobre el mantel. Recorre el entorno con la mirada y no pide la carta. Sabe que hoy el menú ha sido diseñado exclusivamente para ella.

—Me han dicho que esta mesa es la más solicitada —comenta, observando las sombras que las plantas —que vienen de Carla's— proyectan sobre la madera.

—Sí, es el lugar favorito de las parejas, y de las familias en general. Tiene una luz y unas vistas fantásticas en cualquier

estación.

Emilia asiente apenas. Recorre el local con los ojos, deteniéndose aquí y allá, y luego se vuelve hacia mí como si ejecutara una coreografía perfectamente ensayada.

—¿Cuántos servicios ofrecéis?

—Cincuenta y cinco entre semana. Un poco más los viernes y sábados. Pero no nos interesa crecer por crecer. Azaleas es un espacio íntimo.

—¿Y cuántas personas tienes en plantilla?

—Seis. Contando sala y cocina, según los turnos. Casi todos se han formado aquí desde los puestos más básicos.

Anota algo en la libreta que había dejado sobre la mesa. Es sencilla, clásica. Me gustaría pensar que ella también lo es y que eso jugará a nuestro favor.

—Tu sous-chef, Elliot Markham, trabajó en un tres estrellas Michelin antes de venir aquí, ¿verdad? Resulta curioso que, tras alcanzar ese nivel, prefiriera un lugar más… modesto.

—Supongo que todos necesitamos cambios. Y nuevos retos, de hecho, es él quien más está con el resto del equipo —respondo, entrelazando los dedos a mi espalda para contener los nervios—. Lo fiché hace casi tres años. Confío plenamente en su criterio.

Asiente de nuevo, y la pausa dura medio segundo más de lo necesario, como si algo en el tono de mi voz no terminara de convencerle.

—¿Y tú? —pregunta, de repente—. ¿Confías en tu propio criterio, Shelby?

No esperaba esa pregunta, y mi memoria me arrastra al 34 Mayfair, cuando sentí que mis sueños habían tocado un techo que no podría atravesar.

—Cada decisión tomada en este restaurante ha sido mía. El menú. El equipo. La visión. Elliot es un gran apoyo, pero Azaleas es mi voz.

Levanta ligeramente una ceja, aunque no sé si es de aprobación o duda.

—Interesante. ¿Y cómo compaginas esto con tu vida personal?

Detesto este tipo de preguntas. Las que parecen inocuas, pero no lo son. Las que no parecen un puñal directo, pero que cortan donde más duele.

—Con esfuerzo —respondo, sin rodeos—. Como cualquiera que ama de verdad lo que hace.

—Muy honesto por tu parte. —Por primera vez, esboza algo parecido a una sonrisa.

—Eso intento.

Carraspeo, y ella vuelve a recorrer el restaurante con la mirada, como si buscara alguna fisura, un detalle que yo no he visto y con el que, de quererlo, podría destrozarme.

—¿Y tu pareja? ¿También trabaja en el sector?

La pregunta llega envuelta en cortesía, pero su filo es evidente. No quiere saber sobre mí. Quiere saber si hay una historia detrás que añadir a su relato.

—No. Tiene una floristería. Carla’s, en Notting Hill, aunque vivimos en Mayfair —aclaro, vencida por los nervios, que ya marcan

el ritmo de mi respiración.

—Bonito contraste —murmura, y sin más, aparta la libreta—. Puedes empezar cuando quieras. Quiero ver qué tienes que contar.

Y eso es exactamente lo que pretendo: contar una historia a través de mis platos.

El primer acto llega con un bocado de remolacha encurtida sobre yogur de cabra. Emilia lo contempla un instante antes de probarlo.

—Interesante elección para comenzar —dice, con un pequeño atisbo de sonrisa—. Ácida. Directa. Nada romántica.

—Como las primeras impresiones —replico.

Asiente, pero su expresión cambia al instante.

El segundo plato es más osado: lenguado sobre crema de ajo negro, con teja de arroz y polvo de aceituna. Mientras lo degusta, me interroga sobre el equipo, las jornadas laborales, la gestión del estrés en cocina… cualquier ángulo desde el que pueda detectar una grieta.

Pero yo no pienso ofrecérsela.

—¿Cuántas horas trabajas tú, Shelby?

—Depende del día. Pero no menos de doce.

—Antes has mencionado que compaginas el trabajo con tu vida personal con esfuerzo, y he escuchado que Azaleas se ha convertido en un «proyecto vital». —No sé qué pretende con tanta conjetura, pero la dejo continuar—. ¿Es solo eso? ¿Un proyecto?

—Es una extensión de mí. En cada rincón del restaurante hay algo que me representa.

—Y supongo que también las flores de tu pareja, ¿no? —insinúa—. ¿Este centro de mesa es obra suya?

—Como te he dicho antes, a veces es complicado compaginarlo todo. Pero no te equivocas: Azaleas tiene mucho de Julia —aclaro, con firmeza en la voz—. De hecho, el nombre lo elegí porque es su flor favorita.

Sus labios se curvan apenas, como si mi respuesta le hubiera complacido más de lo que está dispuesta a admitir.

El siguiente plato —el favorito de Elliot— llega a la mesa tras unos minutos: costilla glaseada con reducción de granada y puré de chirivía. Siento que estoy librando una batalla constante entre la cocina y el interrogatorio sutil de Emilia, que parece practicar esta tensión como rutina cada vez que visita un restaurante.

Cierra los ojos al probarlo y, por un instante, su máscara se resquebraja.

—Muy vivo —admite, dándose el lujo de un segundo bocado—. Tiene carácter. Aunque también contención.

No digo nada. Dejo que lo saboree, que se pierda en la mezcla de sabores.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella?

La pregunta cae como una losa.

—Casi cinco años.

—¿Y te ves con ella dentro de diez?

La miro. No sé si forma parte del análisis culinario o si de verdad le interesa quién soy más allá de esta cocina, pero decido responder. Como si la continuidad de Azaleas dependiera de ello.

—Si la vida me lo permite, sí.

—Bueno, creo que más bien eres tú quien tendrá que permitirlo, ¿no? Igual que permites que Azaleas siga recibiendo comensales.

Se lleva la copa de vino a los labios y bebe un sorbo breve. Hay un filo escondido en su tono que no me gusta nada: la insinuación de que yo podría ser mi mayor obstáculo.

Antes de que pueda contestar, llega el postre, pensado por Flora: una esfera de caramelo que se derrite al contacto con una salsa de chocolate caliente, revelando una mousse de pera y lavanda, con la sensación de que Carla's se ha materializado en este plato.

Emilia lo observa como si fuera una metáfora perfecta de esta cena: algo delicado que se transforma, que se desvela. Algo que expone lo que somos y los secretos que llevamos dentro. Esta vez, la observo desde cierta distancia, junto a Elliot. Contemplo cómo saborea el caramelo y el chocolate, cómo inspecciona la mousse antes de dar el último bocado.

Y cuando termina, cierra su famoso cuaderno.

—Ve ahí y cómete el mundo —me susurra Elliot.

Y es justo lo que hago.

—Gracias, Shelby. Ha sido una experiencia… reveladora.

—¿En qué sentido? —pregunto. En su mirada castaña no hay rastro de lo que espero oír.

Pero al menos, dibuja una media sonrisa.

—Ya lo leerás. Pero por ahora te diré algo que no suelo compartir con muchos —dice, mientras apura el vino y me sostiene la mirada—. Lo que cocinas tiene alma. Pero no todo lo que proyectas la tiene.

Sus palabras me dejan inmóvil. Se levanta, se pone el abrigo y desaparece sin más, como si no acabara de desencadenar un huracán en mi interior.

. . .

La puerta aún no ha terminado de cerrarse tras ella cuando Elliot aparece desde la cocina, con las mangas remangadas y un paño colgando de la cintura, como si viniese de librar una batalla que hubiese durado días.

—¿Y bien? —pregunta, con una sonrisa entre contenida y orgullosa—. ¿Hemos sobrevivido?

No respondo al instante. Sigo de pie frente a la mesa, con las manos aún entrelazadas sobre el mantel, como si mis dedos se negasen a soltar lo que acaba de suceder. El silencio que deja a su paso es denso, tiene el mismo peso que aquella presión que una vez sentí en el 34 Mayfair.

—Ha sido dura. Pero honesta —comento por fin, soltando el aire con lentitud—. No ha puesto ni una mueca de satisfacción, y creo que eso es aún peor. Solo la he visto tomar notas, observarlo todo y lanzarme preguntas como si tratase de pescar algo más.

Elliot deja escapar una risa seca y niega con la cabeza.

—Es su estilo. Mide más la estabilidad emocional que el punto de sal. Pero lo que ha probado… —Chasquea los dedos—. Estaba impecable. La costilla y el postre eran un poema.

—Gracias. Tu precisión ha sido clave para conseguirlo —comento, aún con los nervios a flor de piel.

—Esto siempre es trabajo de dos, y de los chicos —responde, con ese tono suyo que intenta aligerar el peso que a veces llevo dentro—. No creo que tengamos nada que temer, Shelby. A mí no me ha parecido decepcionada. Más bien todo lo contrario.

Asiento, aunque no termino de creérmelo. Las palabras de Emilia resuenan en mi cabeza como semillas que germinan en forma de dudas.

—¿Y si tiene razón? —pregunto, acariciando con los dedos el mantel—. ¿Y si, por empeñarme tanto en contar una historia, estoy olvidando vivir la mía?

Elliot guarda silencio durante un momento. Luego se acerca, se apoya en el respaldo de la silla frente a mí y me mira con atención.

—Shelby, lo que has creado aquí es mucho más que un restaurante. Es una parte de ti, sí… pero no es una cárcel. Solo necesitas recordarte que puedes seguir siendo tú fuera de estas paredes. Puedes cerrar la puerta, volver a casa, ser la Shelby que ama la cocina, pero también la que soñó con dedicarse a esto y que no debería perderse por el camino.

La palabra *casa* me golpea con fuerza. Pienso en Julia. ¿Hace cuánto que no la miro a los ojos sin que el cansancio empañe la mirada? ¿Cuánto hace que no compartimos una cena sin estar agotadas? ¿Hace cuánto que no la escucho de verdad, incluso

cuando guarda silencio? Porque el silencio también habla. Siempre lo ha hecho entre nosotras.

—Creo que es exactamente lo que voy a hacer —respondo, más para mí que para él.

—¿El qué?

—Cerrar. Quiero irme a casa antes de que el día termine por consumir lo que queda de mí.

Elliot me sonríe y me da una palmada en el hombro.

—Buena elección. Nosotros terminamos de dejarlo todo listo para mañana. Deja que esta noche sea solo tuya.

Le doy las gracias con la mirada. Me quito la chaquetilla con cuidado y la cuelgo en su sitio, con la misma delicadeza con la que colgaría mi vestido más preciado. Miro por última vez la sala: las mesas vacías, la tenue luz ámbar que acaricia los estantes. Hoy no quiero quedarme hasta cerrar. No quiero contar cubiertos, ni revisar existencias. Hoy solo quiero llegar antes de que Julia se duerma. Solo eso.

Cuando salgo al callejón trasero, el aire fresco de la noche me envuelve como un abrazo inesperado. Caminar bajo las farolas encendidas de Covent Garden tiene algo de ritual, como una despedida y un renacer. Como si la ciudad supiera que, por fin, he decidido mirar más allá de estas paredes.

Subo al primer taxi que pasa. Mientras avanzamos por el centro de Londres, contemplo los reflejos del tráfico sobre los charcos. Me pregunto si Julia estará despierta. Si la encontraré leyendo en el sofá. Recuerdo cómo bailábamos sin música en el salón, esa risa

suya tan clara. Mis manos en su cintura. El vértigo de girar sin rumbo, solo por el placer de hacerlo juntas.

Y entonces me doy cuenta: no quiero que eso sea solo un recuerdo.

Quiero volver a girar con ella. Quiero volver a casa, sí. Pero no solo al lugar. Quiero volver a ella.

El taxi se detiene. Subo las escaleras de dos en dos y abro la puerta con el corazón acelerado. Y la veo, durmiendo en el sofá, con la manta gris hasta la barbilla y una taza vacía sobre la mesa.

No la despierto. Me acerco, me arrodillo a su lado y le rozo la mejilla con los labios.

—Ya estoy aquí —susurro, convencida de que, a partir de ahora, las cosas cambiarán.



6
TIERRA CONOCIDA

JULIA

Londres, Inglaterra. *24 de septiembre de 2023.*

La zona de llegadas internacionales siempre mantiene ese murmullo inconfundible, como si el mundo entero estuviera a punto de girar un poco más deprisa, a la espera de que nuestros seres queridos nos den el primer abrazo tras varios días. Los anuncios por megafonía se mezclan con el sonido de las maletas rodando, que resuenan como un idioma paralelo que comprendemos con el corazón. Sin embargo, resulta curioso cómo, en medio de tanto movimiento, yo me siento más en pausa que nunca.

Shelby está a mi lado, revisando los mensajes sobre el restaurante en su teléfono, con los labios fruncidos. A pesar de que, por primera vez en semanas, no parece al borde del colapso —ni con la necesidad urgente de salir corriendo—, la noto inquieta, como si su mente no estuviera aquí, en el presente. Me sorprendió cuando dijo que se tomaría el día libre, incluso después de haber hablado de

esta fecha tan importante. No sé por qué esperaba que me pusiera una excusa de última hora. Supongo que ya me he acostumbrado. Y aunque su cabeza siga en Azaleas, el mero hecho de tenerla aquí, a mi lado, hace que todo resulte un poco más soportable.

—¿Nerviosa? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla.

—Un poco —respondo—. Hace casi cuatro meses que no la veo. Y ya sabes cómo es mi madre... aunque traiga el sol de San Francisco, siempre llega como una tormenta.

—Yo también la he echado de menos.

Ella sonríe, y esa sonrisa —ligera, serena, casi hasta pícara— me recuerda a la Shelby de antes. La que se reía a carcajadas cuando se le pasaba el arroz o confundía los ingredientes más básicos en la cocina porque decía que yo la distraía. Aquella que improvisaba cenas extraordinarias con lo poco que encontrábamos en la nevera.

Me quedo anclada en esos recuerdos, respirando de ellos como si fuesen lo único que tengo ahora mismo, hasta que mi madre aparece al fondo del pasillo, caminando con paso firme, como si el aeropuerto se le quedara pequeño. Lleva el pelo suelto, casi peinado como el mío, y el pañuelo de seda que le regalé hace dos años colgado del cuello. Sus ojos me buscan entre la multitud, y no puedo evitar sonreír al ver su maleta de siempre, turquesa, destacando entre la marea de negros y grises.

En cuanto me ve, sonríe. Y esa sonrisa lo borra todo: la distancia, las diferencias, el peso de los silencios que, a veces, dejamos colgar entre nosotras.

—¡Mi niña! —exclama, abriendo los brazos.

Corro hacia ella sin pensarlo, y me dejo envolver en su abrazo. Huele a jazmín, a mar, al que fue mi hogar. Siempre huele así, incluso cuando está a miles de kilómetros, y eso me transporta de nuevo a California, aunque solo sea por unos instantes.

—Estás preciosa —dice, separándose un poco para observarme de arriba abajo—. Aunque un pelín ojerosa, ¿eh?

—El glamour de la vida adulta —contesto, soltando una risa breve—. Ya sabes que el trabajo en Carla's sigue creciendo; no sé si fue buena idea meternos de lleno en lo de las redes sociales —bromeo.

—¡Shelby, cariño! —la llama, rodeándola con un abrazo igual de intenso, como si hubiera hallado en ella a la segunda hija que nunca tuvo—. Dime la verdad, ¿cómo haces para seguir tan guapa?, aunque… —Se aparta un poco, posando las manos en sus brazos—. Estás más delgada, ¿es que te olvidas de comer en esa cocina tan mágica?

—Hola, Jamille. Siempre tan encantadora —responde Shelby, soltando una carcajada mientras le devuelve el abrazo—. Ya sabes cómo va esto... se cocina más de lo que se come.

Mi madre la mira con ternura. Y hay un instante, apenas perceptible, en el que sus ojos se deslizan hacia mí, fugazmente. Como quien lee entre líneas, y quiere confirmar una sospecha sin hacerlo del todo.

—Me alegra veros aquí a las dos —añade con sinceridad, aunque sus palabras encierran algo más, algo que se percibe en los silencios—. Tenía ganas de pasar un rato con vosotras sin una pantalla de por medio, ni que el trabajo interfiriese.

Shelby y yo nos cruzamos una mirada. Es una frase simple, pero ambas entendemos lo que encierra. Y mi madre también lo nota: que estamos aquí, sí, pero quizá también a kilómetros de distancia.

—Vamos, quiero estirar las piernas y respirar algo que no sea el aire viciado de un avión —nos dice, y se pone en marcha como si Londres la hubiese estado esperando toda la vida.

. . .

Paseamos por Kensington Gardens mientras el cielo hace un gran esfuerzo por mantenerse despejado. Las hojas comienzan a caer tímidamente, como si el otoño aún no se atreviera a instalarse del todo, aunque en realidad, parece que siempre está presente. Ahora, mamá lleva las gafas sobre la cabeza y una bolsa de papel con galletas de jengibre, compradas en una pastelería diminuta junto al parque, porque, según ella, «podría haber muerto de hambre en el avión».

—¿Y cómo está la tía Jacqueline? —pregunto, observando cómo arrastra la maleta por la grava.

—Pues negándose a admitir que necesita ayuda, que ya no es una jovencita capaz de encargarse de todo el mundo, pero ya sabes cómo es tu tía… orgullosa hasta para aceptar una taza de café —responde—. San Francisco sigue igual, aunque en el fondo no tanto. Creo que yo he cambiado más que la ciudad en estos años.

—¿Ya no te apetece quedarte allí para siempre? —bromeo, aunque la melancolía en su rostro me incomoda.

—¿A vivir? No lo creo. Cada vez que vuelvo, siento que las cosas que conocía han sido reemplazadas por una versión más impersonal. Echo de menos las calles, sí, pero ya no me pertenecen como antes. Y aunque Jackie esté allí, mi hogar ya lo tengo contigo.

Sus palabras me atraviesan, porque, aunque esta ciudad me ha dado todo lo que podría haber soñado —amor, trabajo, una rutina llena de flores y matices—, hay días en los que también me siento una visitante, como mi madre en San Francisco. Como si esperase que el acento inglés, que comienza a quedarse conmigo, se desvaneciera y, de pronto, me viera cruzando la calle en Berkeley, con un café helado en una mano y el funicular a la espera de que me suba.

—Te noto… no sé —murmura, girándose hacia mí—. Nostálgica.

—Solo estoy cansada —contesto.

Shelby ni siquiera se percata de la conversación, absorta en la pantalla de su teléfono. Mamá asiente, como si comprendiera el verdadero sentido de mis palabras, y luego me ofrece una galleta.

—Toma, azúcar para el alma.

La muerdo con una sonrisa y, aunque parezca imposible, me sabe a las galletas de la infancia que compartía con ella cuando era pequeña, al calor del horno encendido mientras la vida seguía su curso en las calles. Esa sensación de refugio que tanto echo en falta últimamente.

Shelby guarda el móvil al fin y se reincorpora a la conversación, como si el silencio le hubiera recordado que está aquí, con nosotras.

—¿De qué habláis? —pregunta, dirigiéndose a mi madre con una sonrisa ladeada.

—De San Francisco. De cómo las ciudades también cambian cuando nos alejamos —responde mamá, ofreciéndole otra galleta, como si con ello también quisiera compartir un pedacito de su afecto.

—Julia siempre me ha hablado de sus calles como si fueran cuentos. Cafés diminutos, fachadas con alma, tranvías que se cuelan en los recuerdos.

—Algún día deberíais ir juntas —comenta mi madre, consciente de que es algo que nunca hemos hecho—. No como turistas, sino para descubrir donde nació parte del amor que ahora sentís la una para la otra —añade.

Me sorprende que lo diga de ese modo. Con esa mezcla de ensueño y melancolía. Como si intuyera que aún hay algo que debo recuperar allí, aunque no sea una dirección ni una casa, sino una parte de mí que necesita ser reparada.

—Me encantaría enseñarte la ciudad —le digo a Shelby, volviéndome hacia ella—. Tal vez cuando tengas unas vacaciones de verdad.

—Me las tomaré —responde, mirándome directamente a los ojos. Y, aunque en otro momento me habría parecido una frase al aire, esta vez la siento como una promesa real.

Nos quedamos las tres en silencio, dejando que Londres nos envuelva. Los árboles del parque se mecen con una brisa suave, y hay niños correteando entre las hojas secas. El día tiene esa luz amable de finales de septiembre, como si aún quisiera regalarnos una tregua antes de que llegue el verdadero frío.

—¿Y si vamos a comer? —propone mi madre—. Me apetece algo que me devuelva las fuerzas.

—He hablado con Taylor esta mañana. Están en Portobello. Podemos reunirnos allí con ellos —sugiero, dando un último mordisco a la galleta.

—Perfecto —responde mamá, acomodándose el pañuelo—. Portobello y tus amigos… siempre saben cómo recibirnos.

. . .

Portobello Road late con la misma intensidad que recuerdo desde el primer día que pisé esta ciudad. Los puestos de antigüedades, los vendedores de vinilos, el aroma del café recién molido, el murmullo constante de turistas mezclados con vecinos... Cada detalle tiene su propio latido, su forma de vivir, instantes que se han quedado grabados en mí.

Shelby camina a mi lado, con la chaqueta vaquera sobre los hombros y el teléfono bien sujeto. Mi madre va unos pasos por delante, hablando consigo misma mientras contempla los escaparates como si llevara siglos sin pasear por aquí. Tiene ese don: puede entusiasmarse con un simple cucharón de plata como si fuese una joya de museo.

Llegamos a The Duke of Wellington justo a tiempo para saludar a los chicos. En la puerta ya están Amber y Taylor, y dentro nos esperan Cameron y Tony, que nos reciben desde una mesa apartada, sonrientes. Ella con la mirada más luminosa, y él, con uno de sus característicos sombreros.

El restaurante tiene una atmósfera acogedora, con paredes de ladrillo visto y mesas de madera oscura. Una lámpara de cristal cuelga sobre nosotros como un sol de invierno, y, tras los abrazos —imposibles de posponer—, tomamos asiento y comenzamos a discutir quién pide más entrantes y quién se aferra a sus manías culinarias.

—¿Y el risotto, Cameron? Tiene buena pinta —comenta Amber mientras hojea el menú—. Creo que lleva boletus y trufa.

—Sí, ya lo he visto. Dicen que es una de las especialidades del restaurante —responde ella, esbozando una sonrisa natural—. Me tienta, aunque últimamente prefiero platos más ligeros… pero creo que me has convencido.

—Ya ves, todavía no he perdido el modo sargento que tenía en Nolan Law.

—Por favor, hacedle caso si no queréis sufrir las consecuencias —añado, y nos echamos a reír.

Taylor le acaricia la mejilla, y ambos se miran en silencio. Son de esas parejas que no necesitan palabras para entenderse, para saberse queridas. Mi madre los observa con ternura y, después, dirige la mirada al resto del grupo, como si no quisiera perderse ni un solo gesto. A veces todavía me pregunto si tenerla aquí, de verdad, no será un sueño del que acabaré despertando.

—Me gusta veros así —comenta con sinceridad—. Hay algo especial en esta mesa. Casi diría que sois como en *Friends*, una familia en toda regla.

Tony se quita el sombrero y me dedica un guiño.

—Hacía tiempo que no estábamos todos juntos. Creo que lo necesitábamos más que Londres necesita la lluvia.

—Y tú también, el regresar a este lado del mundo —añade Cameron, dirigiéndose a mi madre—. Se te nota hasta en la cara.

Mi madre sonríe y alza su copa de agua.

—San Francisco tiene lo suyo, claro. Mi hermana, los recuerdos, sus playas… Pero esta ciudad ha conseguido, en pocos años, hacerme sentir parte de una historia. Y aunque siempre eche de menos cruzar la bahía, ya soy una londinense más —afirma, regalándonos la mejor de sus sonrisas—. Como mi hija.

Nos miramos. Y me sorprendo deseando que estos momentos —los platos que llegan, nuestras voces, el calor de esta especie de familia— durasen un poco más. Que no tuviéramos que correr siempre de un lado a otro, ni vivir pendientes de mil cosas para poder sentirnos en equilibrio.

Miro a Shelby, sentada junto a mí, pero igual de ausente que en las últimas semanas. Desliza el dedo por la pantalla del móvil a intervalos constantes. Cuando alguien lanza una pregunta al aire, responde con monosílabos, y a veces ni eso. Me inclino ligeramente hacia ella, tratando de llamar su atención.

—¿Estás bien? —le susurro, aprovechando que los demás están distraídos.

—Sí. Solo estoy comprobando que todo vaya bien en Azaleas. Elliot me ha escrito —responde, como si eso bastara para justificar su ausencia en esta mesa y en esta conversación.

Asiento, pero por dentro noto cómo algo se apaga.

Seguimos comiendo. El pescado está en su punto, el vino llena nuestras copas y las bromas, nuestros corazones. Mi madre siempre ha tenido una conexión especial con los chicos, quizá desde el principio, como me ocurrió a mí. Los demás se enzarzan en una discusión sobre qué flor representa mejor el otoño. Cameron rememora momentos con su hermana que nos llenan de nostalgia, pero también de una profunda alegría por haberla tenido en nuestras vidas.

Sin embargo, hay un alma en el grupo que sigue lejos. Que mira la pantalla, suspira, ríe fuera de tiempo. Y cuando llega el postre, me doy cuenta de que estoy harta. No de esta comida ni de la compañía, sino de ese hueco que se ha abierto entre ella y yo. Harta de fingir que no me afecta.

—¿Alguien más quiere tarta de limón? —pregunta Cameron, levantando la mano.

—Solo si Shelby deja el teléfono un segundo —bromea Taylor, con tono serio.

Aunque las risas se hacen esperar, hasta mi madre nota cómo el ambiente se tensa. Shelby se sonroja y lo deja sobre la mesa, pero para mí ya es demasiado tarde.

Después del café, salimos a tomar el aire. Portobello sigue rebosante de vida y el sol comienza a descender, bañando todo a nuestro alrededor con una luz dorada. Caminamos en grupo, deteniéndonos ante un escaparate de postales antiguas. Mi madre se queda conversando con Amber y Taylor, que caminan cogidos de la mano. Yo aprovecho el momento para volverme hacia Shelby.

—¿Podemos hablar? —le digo en voz baja, procurando que nadie más lo oiga.

Las dos nos apartamos unos pasos, permitiendo que el bullicio de la calle amortigüe nuestras voces.

—Te has pasado toda la comida pegada al móvil —le reprocho, sin rodeos—. Apenas has intercambiado una frase con los demás.

—Estaba pendiente del equipo. Solo quería asegurarme de que todo estuviera bien —responde, sin titubeos.

—Sinceramente, estoy cansada de Azaleas. De que no puedas pasar un solo día sin revisar cómo van las comandas, el equipo o los clientes.

Se detiene de golpe. Baja la mirada, pero esta vez no se lleva la mano al cuello ni intenta suavizar la conversación.

—¿Sabes qué pasa? Que Azaleas existe porque yo lo he levantado desde cero. Día tras día, plato a plato, decisión a decisión. Ha nacido de mi esfuerzo, de mis horas, de mis fracasos. Me vas a tener que perdonar por querer cuidar un sueño que no existiría sin mí. Tú… —Hace una pausa y niega con la cabeza—. Tú acabaste en Carla’s por pura casualidad. En un sitio que ya era querido por todos. No tienes ni idea de lo que supone hacerse un nombre en el mundo de la gastronomía.

Sus palabras me golpean como una losa, y me dejan sin habla. Ni el invierno más crudo de Londres podría atravesarme con tanta dureza. La miro, sin saber qué contestar. Porque esa comparación no solo es injusta, sino cruel. Como si deshiciera todo lo que he entregado a esa floristería, todo lo que he decidido mantener en pie, incluso cuando ya no sabía si quedaba algo que salvar.

—Vaya… —musito, obligándome a mantener la compostura—. Supongo que, según tú, mi trabajo y la vida que he elegido no valen nada.

Shelby abre la boca, como si quisiera rectificar, pero ya es tarde. Lo que piensa, ya no se puede deshacer.

—No era eso… —balbucea.

—No intentes arreglarlo, por favor —la corto—. Supongo que para ti es más importante alcanzar esa estrella que tanto ansías, que mantener viva la semilla de lo que dio origen a ese sueño.

Me doy media vuelta con intención de reunirme con los demás.

Ella me alcanza y me agarra del brazo, pero la aparto con suavidad, procurando que mi madre y los chicos no se den cuenta de lo que acaba de ocurrir.

—Déjame tranquila —murmuro, sin mirarla—. Estoy cansada.



7
RAMAS TORCIDAS

JULIA

Londres, Inglaterra. *25 de septiembre de 2023.*

Los rincones de Covent Garden huelen a pan recién horneado, café tostado y a las prisas de un lunes en el que la soledad de nuestro piso se me hacía insoportable. Supongo que hay días en los que no puedes quedarte en casa, momentos en los que necesitas enfrentarte a lo que te duele para recordarte a ti misma qué es lo que tienes que cambiar.

El aroma del romero es lo primero que me envuelve al abrir la puerta de Azaleas, ese lugar que durante muchos meses fue un segundo hogar, hasta que todo empezó a transformarse. Son las once de la mañana y el restaurante aún no ha abierto al público, pero dentro ya se respira la actividad previa a un nuevo cocinado. Se oye el ritmo constante de los cuchillos, el repiqueteo de los utensilios y, de fondo, la música suave que sale de la cocina, con esa lista de

reproducción que preparé para Shelby hace años, y que me hace esbozar una sonrisa.

Ladies Room, de Olivia Dean, acaricia las paredes del salón y provoca que mi corazón lata al mismo compás que los pasos de Shelby deben seguir entre fogones. Recuerdo aquellas primeras noches ayudándola a diseñar menús, cuando nuestras ideas se entrelazaban para convertir Azaleas en un sitio tan único y especial como Carla's. Y no puedo evitar preguntarme en qué momento se perdió todo eso.

Camino por el salón y rozo con la punta de los dedos una de las columnas. La decoración permanece intacta, pero el ambiente ha cambiado. No sé si se debe a mi presencia, o a que cada latido mío arrastra consigo el peso de lo ocurrido ayer. Algo se ha roto, como si incluso las plantas colgantes se hubieran cansado del aire que respiran.

La pequeña mesa circular del vestíbulo está repleta de flores de temporada. Las reconozco todas: dalias, crisantemos y un toque de ramas de eucalipto que a Amber le fascinan. Me animo a retocar el arreglo, a reorganizar las hojas, mientras compruebo que el nivel de hidratación es el adecuado.

—¿Julia?

Elliot aparece sin previo aviso, limpiándose las manos con un paño. Lleva el delantal manchado de tomate y una sonrisa contenida, como si no supiera qué tono emplear conmigo. Me esfuerzo por parecer natural, aunque sé que mis hombros están más rígidos de lo que deberían. Y él no tiene la culpa, nunca la ha tenido.

Solo es la situación.

—Hola —digo—. He venido a ver cómo estaban las flores… —miento a medias, aunque espero que no se note—. La luz es diferente a la última vez que estuve por aquí, y convendría replantearse los centros de mesa.

—Tienes un ojo muy preciso —comenta con amabilidad.

—Lo que tengo es experiencia —respondo, sin sonar tajante pero sí con cierta distancia con respecto a sus halagos—. Costumbre de vivir entre estas flores —añado para evitar que la tensión aumente.

Elliot capta el mensaje. Asiente con una cortesía exacta y se aparta un paso, como si entendiera que mi visita no incluye charlas amigables ni confidencias.

«Estás siendo muy injusta», pienso. Pero no me da tiempo a rectificar.

—Shelby está en la cocina, pero le aviso de que estás aquí para que pueda tomarse un respiro —añade, señalando con la cabeza hacia la puerta metálica que vibra con la actividad al otro lado.

—Tranquilo, no tengo prisa. Voy a seguir revisando el resto de las flores —respondo, mientras acomodo un clavel torcido en otro jarrón.

Se marcha sin decir nada más, y se lo agradezco. No me queda energía para fingir simpatía. No cuando las palabras de Shelby aún me retumban en la cabeza: «Tú acabaste en Carla’s de pura casualidad». Sé que lo dijo en un arrebato, pero también con una seguridad que me desarmó, y no he podido dejar de pensar en ello durante toda la noche. En cómo se rompe algo cuando la persona

que amas pone en duda el valor de aquello que tanto te ha costado construir.

Pienso en el amor, en las decisiones que tomé, en la manera en la que recuperé partes de mí que creía perdidas cuando llegué por primera vez a Londres. Pienso en cada una de esas primeras veces que jamás imaginé que llegaría a vivir. Pienso en nosotras, en lo que fuimos, en lo que somos, y en lo que me gustaría que fuéramos algún día.

Pienso en un pétalo que vibra de color y, por instinto, acaricio una hoja seca. La retiro del jarrón con cuidado, como si ese pequeño trocito del mundo fuera un reflejo exacto de cómo me siento.

La puerta de cocinas se abre y la veo aparecer, despeinada, con un recogido que apenas contiene los mechones rebeldes que le rozan la frente. Tiene las mejillas sonrosadas por el trajín, una visión que mezcla dulzura y agotamiento, y como si nada, se remanga la chaquetilla donde está bordado su nombre.

Nuestras miradas se encuentran y algo dentro de mí se remueve, como el primer día que nos vimos fuera de Ronnie's. Porque, a pesar de todo, verla así —tan auténtica, tan vulnerable, tan ella— me recuerda por qué la quise desde mucho antes de darme cuenta. Y por qué sigo queriéndola ahora.

—¿Nos tomamos algo juntas? —pregunta, y deja una caricia en mi mejilla que yo correspondo cerrando los ojos.

No digo nada, pero mis pasos la siguen hasta una de las mesas junto a la ventana, donde la luz acaricia el mantel perfectamente alisado.

—Quería… disculparme por lo de ayer —empieza sin rodeos—. Sé que fui dura, y que no estuve nada justa.

—No, no lo estuviste —respondo, bajando la mirada a mis manos—. Y me dolió, me dolió muchísimo.

Ella asiente. Ese gesto, pequeño y contenido, me dice que lo sabe de verdad. Que no ha venido a justificarse, sino a intentar reparar lo que rompió.

—No pretendía que sintieras que tu trabajo y tu esfuerzo no valen nada. Carla's es todo lo contrario a una casualidad. Y tú también.

Cierro los ojos un instante. Inspiro profundamente, y cuando deslizo la mano por la mesa, le acaricio los dedos y, después, los entrelazo con los míos.

—A veces siento que tu mundo va demasiado deprisa… —comienzo—, que me cuesta encontrar dónde encajar.

—Y yo siento que he perdido el rumbo —admite. Me sorprende ver el desconcierto en su mirada—. No sé en qué momento Azaleas empezó a convertirse en una carrera de fondo, en algo totalmente opuesto a lo que un día soñamos crear… juntas.

El silencio que se instala entre nosotras ya no es como el de ayer. Este es un silencio distinto. De los que curan y que, por muy raro que parezca, tienen el poder de cerrar heridas.

—Me gustaría llenar este rincón de flores nuevas —comenta, rozando con los dedos una ramita que sobresale del jarrón más cercano—. Me dará ideas para el menú de otoño.

—¿Sí? ¿Quieres que piense en algo y venga con propuestas?

—Siempre —responde con una sonrisa leve—. Si algo he aprendido contigo es que las flores también cuentan historias. Igual que la comida.

—La nuestra está contada así —admito, y Shelby me aprieta la mano.

—Jamás pienses que no eres especial, que no...

El teléfono interrumpe sus palabras. La serenidad de su rostro desaparece en cuanto ve quién llama. Antes de que descuelgue, alcanzo a leer el nombre de Emilia Carter, y de repente, conversación se llena de suspiros y monosílabos. Mientras tanto, Elliot nos trae un par de limonadas y un tentempié que, seguramente, habrán preparado para el mediodía. Después, se despide sin decir nada más.

—Vale, avísame cuando vayas a venir —dice Shelby al colgar.

—¿Qué ocurre? —pregunto en cuanto deja el móvil sobre la mesa.

—Emilia quiere venir. Me ha dicho que quiere hacerme unas preguntas para la crítica del restaurante.

—¿No debería centrarse solo en la comida? —me intereso, mientras doy un sorbo a mi limonada.

—No todos los críticos son así, Julia —responde, con un deje de cansancio. Frunzo los labios, y ella deja escapar un suspiro—. Perdona, no es por ti, pero tengo que volver a la cocina. Quiero dejar todo listo antes de que llegue. ¿Te importa?

—Claro que no —respondo.

Shelby me besa en los labios y se marcha sin más, dejándome rodeada por un silencio que, en los últimos tiempos, ya me resulta demasiado familiar.

Miro a mi alrededor y me asalta el recuerdo de aquel primer día. El cartel cubierto por una tela negra, justo a la derecha de la puerta, el día de la inauguración. El sol incidía en la madera gris, tornándola azulada. Quedaban apenas cinco minutos para que comenzara todo, y mientras esperaba junto a Hal y Nasrin, sentía que el corazón se me salía del pecho. El pequeño se lanzó sobre mí con esa energía suya que siempre lo inundaba todo, y de pronto, el vacío se transformó. Aquello ya no era solo un evento. Era algo familiar.

Aquel día, Shelby abrió por primera vez la puerta del restaurante, y salió a recibirnos con su bonito maquillaje resaltando en los ojos —ese azul profundo que desde el primer instante me tuvo atrapada—. La chaquetilla blanca le daba una presencia imponente, pero fue su expresión lo que realmente marcó la diferencia: una mezcla inconfundible de emoción, vértigo, orgullo y ternura. Aquel era claramente su momento y, sin embargo, supo convertirlo también en el mío.

«Buenas tardes a todos y gracias por venir —dijo con aquel brillo especial en la mirada—. Después de tantos meses soñando con este lugar, por fin estamos aquí. Reunidos para dar comienzo a una nueva etapa de mi vida, que espero os traiga tantas alegrías como a mí… y menos dolores de cabeza.»

Todavía puedo oír las risas.

«Sé que he sido un cóctel de emociones durante todo este tiempo y, como la mejor forma de expresar mi ilusión y mi amor está entre los fogones, no quiero alargarme. Quiero que veáis un lugar que lleva la esencia de alguien que me inspira cada uno de mis días.»

Las lágrimas me empañaron la vista cuando tiró de la cuerda y la tela negra cayó. El nombre Azaleas Covent Garden, escrito en blanco, se desplegó ante todos, y yo sentí cómo mi corazón se detenía por un instante. Supe entonces que la elección del nombre no había sido casual. Shelby había escogido mi flor favorita. Me acerqué a ella, la abracé, aparté un mechón de su cara y la besé. Aquel lugar era real. Y nosotras... también lo éramos.

Recuerdo que lo primero que vi fue la gran barra, que se extendía hasta fundirse con las paredes. El mármol beis brillaba sin esfuerzo, ya dispuesto con copas, cubiertos y servilletas de un gris oscuro, ese gris que combina con todo sin competir con nada. La madera seguía esa misma paleta: sobria, elegante, acogedora. Las mesas y los sillones se alineaban con una precisión casi coreografiada. Cada rincón invitaba a quedarse. No solo a comer, sino a conversar, a celebrar, a vivir de verdad.

No había un solo detalle que no me gustara. Desde los ramos cuidadosamente dispuestos en los extremos de las mesas hasta las lámparas suspendidas del techo como si fueran constelaciones atrapadas en el aire. Y, en el fondo, no pude evitar pensar que Azaleas también era una forma de ver a Shelby: perfeccionista, apasionada, con esa sensibilidad silenciosa que convierte cualquier espacio en algo especial. La misma mujer con la que convivo ahora,

aunque yo ya no parezca encajar del todo en su mundo, como si la pieza de nuestro puzle ya no tuviera las esquinas iguales.

Me termino la limonada en dos tragos. Tiene un sabor levemente dulce, aunque predomina el amargo. Como tantas cosas últimamente. Miro a través del ventanal, rodeada de luz y de esa calma artificial que sólo existe en los momentos previos a que un lugar abra sus puertas al mundo. Fuera, los futuros comensales pasean sin prisa; las furgonetas de reparto se detienen y descargan su mercancía, y algunos niños corren tras una pelota invisible.

Recorro el restaurante con la mirada, procurando que el amor que siento por Shelby no nuble lo que mis ojos perciben con claridad.

Me desplazo entre las mesas fingiendo que reviso la disposición floral. Me detengo una última vez frente a los floreros del rincón, observo cómo la luz se posa sobre las mesas del fondo. Anoto mentalmente qué debo modificar: los claveles de la entrada están ya demasiado abiertos, la combinación cromática en la planta baja pide un matiz más cálido, y el arreglo de la barra necesita un centro que anticipe el otoño, con dalias y ramitas de brezo.

Lo registro todo en mi mente. Porque es mucho más sencillo centrarme en las flores que en aquello que no florece entre nosotras.

No me despido de Elliot, que conversa con uno de los camareros junto a la puerta de la cocina. Tampoco saludo a Flora, que acaba de entrar con una bandeja de cubiertos envueltos en servilletas de lino. Paso junto a ellos con una sonrisa tenue, sin hacer ruido, como si fuese una intrusa en un lugar que un día fue

mío y que hoy me resulta ajeno. Ni siquiera me detengo cuando, por un instante, el reflejo de Shelby aparece en la cristalera, moviéndose entre los fogones, sin saber que me marcho.

Al cruzar la puerta, el aire de Londres me golpea de lleno. La ciudad permanece igual: vibrante, inconstante, ruidosa. Y yo… yo también sigo siendo yo. Pero ya no sé si eso basta.

Me meto las manos en los bolsillos del abrigo y echo a andar calle abajo, entre el aroma de la panadería de la esquina y la melodía lejana de un violín que alguien toca a la salida del metro.

Azaleas queda atrás, y yo me siento como quien ha visitado una casa preciosa en la que vivió hace tiempo. Una extraña entre las paredes que ayudó a construir, pero que ya no le hablan en su idioma.

—Tranquila, solo ha sido una visita —me susurro, sin saber si intento convencerme o proteger lo que aún conservo dentro.

Sé que acabo de salir de un lugar que debería sentir como propio. Pero la verdad es que me parece que he salido de allí sin dejar ni una sola huella en el camino.



8
LO QUE TRAE EL VIENTO

JULIA

Londres, Inglaterra. *27 de septiembre de 2023.*

Esta mañana, el cielo está cubierto de nubes esponjosas que se deslizan con lentitud sobre Londres, acariciando un azul tenue que convierte el otoño en algo más bello, casi especial, como si esta visión fuera un oasis en mitad del desierto. Cada rincón de Carla's huele al café recién hecho que he preparado hace un rato, y a las lavandas que he dispuesto en los jarrones, mezcladas con el toque cítrico de las flores que Amber ha colocado en la entrada. Un efecto placebo que me arranca una sonrisa.

Estamos en la parte trasera del local a la espera de que lleguen nuevos clientes, mientras que, en la mesa larga del fondo, se apilan libretas, catálogos de decoración y un sinfín de notas donde ya hemos esbozado algunas ideas. Octubre se asoma ya en el calendario, y toca empezar a imaginar una nueva decoración para el escaparate, algo que respire otoño, que lo anticipe de verdad.

—¿Y si este año hacemos algo diferente? —propone Amber, garabateando en su cuaderno—. Con ramas secas, calabazas, hiedra, y muchas lucecitas. Un estilo gótico, otoñal... como si Tim Burton y el bosque encantado hubieran tenido una cita… pero sin pesadillas.

—¿Y si, por una vez, dejamos que este Halloween tenga algo bonito? —sugiero, apoyando la barbilla sobre las manos—. No hace falta llenar todo de telarañas; podemos crear una atmósfera elegante, como salida de un cuento.

Levanta las cejas y se ríe.

—De verdad, para llevar un negocio de flores, a veces eres muy poco divertida.

—Y tú demasiado fantasmagórica —le suelto un manotazo y su risa se multiplica—. Tienes que pensar que queremos atraer a clientes, no asustarlos.

—Bueno, por esta vez, te lo voy a dejar pasar —aclara, encogiéndose de hombros—. ¿Tu madre ya se ha instalado?

—Sí. Dice que ha echado tanto de menos Londres que va a pasar las próximas dos semanas recorriéndola como si fuera una turista más —respondo, y me sorprende el matiz alegre en mi voz, teniendo en cuenta las circunstancias.

Y con eso me refiero a una relación que parece metida en un bote salvavidas, esperando decidir si se rescata o se hunde del todo.

—¿Te imaginas a Carla viendo esto? —murmura Amber, hojeando las libretas—. Nunca llegué a conocerla, pero por lo que contabas, seguro que se habría puesto como una loca por nuestras ideas.

—Ella habría puesto una calabaza gigante rellena de dalias y se habría quedado tan ancha, la verdad —contesto, y no puedo evitar sonreír al imaginármela—. Tenía un gusto muy suyo para ciertas cosas.

—Pero te dejó el negocio más increíble del mundo… nos ha salvado la vida, a las dos.

—Sí...

Asentimos al mismo tiempo, con una sonrisa que sabe a nostalgia. Pensar en Carla todavía me forma un nudo en el estómago, aunque ahora lo hace con ternura. Como si su ausencia se hubiera convertido en ese abrigo viejo que, a pesar de todo, es capaz de reconfortarte en los días más fríos.

—Por cierto... —Amber pega otro post-it en la libreta y anota algo con rapidez—. ¿Qué tal con Shelby estos días?

—Mejor —respondo, jugueteando con el tallo de una flor seca —. Hemos desayunado juntas tres días seguidos, lo que ya es un milagro. Y por las noches... bueno, hemos conseguido compartir sofá sin que salga el tema del restaurante. Es poco, pero después de estas semanas, me lo tomo como una tregua.

Amber asiente con esa mirada suya que no juzga, pero que siempre sabe leer más allá de las palabras.

—Tú nunca has sido de medias tintas, Julia. Cuando amas, lo haces de verdad, con cada pequeño detalle. Y eso es precioso… pero debe de ser agotador cuando la otra persona no está del todo ahí.

—Ya… —respondo, sin encontrar más palabras—. Estoy intentando no agobiarla tanto. Sé que se está esforzando y no quiero pedirle más de lo que puede dar. Pero a veces siento que, si

no insisto, si no soy yo quien da el paso, acabaré perdida en medio de su silencio.

Ella me aprieta la mano, y siento que no necesito nada más. No hay frase que alivie ese tipo de cansancio, pero agradezco que no intente disfrazarlo de algo que no es.

Volvemos a sumergirnos en el calendario de octubre. Anotamos fechas señaladas, fijamos la próxima cita para el taller floral en el colegio donde trabaja Cameron y decidimos incluir galletas con forma de girasol para los días que haya puertas abiertas en Carla's. La mañana fluye con ese ritmo sosegado que tanto me reconforta dentro de estas paredes.

Hasta que la campanilla de la puerta suena y me levanto para recibir a nuestro próximo cliente. Pero la persona que cruza el umbral me deja paralizada, como si alguien hubiera absorbido todo el oxígeno de la floristería.

Es Emilia Carter. La reconozco al instante por una foto que me enseñó Shelby hace unos días. Me sonríe como si fuésemos viejas conocidas: lleva un abrigo perfectamente abotonado, los labios impecablemente rojos y un halo de seguridad que solo tienen quienes controlan cualquier detalle que tienen a su alcance.

Sus ojos me buscan, sin rodeos.

—Julia, ¿verdad? —pregunta, acercándose con paso firme mientras extiende la mano.

Asiento, y noto cómo Amber se tensa a mi lado, aunque no sepa quién es.

—¿Podríamos hablar un momento? —añade Emilia, con una cortesía tan precisa que impone.

—Claro —respondo, y dejo el mostrador.

Nos sentamos junto a la ventana, en ese rincón que preparamos hace poco más de un año para hacer más agradables las esperas. La luz de la mañana se filtra entre las hojas del jazmín. Emilia cruza una pierna sobre la otra con un movimiento medido, casi ensayado, como si tuviera estudiado cada gesto. Deposita el bolso con cuidado a sus pies y saca una libreta de cuero negro. No parece necesitarla, pero ni su gesto ni su presencia me pasan desapercibidos.

Amber abre mucho los ojos y le hago un leve gesto para que se retire a la trastienda. Me obedece sin decir nada, aunque su mirada lo dice todo.

—Gracias por querer hablar conmigo —comenta, con una sonrisa que no tiene nada de contenida.

—No esperaba verte por aquí. Shelby me comentó el otro día que querías profundizar un poco más en su trabajo —respondo, notando cómo una tensión incómoda se instala en mi estómago. No sé si es por su presencia, o por esa manera de expresarse, con una familiaridad que parece ensayada.

Cuando, en realidad, ella y yo nunca hemos cruzado una sola palabra.

—Me gusta conocer el entorno de las personas que me interesan profesionalmente —comenta, como si esto fuera una conversación trivial—. Y Shelby, sin duda, es una de ellas. Su talento… es excepcional.

Asiento, sin decir ni una sola palabra.

—No es solo por el restaurante —añade, dejando vagar la mirada por los jarrones, las flores, las pizarras con frases escritas en tiza blanca—. Es… un todo. Azaleas tiene un alma peculiar. Y eso, rara vez nace de una sola persona.

Sus ojos se clavan en los míos. Entonces lo comprendo: no ha venido solo a curiosear ni a descubrir si las flores le provocan alguna emoción inesperada. Ha venido a buscar información. A identificar qué elementos componen Azaleas, y también qué partes de Shelby lo hacen posible. Temo que ya lo está consiguiendo, con la misma precisión con la que una araña construye su red.

—Shelby me ha hablado bastante de ti —continúa—. Sé que estuviste muy implicada en el diseño de los diferentes rincones del restaurante. Y que también participas en la elaboración del menú de cada temporada.

—Para nosotras, Azaleas, al igual que Carla's, siempre ha sido un proyecto con un corazón compartido —respondo con un tono neutro, escogiendo cada palabra con cuidado. Aunque no sea del todo cierto, porque hace ya tiempo que Shelby no me ayuda a elegir las flores que decoran el local—. Yo aporté ideas, claro, pero también es verdad que ella es el alma del restaurante. Nadie cocina, ni cuida los detalles con esa sensibilidad tan suya.

Emilia asiente, como si confirmara algo que ya tenía claro.

—Ella y Elliot. Me han dicho que es un sous-chef con muchísimo talento, que dejó atrás un futuro prometedor en un restaurante con tres estrellas Michelin —comenta, y hay algo en su tono que me obliga a carraspear. Me incomoda. Y, por supuesto, se

da cuenta—. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes formando parte de ese universo?

—Orgullosa —respondo, sin pensarlo demasiado—. Y también… agotada, a veces. No es sencillo compartir la vida con alguien tan absorbida por su vocación. Pero, aun así, la admiro profundamente.

Emilia anota algo en su libreta, aunque no consigo ver qué. Eso me inquieta más que si dijera en voz alta lo que está pensando. Estoy segura de que Shelby ya le habrá contado gran parte de todo esto, así que no pienso concederle más terreno del necesario.

—Lo comprendo —comenta—. Las relaciones con personas brillantes suelen ser intensas. A veces te consumen. Otras, te transforman.

Habla con suavidad, pero hay algo en sus palabras que me remueve por dentro. Como si tras cada frase hubiera un segundo significado que no logro descifrar al mirarla.

—¿Y qué papel juegas tú en todo esto?

—¿A qué te refieres, exactamente? —replico, incómoda.

—En su mundo. En aquello que Shelby está construyendo. ¿Eres la raíz del restaurante? ¿Su inspiración? ¿Su centro de gravedad?

Ya no sé si esto es una entrevista o una evaluación psicológica.

—Me gusta pensar que soy el reflejo donde puede mirarse. Un cable a tierra. Un lugar al que aferrarse cuando el resto del mundo tiemble —respondo, procurando no sonar áspera—. Lo que ella hace entre fogones es suyo. Es parte de Azaleas. No me pertenece.

—Pero lo compartes con ella —puntualiza.

—Como ella también comparte lo mío.

El silencio que sigue es denso. Emilia acaricia el borde de su libreta con la yema de los dedos. Tiene el gesto de quien ya ha obtenido lo que buscaba, pero no quiere marcharse sin comprobar si queda algo más por descubrir.

—A veces, el entorno revela más que la propia obra —murmura, esbozando una media sonrisa—. Por eso me interesa hablar con quienes rodean a los creadores. Suelen decirnos más de lo que imaginamos.

—¿Y qué has descubierto de mí? —le lanzo la pregunta, sin agresividad, pero tampoco suavizándola.

Me observa. Y esta vez su expresión cambia ligeramente. Tiene ese brillo en los ojos de quien se siente satisfecha con lo que ha hallado.

—Que eres parte esencial de lo que Shelby transmite, aunque ella aún no lo reconozca por completo. Que, sin ti, quizá Azaleas no sería el lugar que es.

—No hace falta que me halagues —le aclaro—. Si has venido aquí para analizarme y enriquecer una reseña que tenga más valor para Shelby, adelante. Pero te agradecería que no jugaras a psicoanalizarme.

—No es lo que pretendo —responde, levantándose con la misma calma con la que entró en Carla's—. Solo observo lo que rodea a lo que admiro. Forma parte de mi trabajo. Y tú… tú me has mostrado más de lo que crees, Julia.

Guarda la libreta en el bolso, se abrocha el abrigo con un gesto perfectamente medido, y extiende la mano como si nada hubiera

pasado. Antes de marcharse, me dedica una última mirada.

—Gracias por tu tiempo. Y dile a Shelby que estaré encantada de volver a Azaleas muy pronto.

Cuando cierra la puerta, me quedo aquí plantada, sentada mientras observo cómo esta se cierra. Amber aparece por el umbral que da hacia la parte de atrás.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta.

—No tengo ni idea.

Hay algo en esa mujer que no termina de cuadrarme. Algo en su forma de mirarme, de hablar, de querer escarbar por todas partes. Como si más allá de una crítica gastronómica, hubiera detrás una faceta o algo que todavía desconozco. Y aunque no tengo pruebas de nada, el corazón me da un vuelco, como si acabara de meter la pata hasta el fondo con mis respuestas, o esta «entrevista» pudiera perjudicar a Shelby de alguna manera.

—Tengo que hacer una llamada —le digo a Amber.

Y cuando llego a la trastienda, el primer número al que marco, es el de Azaleas.



9
EL ESPACIO QUE HAY ENTRE GRIETAS

JULIA

Un momento después.

La flor que tenía en la mano se ha marchitado entre mis dedos, y eso que apenas han pasado un par de minutos desde que Emilia se ha marchado. No sé si ha sido el efecto del tono de sus palabras, que han dejado un aire incómodo suspendido en la floristería, pero tengo la sensación de que hay muchas cosas que no encajan aquí dentro. Amber intenta disimular que me observa, aunque sé que está realmente preocupada. Y no la culpo; yo también lo estaría si viera la expresión que tengo ahora mismo.

Debería relajarme un poco: colocar las flores en los jarrones o repasar los siguientes encargos pendientes. Sin embargo, mi mente ha volado a kilómetros de distancia, atrapada entre las frases calculadas y la sonrisa afilada de esa mujer.

No espero ni un segundo más. Busco el nombre de Shelby en el teléfono y me encierro, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Me tiemblan los dedos, algo que no me ocurría desde mis peores días en Nolan Law.

—¿Julia? —responde ella al segundo tono—. ¿Ha pasado algo?

Su voz suena cansada. O tal vez esté ocupada. Quizás ambas cosas. La imagino con el teléfono entre el hombro y la oreja, removiendo una salsa o revisando una lista de ingredientes. Siempre pendiente de algo, dividida entre la cocina y yo.

—¿Tienes un minuto? —pregunto.

—Ahora sí —contesta, y el ruido frenético de fondo se atenúa —. Estaba terminando con los proveedores. ¿Todo bien?

—Emilia ha venido a Carla's —digo sin rodeos.

El silencio que sigue no es de los buenos, sino uno de esos que se cuelan entre las palabras como una sombra inesperada que tiene ganas de controlarlo todo.

—¿Qué?

—Sí. Ha aparecido sin avisar. Me ha pedido que habláramos — confieso, dejando escapar un suspiro—. Me ha hecho muchísimas preguntas. Sobre ti, sobre Azaleas, sobre cómo encuentras la inspiración para crear los menús. Ha sido... muy personal, incluso bastante incómoda. La verdad es que esto no me da buena espina.

—¿Y tú qué le has dicho? —inquiere ella, bajando un poco la voz.

—Pues la verdad, que compartimos muchas cosas, pero que tú eres el alma de la cocina, de cada rincón que forma parte de

Azaleas. —Me llevo una mano al pelo y enredo un rizo entre los dedos—. No sé... me ha dejado con mal cuerpo. Como si buscara algo más allá de conocer qué o cómo cocinas.

La oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Julia… es su trabajo. Eso hacen los críticos de verdad. Van más allá de lo que hay en un plato. Buscan el alma que hay detrás de cada creación —comenta, con más convicción de la que yo siento —. Quieren comprender el concepto de Azaleas.

—¿Y a ti te parece normal que venga a Carla's a interrogarme como si fuera parte de una investigación?

—No, no me lo parece —responde rápidamente, probablemente percibiendo mi enfado—. Pero no es algo que pueda controlar. Si quiere escribir una crítica seria, va a hurgar en lo que pueda. Y esa crítica podría darnos nuestra primera estrella, ya te lo dije.

—Tengo la impresión de que no está buscando eso…

—¿Qué estás insinuando? —pregunta, desconcertada.

—Que no me fío, creo que quiere algo más. Hay algo en ella que no me cuadra. No me gustó la forma en que me miraba, como si me conociera de toda la vida o supiera que podía pasar por encima de mí.

La escucho alejarse. El murmullo de fondo cambia, aunque no desaparece del todo.

—Elliot, un segundo —murmura—. No, el confitado va después del sellado. Eso es. Perdón, cariño, dime.

—Tranquila, no hace falta —respondo, con la mandíbula tensa —. Hablamos en otro momento.

—No, espera, no quería...

—Está claro que tienes cosas más importantes que hacer — espetó, aunque en realidad habla más el enfado con Emilia que yo.

—Julia, no es justo...

—Lo que no es justo es que mientras yo respondo a preguntas incómodas, tú estás discutiendo el puñetero confitado con Elliot de fondo —suelto sin pensar en las consecuencias—. ¿Sabes qué? Olvídalo.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. No lo hago por rabia, sino porque no quiero romperme. Si me quedo un segundo más escuchando cómo su mundo sigue girando sin dejarme espacio para respirar, acabaré por no querer ver la luz del sol.

Apoyo la espalda en la pared de la trastienda y cierro los ojos.

—Eso ha estado totalmente fuera de lugar —dice Amber, con los brazos cruzados, como si llevara ahí toda la conversación.

—Sí, imagino que sí. Pero ya no puedo hacer nada.

. . .

He salido de Carla’s antes de hora, convencida por Amber de que podía encargarse del resto de los pedidos. La ciudad huele a humedad y a los últimos retazos de un verano que se resiste un poco a marcharse. Camino por el Soho más deprisa de lo habitual, como si mis pies quisieran llegar antes que mi corazón. Qué lejos

queda ya aquella época en la que estas calles eran una extensión de mi alma.

Llego al Bar Termini con unos minutos de antelación. Es pequeño, acogedor y cálido, con esa estética que mezcla lo antiguo y lo moderno sin perder el encanto. Las luces, suaves y doradas, como si alguien hubiese querido atenuar la realidad, me arrancan una sonrisa verdadera. Me siento en una esquina, junto a la ventana empañada por el vapor del interior. No sé por qué, pero el mundo siempre parece más sencillo cuando puedes observarlo desde el otro lado del cristal.

Tony aparece enseguida. Lleva su abrigo de siempre y una bufanda colgando despreocupadamente del cuello. Pero lo que nunca falta es ese sombrero que logró hacerme sentir parte de una familia en apenas unos días.

—¿Cerveza… vino, o vamos directamente a lo fuerte? —bromea mientras hojea la carta sin prestarle verdadera atención, justo después de sentarse frente a mí.

—Hoy... mejor una cerveza. Si me tomo un cóctel, igual provoco un terremoto.

—Ufff, todavía me acuerdo de una noche en particular.

«Aquella vez que llamé zorra a Shelby», me recuerdo. Sacudo la cabeza y Tony se ríe, pero enseguida se pone serio. Sabe que no estoy aquí solo por el placer de reencontrarnos.

—¿Qué ha pasado? —inquiere, apoyando los codos sobre la mesa tras quitarse el abrigo.

—Ya lo puedes imaginar —respondo sin más. Esas cuatro palabras arrastran todo lo que siento.

Me observa en silencio, esperando que sea yo quien decida cuánto quiero compartir. Cuando llegan las cervezas, le doy un trago largo antes de continuar.

—Llevamos semanas así, y empiezo a sentirme agotada —comento—. A ratos todo va bien, y otras veces, es como si fuéramos dos desconocidas. Hoy ha sido uno de esos días en los que no sé dónde estoy. Cada vez que intento hablarlo con ella, algo la interrumpe: Elliot, el restaurante o… ella misma. Y todavía no entiendo qué necesidad tenía esa crítica gastronómica de aparecer en Carla's.

Antes de vernos, le envié un mensaje a Tony contándole ese pequeño detalle.

—Supongo que es parte de su trabajo, y seguro que Shelby te ha dicho lo mismo —responde, acertando de pleno—. Pero tengo la sensación de que no es eso lo que necesitas oír. ¿Dónde estás tú en todo esto?

—En pausa, Tony, en pausa. Como si viviera atrapada en una espera constante. Como si tuviera que colarme por los huecos de su rutina para recordarle que sigo a su lado. Ni siquiera he sido capaz de contarle nada a mi madre, aunque seguro que lo intuye. Pero no quiero agobiarla recién llegada de San Francisco. —Me aparto un par de rizos del rostro y suspiro—. Y Emilia ha terminado de estropearme el día.

—¿Qué quería saber exactamente?

—Absolutamente todo —respondo, sin matices—. Quién soy, qué aporto, cómo encaja nuestra relación con el trabajo de mi

prometida en la cocina. Me sentí... expuesta. Y lo peor es que Shelby le restó importancia, por más razón que tengáis.

Tony permanece callado. Se toma su tiempo antes de hablar, lo cual, viniendo de él, me resulta hasta inusual. Intuyo que está midiendo bien sus palabras. Nunca ha sido de los que reparten consejos como servilletas.

—¿Sabes? Taylor y yo estamos en una fase parecida. No romántica, claro —añade con una sonrisa al recordarme aquella época en que yo pensaba que entre ellos había algo más—, pero sí en cuanto a la desconexión —añade, y sus palabras me sorprenden —. Está centrado en Amber, en el trabajo, en cosas que ya no compartimos tanto. Ya no viene a verme tocar las veces que lo hacía antes, ni nos tomamos una cerveza, ni siquiera hablamos de los diseños que tiene en mente. Y a veces siento que soy una nota al margen. Como si nuestra amistad tuviera que adaptarse a su ritmo.

Le miro. Nunca lo había verbalizado. Y en sus ojos veo reflejado lo que yo también llevo sintiendo hace un tiempo.

—Supongo que crecer también es esto —musito, casi derrotada —. Asumir que las cosas cambian sin romperse del todo... aunque duela.

—O ver cómo se rompen y aprender a recoger los trozos que aún tienen sentido para encajarlos de otra manera.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La música del local es suave, envolvente, como si supiera que ambos la necesitamos. En los ventanales empiezan a golpear las primeras gotas de una lluvia inesperada, y eso me arranca una sonrisa.

—¿Tú la sigues queriendo? —pregunta Tony con franqueza.

—Por supuesto —respondo sin dudar—. Incluso más que antes. Pero no sé si esto es lo que quiero.

Él alarga la mano y me acaricia la palma con ternura.

—Lo único que sé —dice, con esa sonrisa tan suya—, es que mereces ser vista, no buscada cuando el mundo esté en calma. Mereces que te escuchen sin necesidad de rogarlo. Siempre lo he pensado. Y ella también lo merece... si consigue salir un poco del torbellino que la consume.

—Estoy tan cansada de no saber cuándo nos perdimos…

—Pero si estás aquí, es por algo. Tú no eres de las que se rinden, Julia —me recuerda—. Solo necesitas mirar dentro de ti y no volver a perderte en el camino.

Le sonrío y él alza su cerveza, invitándome a brindar para espantar este malestar.

Después, hablamos un rato sobre sus próximas actuaciones. Al salir del bar, la lluvia ya ha calado el asfalto, convirtiendo las aceras en espejos desordenados que reflejan el maravilloso caos que es Londres. Tony se sube el cuello del abrigo y me lanza una de esas miradas cómplices, la misma que me ofreció desde el primer día que nos conocimos.

—¿Qué? —pregunto, sonriendo.

—Ven, anda —responde. Y sin decir nada más, me coge de la mano y empieza a caminar por Dean Street, donde las luces de los establecimientos parpadean como si nos aplaudieran al pasar.

Caminamos sin rumbo. No importa hacia dónde vamos, solo que sea lejos de los pensamientos que últimamente me dejan sin

aliento. De esas frases que se repiten como una canción pegajosa que no puedes quitarte de la cabeza.

La lluvia nos cala, pero no es una tormenta furiosa, sino esa llovizna suave que parece querer limpiar lo que llevamos dentro. Nos adentramos por callejones adoquinados, reímos al esquivar charcos, y Tony saca el móvil para hacerme una foto sin que me dé cuenta.

—¡Eh! —me quejo, aunque no puedo dejar de reír.

—Estás increíble. Te juro que esta lluvia te sienta como el blanco y negro a París.

—Tú sí que sabes cómo endulzar el ego —respondo, quitándole el móvil para revisar la foto. No está mal. Llevo el pelo pegado a la cara, el abrigo empapado, pero mis ojos brillan como hacía tiempo que no lo hacían. Como si por un instante, me hubiera reencontrado conmigo misma.

—Hazme una tú —dice, posando como si fuera para la portada de una revista.

Le hago varias fotos. En una, se ríe justo al pisar un charco. En otra, parece un modelo de perfume masculino. Y en la última, se quita el sombrero y deja que el agua le empape el pelo rojizo. Nos pasamos el móvil entre los dos, sin pensar en nada más. Capturamos lo que queda de nosotros, esa versión que aún sabe reír, que todavía encuentra refugio en el otro.

—¿Recuerdas cuando pensaba que tenía las cosas claras? —le digo mientras cruzamos una calle casi desierta, con las luces de los taxis reflejándose en los charcos como si fueran constelaciones fugaces.

—¿Cuándo? ¿La primera noche en Ronnie’s?

—Sí. Aquellas noches en las que el amor parecía de verdad una película francesa.

Tony asiente, serio por un momento, como si también regresara a ese lugar.

—Pero al menos ahora sabemos qué cosas no queremos repetir. Qué silencios no estamos dispuestos a soportar. Qué personas sí queremos mantener cerca, incluso si es bajo la lluvia.

Le miro. Y, de repente, lo abrazo. Sin previo aviso, sin motivo más que la certeza de que hay abrazos que no necesitan explicación. Porque, inevitablemente, él ha estado ahí desde antes de Shelby —ojalá la hubiese visto desde el primer minuto como ella me vio a mí—, desde antes de Carla's, desde mucho antes de que supiera que esta ciudad podía curar tanto como herir, según el día y según el alma.

—Gracias —murmuro, con el rostro hundido en su hombro—. Por ser de los que no se han rendido conmigo.

—Jamás —responde, rodeándome con fuerza, con ese calor que no pide nada a cambio.

La lluvia sigue cayendo, pero hace ya rato que ha dejado de molestar. Pasamos frente a una tienda de vinilos con la persiana medio bajada, una librería con luces cálidas que parecen susurrarnos sus historias, una panadería que ya huele a final del día. Y con cada paso, recupero una parte de mí. De aquella chica que llegó a Londres llena de dudas y con la necesidad de sanar. De esta mujer que aún aprende que no hay fórmulas mágicas para amar, pero sí infinitas formas de seguir intentándolo.

—¿Te llevo a casa? —pregunta Tony cuando giramos hacia Wardour Street.

—No, voy a caminar un poco más. Pero tú vete tranquilo. Estoy bien.

—¿Segura?

—Sí. Solo necesito unos minutos para mí, bajo la lluvia. Para observar esto que siento y que todavía no sé cómo ordenar.

—Entonces prométeme una cosa.

—La que quieras.

—Que pase lo que pase, no vas a dejar de buscar lo que te hace brillar. Aunque a veces duela. Aunque tengas que volver a empezar desde cero.

Afirmo, sintiendo cómo sus palabras se me quedan grabadas en el pecho. Me despido con otro abrazo. Nos decimos «te quiero» como lo hacen los amigos que han aprendido que también pueden decirlo sin miedo, sin dobleces, sin condiciones. Tony se pierde entre los paraguas, las luces y el murmullo mojado de la ciudad, y yo me quedo unos segundos bajo un toldo, contemplando el cielo invisible de Londres, empapado de lluvia y pensamientos.

Y sonrío.

Porque incluso en medio de este caos y dolor, aún sé encontrar un arcoíris. Aunque esta vez solo se refleje en los ojos de mi mejor amigo.



10
LAS COSAS QUE NO QUIERO PERDER

SHELBY

Londres, Inglaterra. *30 de septiembre de 2023.*

Me rodea un completo silencio, y eso ya es todo un logro, teniendo en cuenta que es sábado por la noche. He apagado el teléfono hace veinte minutos. No espero ni una sola notificación, ni una llamada. Nada. Solo el sonido suave del jazz flotando desde el altavoz del salón. En la cocina, huele al pan de ajo que acabo de sacar del horno. El aroma se extiende por la estancia, se desliza por los pasillos y, por primera vez en mucho tiempo, me da la sensación de que el tiempo se ha detenido lo suficiente como para permitirme saborear la vida, de verdad.

Tal y como deseo: sin expectativas, sin prisas. Solo con los colores de Londres y este rincón que comparto con la mujer que tengo en el corazón.

Hoy no celebramos ninguna ocasión especial, y, en el fondo, eso lo convierte en el momento perfecto para aprovechar que he llegado antes a casa que Julia, para preparar algo sabroso de cenar y crear un ambiente que no sea una prolongación de Azaleas, sino de nosotras. De lo que fuimos. De lo que, con un poco de suerte, todavía somos.

La mesa ya está dispuesta: dos platos blancos reposan sobre manteles de lino en un tono gris claro. Las copas de cristal, finas y elegantes, reflejan la luz cálida de las velas —tres, porque siempre me han gustado los números impares— que titilan como si fueran luciérnagas escondidas en el salón. Y el ambiente tan perfecto me hace sonreír.

No he preparado un menú complejo, pero sí cocinado con mimo, pensando en sorprender a la única persona a la que deseo arrancarle mil suspiros a través de mis platos. He hecho una ensalada de pera y nueces con vinagreta de mostaza, un risotto de setas con trufa y, de postre, un bizcocho de chocolate con un toque de café, que huele a esas tardes que compartíamos en su antiguo piso de Notting Hill. Y lo mejor de estos platos, es que todo lo he cocinado con calma, sin la presión de un servicio profesional. Solo yo, mis manos y la música de fondo, saboreando ese instante en el que uno recuerda que el amor también se demuestra en los detalles más sencillos.

Miro el reloj. Julia debería estar a punto de llegar, y como si el destino estuviera esperando a que pensar en ella, abre la puerta.

—¿Shelby?

Su voz me llama desde la entrada, dulce, con una mezcla de sorpresa y un leve cansancio que se cuela entre las sílabas.

—¡Estoy en la cocina! —respondo mientras me quito el delantal y salgo a recibirla.

Entra con las mejillas sonrojadas por el frío. Lleva el pelo un poco revuelto y las manos ocupadas con bolsas, que deja en el suelo en cuanto me ve. Sus ojos se pasean por el ambiente: las luces tenues, las velas encendidas, el aroma que todavía flota en el aire... y juro que sus labios tiemblan un instante.

—¿Qué es todo esto? —pregunta, sin disimular la sorpresa.

—Nada en particular. Solo quería que tuviéramos una noche normal. Que las dos pudiéramos tener una velada tranquila, como antes.

Camina despacio hasta la mesa, como si no terminara de creerse que esto es real, o temiera que todo fuera parte de un sueño del que no quiere despertar. Me acerco, le acaricio la mejilla y la beso. Su cuerpo se relaja entre mis brazos, como si llevase días anhelando algo así. Como si, después de tanto alejamiento, bastara con mirarnos para volver a sonreír.

—Has cocinado —constata, más que pregunta.

—¿Esperabas que pidiera comida para llevar?

—No... —Esboza una risa breve, pero es el sonido más reconfortante que he escuchado en días—. Es que casi había olvidado cómo olía la casa cuando cocinabas. Como si todo girase únicamente en torno a eso.

Me trago la punzada que me provoca esa confesión y después de coger las bolsas del suelo y dejarlas en la cocina, la acompaño a una silla. Le quito el abrigo y ella se sienta despacio, como si necesitara un permiso tácito para sentirse en casa. Para sentirse en *nuestra* casa.

Regreso a la cocina y coloco todo en su sitio. Luego sirvo la ensalada, dispongo el risotto en los platos y los llevo a la mesa. Falta un toque final: el vino. Lleno las copas hasta la mitad y me siento frente a ella.

Durante unos segundos, me dedico solo a mirarla. Su rostro refleja el cansancio de un sábado lleno de trabajo, pero también esa expresión que siempre me busca incluso cuando parece distraída.

—Siento lo de estos días. Lo de estas semanas en realidad… —empiezo, sin atreverme aún a aclararme la garganta, aunque lo necesito—. Sé que te he hecho sentir sola.

Julia no responde, pero tampoco aparta la mirada, así que continúo.

—Tengo la impresión de estar perdiendo cosas que no quiero perder. Y no hablo del restaurante. Hablo de ti. De nosotras. De lo que éramos cuando, por muy agotadas que estuviésemos, siempre encontrábamos un momento para pensar la una en la otra y querernos con las cosas más sencillas.

Baja la mirada. Sus dedos juegan con el borde de la servilleta, como si necesitara aferrarse a algo. Todavía no ha probado bocado, y yo tampoco.

—No quiero que nos convirtamos en dos desconocidas que solo se cruzan en los pasillos. Quiero luchar por esto. Por ti. Por la vida

contigo. No solo por Azaleas.

—¿Y sabes cómo se hace eso? —pregunta con emoción en los ojos.

—Todavía me faltan respuestas. Pero puedo empezar por estar presente. Por no mirar el móvil cada cinco minutos. Por darte tiempo real, de verdad, sin interrupciones ni pensamientos vagando por la cocina.

El silencio nos envuelve. Solo suena la música y el murmullo lejano de la ciudad.

Julia asiente, al fin.

—Entonces brindemos por eso —dice, sonriendo mientras alza su copa—. Por estar juntas. Por intentarlo. Por no dejar que algo tan bonito como esto se nos escape.

Chocamos las copas, y bebo. Lo hago con la serenidad de quien, después de la tormenta, ha encontrado por fin un refugio en el que poder quedarse.

—Y por Azaleas —añado—. Porque va a quedar preciosa con las nuevas flores cuando decidas cuáles poner.

—Y porque sigue siendo tu sueño... y el mío, aunque a veces también se me olvide.

El matiz no me sorprende, viniendo de ella. Conozco bien cuánto quiere al restaurante, y también sé muchos de los motivos por los que ya no va tanto por allí. La observo en silencio. Y en ese instante, la veo de verdad. Como aquella primera vez, cuando supe que ella cambiaría mi mundo para siempre.

Y me hago una promesa. Voy a luchar por esto. Porque, aunque no exista una receta exacta para el amor, hay ingredientes esenciales que no pienso dejar de utilizar.

. . .

Entre risas, las copas se vacían a medias y el risotto ha desaparecido de los platos, pero seguimos sentadas, una frente a la otra, como si el tiempo se hubiera suspendido en esta burbuja de luz cálida y en la sonrisa persistente de Julia, que aún guarda algunos suspiros escapados al probar la cena.

Inclina la cabeza hacia un lado y juega con la base de la copa entre los dedos. Tiene los labios ligeramente teñidos por el vino, y en sus ojos —aunque ahora más vivos— persiste una sombra de incertidumbre que no consigo despejar del todo. No digo nada; sé que cuando se recoge en estos silencios es porque está a punto de compartir algo importante.

—En Carla's vamos a cambiar toda la decoración por otoño —comenta con entusiasmo, reflejado en su tono—. Amber ha tenido ideas geniales aunque he tenido que intervenir un poco. Ya sabes cómo es —bromea—, y hemos pensado que el escaparate parezca un cuento, como los que leíamos de pequeñas. Con ramas secas, calabacitas colgando y muchas flores silvestres. Nada tétrico ni que dé miedo, sino algo que despierte magia al verlo.

—Me encanta —respondo con sinceridad—. Seguro que quedará precioso. Como todo lo que hacéis. Es una pena que Nasrin ya no esté en Londres, porque seguro que ella le habría dado un toque aún más especial.

—El otro día me dijo que a ella y a Nicole les va muy bien en Cornualles. Quizá venga pronto a visitar la asociación y a vernos un rato.

La nostalgia en su expresión debería entristecerme, pero en realidad solo me hace quererla más. Porque Julia es de las que quiere a las personas de verdad, sin medida.

—También he pensado en decorar la parte de atrás, a Lila —añade.

Mi cuerpo se tensa. Sé que nombrarla en voz alta le remueve cosas profundas. A mí también. Porque viví momentos imborrables en esa furgoneta con Carla, aunque en aquel entonces ya no fuéramos ni la mitad de lo que alguna vez fuimos. Julia deja los ojos clavados en el mantel, como si esperara que este le ofreciera una respuesta que aún no encuentra dentro de sí.

—He ido a verla varias veces estas semanas. A veces me limito a mirarla o acariciarla —confiesa con tristeza—. Otras entro, me siento al volante y cierro los ojos, como cuando íbamos juntas a todas partes. Me duele no saber qué hacer con ella. Siento que, si la dejo ir, estaré traicionando lo que fue, su memoria… —aclara, refiriéndose a Carla—. Pero si me quedo esperando a que ocurra algo… quizá se termine de morir del todo. No sé si me explico.

Me levanto sin decir nada. Camino hacia ella. Me coloco detrás de su silla, poso las manos en su cuello con delicadeza, y luego la rodeo por la cintura. Me pego a su espalda y dejo un beso suave en su mejilla.

—Cuando tu corazón esté listo, sabrás qué hacer —le susurro junto al oído—. No tienes por qué forzarlo. Nadie te exige respuestas

ahora. Estoy convencida de que Lila seguirá esperándote. Como lo harían ellos.

Pienso en Hal, en Carla. En quienes están lejos. Incluso en Jamille, cuando regresa por temporadas a San Francisco.

Julia permanece inmóvil. Apoya sus manos sobre las mías, y noto cómo su respiración se vuelve más pausada. Como si en este abrazo encontrara un refugio provisional contra todas las dudas que la asedian.

—A veces me asusta dar ese paso. Convertirla en otra cosa. Como si para construir algo nuevo tuviese que borrar el pasado… o cederle algo de paz.

—Yo no creo que lo vayas a borrar. Le darías otra vida, aunque esté lejos de ti. Carla también sabía que el amor evoluciona, que se transforma y, precisamente, por eso te quiso. Por tu capacidad de imaginar lo posible sin renunciar a lo vivido —murmuro, con los sentimientos apenas contenidos—. Igual que yo me enamoré de ti.

Ella se gira un poco para buscarme con la mirada y yo me siento en la silla que hay a su lado, esta vez más cerca.

—Gracias —me dice, apoyando su frente contra la mía—. Por preparar una cena deliciosa. Por estar aquí, antes que en cualquier otro sitio.

—Es donde quería estar. Y donde debo estar —le acaricio el cuello con suavidad—. Sé que no basta con decirlo. Pero estoy dispuesta a demostrarlo, cada día. No solo cuando haya tiempo.

Ella sonríe. Luego se recuesta en el respaldo de la silla y contempla el centro de flores, aún fresco, como si también supiera que esta noche era necesaria.

—¿Sabes? Me gusta mucho el jazz que has puesto —dice con ternura—. Me recuerda a ti. Elegante, pero con carácter. No busca llamar la atención, pero atrae sin querer.

—Igualito que yo —añado, alzando una ceja.

Se ríe. Y en ese momento, todo cobra sentido. «Cómo echaba de menos esa risa». La que me hace sentir que el hogar no es un lugar, sino una persona. Y que, por muy difícil que se pongan las cosas, mientras esa risa siga sonando, siempre podré encontrar el camino de vuelta.

Nos quedamos así unos segundos más, sin sentir la necesidad de llenar el silencio con palabras. La noche se instala definitivamente en Mayfair, y me permito creer —por primera vez en mucho tiempo — que aún estamos a tiempo de volver a ser esas mujeres que se miraron por primera vez.

Suena *A Gentle Dance*, de Mandy, y Julia me observa en silencio mientras enreda unos mechones de su pelo entre los dedos. Yo la contemplo como si nunca antes la hubiera visto del todo, como si, incluso después de todo este tiempo, aún me sorprendiera la forma en que cada uno de sus gestos deja un eco maravilloso dentro de mí. Recogemos la mesa y nos acomodamos en el sofá, con los pies descalzos sobre la alfombra y una manta a medio caer. Su mirada se fija en la mía, intensa, como si buscara el instante adecuado para tocar un tema que llevamos demasiado tiempo esquivando.

—¿Cuándo vamos a fijar una fecha? —pregunta, sin añadir un ápice de tensión en su voz—. ¿Vamos a seguir aplazándola hasta

que las cosas se alineen perfectamente? Porque querría pensar que no tenemos que esperar para eso.

Trago saliva y suspiro. Esta conversación lleva mucho tiempo rondándonos, pero nunca terminamos de afrontarla.

—Solo te pido un poco más de tiempo —respondo con calma, aunque por dentro no la siento—. Hasta que salga la maldita crítica de Emilia. Ahora mismo me tiene contra las cuerdas y siento que no podría pensar con claridad. No sé cuándo volverá a presentarse en Azaleas, ni cómo. Es una época... delicada. Después de eso, podemos sentarnos y fijar una fecha definitiva. Una que no tengamos que volver a cambiar.

Ella asiente, pero su gesto no refleja alivio, sino todo lo contrario.

—Es que… siempre hay algo, Shelby. Una inauguración, una crítica, un evento, un problema en cocinas… Y ya no sé si lo pospones porque quieres que todo salga perfecto o porque… —Hace una pausa, como si buscara fuerzas donde ya apenas quedan—... te da miedo dar el paso.

Sus palabras me atraviesan, porque contienen una verdad que me cuesta asumir. Y es algo con lo que llevo tiempo luchando.

—No es miedo —respondo, sintiendo la necesidad de ponerme en pie. Camino hacia la ventana y apoyo las manos sobre el marco. La ciudad sigue su curso, ajena a lo que puede romperse o reconstruirse dentro de estas paredes—. Es por el control. Esa maldita necesidad de que todo salga bien desde el principio. No quiero que ese día sea un paréntesis en medio del caos. Quiero que

sea una celebración, no un respiro entre el desorden que ahora tengo encima.

Julia se levanta y se sitúa a mi lado.

—Yo no necesito que todo esté bajo control. Solo necesito saber que lo deseas. Que estás conmigo. Que no vas a seguir ocultándote tras el trabajo o tras el miedo a que algo no sea perfecto. Porque si nos queremos, ¿qué importa si el mundo está o no preparado?

La miro. Dios, cuánto la amo. Hay tanta verdad en sus palabras, tanto amor velado por la decepción, que siento que podría venirme abajo. Pero no lo hago. En lugar de eso, le tomo el rostro entre las manos y acaricio sus mejillas con los pulgares.

La beso con delicadeza… aunque enseguida ya no lo es tanto. La beso como si pudiera decirle con los labios lo que aún me cuesta pronunciar. Como si pudiera demostrarle que este amor es real, aunque a veces se me escurra entre los dedos.

Julia suspira contra mi boca. Sus manos se aferran a la tela de mi camisa, tiran de ella y me guía de nuevo hacia el sofá, hasta que caemos juntas sobre el terciopelo gris.

Me acomodo sobre ella, esta vez sin contenerme.

Le quito la camiseta con lentitud, como si cada centímetro de su piel fuese una promesa que estoy dispuesta a cumplir. Ella se arquea, se entrega. Y cuando pronuncio su nombre entre dientes, comprendo que no hay restaurante, ni crítica, ni «cuando esto termine» que importe más que lo que estamos construyendo ahora.

Mis labios descienden por su cuello, despacio, delineando un mapa que ya me conozco de memoria pero que esta noche quiero

redescubrir. Julia se muerde el labio, me observa con los ojos entrecerrados y deja que sus manos recorran mi espalda.

—Shelby…

Su voz es una súplica. O una orden, lo único que sé es que siempre las he disfrutado por igual.

Mis manos alcanzan la cinturilla de su pantalón. Lo deslizo despacio. La adoro en cada mirada, con los labios, con cada parte de mí que quiere gritarle que sí. Que sí, quiero casarme con ella. Que sí, la elijo, incluso en los días en que no sé cómo hacerlo.

Y mientras tiembla bajo mí, mientras el jazz se entrelaza con sus gemidos que llenan la casa, sé que esta es mi forma de hablarle. De decirle que estoy aquí. Que quiero volver a bailar con ella en el salón. Y en la vida.

Sus muslos tiemblan bajo mis manos, firmes y suaves, como si contuvieran el peso de todos los días en los que el deseo tuvo que esperar. Me inclino sobre su vientre y dejo un beso justo debajo del ombligo, donde la respiración se le corta y el cuerpo dice más de lo que las palabras podrían.

Julia se arquea, sus dedos se enredan en mi pelo, y sonrío contra su piel porque sé que aún está aquí. Que sigue buscándome. Que aún me reconoce.

Desciendo por ella, trazando una línea invisible llena de promesas. Noto cómo contiene el aliento justo antes de rendirse por completo. Se abre a mí con una entrega que no necesita explicación. Y yo me pierdo en su cuerpo, en su calor, en el sonido de su placer, que vibra, que me sacude por dentro como una melodía que solo yo puedo interpretar.

Sin prisas. Solo con su corazón danzando con el mío.

Mi lengua la acaricia, y sus caderas se alzan con una respuesta instintiva. La beso con intención, con hambre, con una ternura feroz. Porque quiero que sienta cada «te echo de menos», cada «me ha dolido fallarte», cada «te necesito». La amo así, con la boca, con el alma abierta, con los silencios que solo el cuerpo sabe traducir.

Julia gime mi nombre. Se aferra al sofá como si el suelo temblase bajo nosotras, pero no me detengo. No hasta que la siento rendirse, suspirar, gemir con ese temblor profundo que nace en lo más íntimo. Y cuando abre los ojos de nuevo, me inclino para besarla, sabiendo que su sabor aún me recorre. No dice nada, pero me acaricia el rostro con una ternura que me desarma.

—Quédate aquí —susurra—. No te muevas, nunca.

Me acomodo sobre su pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón, hasta que sus labios vuelven a buscar los míos y sus manos me sujetan como si este amor pudiera sostenernos para siempre. Nos dejamos llevar, entre besos, entre caricias. Nos desnudamos más allá de la ropa. Y cuando el silencio regresa, cuando nuestras respiraciones se calman y nos miramos a escasos centímetros, le acaricio la mejilla y le susurro:

—No pienso perderte.

Julia me besa. Y todo, por un instante, vuelve a estar bien.



11
SABER CÓMO BRILLAR

SHELBY

Londres, Inglaterra. *3 de octubre de 2023.*

Últimamente, las mañanas en Azaleas tienen un olor propio. Una mezcla de especias, flores e ingredientes que se combinan para hacer de este lugar algo mágico. En la parte trasera hay un ramo que huele a otoño, y cuando acaricio los pétalos, sé que ha sido Julia quien lo ha dejado ahí antes de marcharse a Carla's. Como si su única intención fuese que la estación se quedase con nosotros, aquí dentro, a pesar de que los colores más hermosos siguen brillando al otro lado de estas paredes.

Lo cojo con cuidado y entro por la puerta lateral, como casi siempre, esquivando a los repartidores y saludando con un gesto rápido a Flora, que ya está concentrada contando ingredientes como si le fuese la vida en ello. Aún no suena la música, pero sí percibo el murmullo de los pasos, el tintinear de vajillas y el aroma del café recién molido, que me reconecta con la realidad de inmediato.

Sin embargo, hoy me siento distinta. Como si el peso que solía arrastrar sobre los hombros hubiera disminuido un poco. Camino con ligereza, sin arrastrar los pies, y me detengo para oler una vez más las flores antes de dejarlas en mi rincón favorito. Quizá me sienta así porque esta mañana, al despertar, tenía a Julia abrazada a mi espalda, dormida, tranquila, respirando con ese ritmo pausado que ha marcado el inicio de mi día.

—Buenos días, chef —saluda Elliot con su habitual energía en cuanto me ve entrar en la cocina.

Se aparta un mechón rubio de la frente mientras permanece junto a los fogones, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, concentrado, o tal vez maquinando alguna nueva idea. Con él nunca se sabe. Siempre ha sido hábil para reflexionar sin que nadie pueda anticipar lo que pasa por su cabeza.

—Buenos días —respondo, colgando el abrigo en la percha junto a la puerta.

—He hablado con nuestra distribuidora de siempre —empieza sin rodeos—, y el proveedor ha avisado de que sufrirá retrasos. Así que, si queremos mantener el menú del resto de la semana, habrá que improvisar algo impactante. Algo que impresione de verdad, por si a esa mujer se le ocurre aparecer y fastidiarnos la crítica.

Sus palabras son directas, como de costumbre, sin embargo, yo aún no estoy en esa frecuencia. Había olvidado que en Azaleas los problemas llegan solos, sin necesidad de convocarlos. Y, teniendo en cuenta los eventos que se acercan en octubre, no es algo que debamos tomarnos a la ligera. Pero tampoco quiero lanzarme ya a la batalla.

—Dame unos minutos. No he abierto el portátil y ya estoy pensando en lo que tengo que resolver dentro de dos semanas.

Asiente, pero permanece inmóvil, como si de él dependiera que la cocina no saltase por los aires. Por un lado, me halaga. Pero, por otro, está empezando a agotarme.

—Elliot —le digo mientras enciendo la cafetera—, relájate un poco. Por mucho que queramos tener todo bajo control, la crítica estará en manos de Emilia, y es ella quien decidirá si salimos bien parados o no.

—No tenemos por qué ponérselo tan fácil —replica—. Si de verdad queremos esa estrella, no podemos permitirnos bajar el ritmo. Ni un poco.

¿Qué ha sido del Elliot que hace unos días me instaba a disfrutar de la vida fuera de estas cuatro paredes?

Apoyo ambas manos sobre la encimera de mármol y respiro hondo. Tiene razón, y lo sé de sobra. Pero también empiezo a ser consciente de que vivir constantemente al borde de la excelencia tiene un precio. Un precio muy alto. Y no estoy segura de querer seguir pagándolo después de tantos años de sacrificios.

—¿Sabes? Esta mañana, por primera vez en mucho tiempo, no he pensado en esa dichosa estrella nada más abrir los ojos —confieso, girándome hacia él—. He pensado en desayunar con la mujer de mi vida. En prepararle el café más delicioso que haya probado nunca. Y después la he visto sonreír, aún medio dormida. Eso, para mí, ha sido infinitamente más valioso que cualquier otra cosa.

Elliot parpadea, desconcertado. Como si hablar de amor me alejase de mi papel habitual en estas cocinas.

—No me malinterpretes —añado enseguida—. De verdad que quiero esa estrella. Aspiro a conseguir muchas más, claro que sí. Pero no estoy dispuesta a lograrlo a costa de todo lo demás. Ya no.

Se queda en silencio. Relaja poco a poco la postura y, finalmente, asiente.

—Lo entiendo. Solo que… cuesta dejar de lado la ambición cuando sientes que el éxito está tan cerca. Supongo que no termino de comprender esa otra cara del amor.

No hay desafío en sus palabras. Son sinceras. Le observo y reconozco en su mirada ese fuego que yo también he sentido arder dentro de mí: esa necesidad de destacar, de demostrar algo, de dejar huella. Elliot es pura ambición envuelta en disciplina, y a veces eso choca con mi lado más emocional, aunque nunca le he juzgado por ello. Sé perfectamente lo que significa tener sueños que apuntan alto.

—Entonces deberías encontrar algo que te llene más allá de Azaleas —le aconsejo con una sonrisa suave—. A mí también me cuesta apagar esa ambición. Es como una melodía de fondo que nunca se detiene, aunque quieras desconectar. Pero también es maravilloso llegar a casa y cocinar con amor, sin pensar en ninguna crítica.

—El amor no es para todos, Shelby.

Baja la mirada, busca un paño y empieza a limpiar la encimera con movimientos lentos, casi mecánicos. La cocina aún no ha cobrado vida del todo, pero ya flota en el ambiente una tensión

contenida que parece mantener todo en equilibrio por hilos invisibles.

—¿Te digo algo? —susurra sin levantar la vista—. Ya sabes que antes de venir aquí trabajaba en un restaurante que ya lo tenía todo. Técnica, precisión, horarios férreos. Era impecable. Pero nadie hablaba. Nadie reía. Nadie se quedaba un minuto más tras el cierre, a no ser que fuera por obligación. Entonces entendí que no existe gloria que merezca la pena si no lo das todo para alcanzarla, pero sin arrastrarte.

Le miro, sorprendida. Es la primera vez que le oigo hablar así de su antiguo trabajo.

—¿Y qué crees que te ha traído aquí? —quiero saber.

Elliot sonríe y se encoge de hombros.

—Estoy aquí porque, aunque se trabaja duro, estas cocinas son un aprendizaje constante. No he vuelto a encontrar un sitio donde el talento y el calor humano convivan como ocurre en Azaleas. Y no lo digo para halagarte, pero sinceramente, sería una lástima que tirases por la borda una gran oportunidad por tener miedo a llegar lejos.

Me quedo un momento observando cómo el café termina de caer en la cafetera, dejando que sus palabras me calen como deben. Intento no buscar contradicciones ni sentir que me las dice por puro compromiso, o necesidad.

—Gracias —murmuro.

—Quiero esa estrella. Y demostrar que no somos robots de una cadena de montaje de alta cocina. Tengo claro que tú eres la única

capaz de equilibrar eso, Shelby. Porque si ahora mismo prefirieses estar en casa cocinando, Azaleas no existiría. A pesar de todo.

Le observo. Y aunque hay cosas en su mirada que no logro descifrar del todo, me reconforta saber que cuento con alguien como él en este equipo.

—Entonces vamos a por esa estrella —digo, retomando el impulso y esa convicción con una energía renovada—. Pero sin dejar de vivir por el camino. Sin renunciar a las risas ni a dejar flores sobre la barra del bar. ¿Estamos?

—Trato hecho.

Nos damos la mano como si acabáramos de sellar un pacto invisible. Y en ese gesto descubro que hay algo más valioso que una crítica perfecta: un equipo que quiere dejar huella, pero no a costa de perderse a sí mismo por el camino. O, al menos, eso me gusta creer.

Cuando salgo de la cocina para dar una vuelta por la sala antes del servicio, noto que mis pasos fluyen de otra manera. Que la música suave que ya suena en el comedor y los primeros rayos de sol filtrándose por el ventanal tienen un aire distinto.

Y, por primera vez en semanas, siento que puedo sostener el equilibrio entre mis dos mundos. Lo noto latir en el centro de la cocina, en cada pedido que entra, en cada plato que sale perfectamente dispuesto. En cada crítica que menciona nuestro nombre, ya sea en redes sociales o en alguna revista especializada. El día empieza a coger velocidad. Los fogones no dan tregua, los cuchillos cortan sin descanso, las comandas se suceden como un pequeño ejército de exigencias.

Pero, en mi interior, hay una paz que no sentía desde hace mucho. Como si esa cena con Julia hubiese sembrado una semilla que estoy dispuesta a cuidar. Incluso si todo a mi alrededor está dispuesto a caer.

. . .

La jornada concluye con el mismo sonido con el que comenzó: el tintineo de los cubiertos en las bandejas, las copas que terminamos de colocar con cuidado, las luces de la sala que cambian mientras recogemos los restos de un día agotador. El ritmo decrece, como si el restaurante al fin pudiera respirar tras horas en las que el mundo ha vuelto a exigirnos lo mejor de nosotras.

Estoy agotada. Pero no con ese cansancio que deja las piernas molidas, sino del que pesa sobre los hombros, como si llevara colgada una nube invisible que no cesa de llover. Sin embargo, sonrío. Porque lo hemos logrado. Otro servicio impecable, clientes satisfechos, un equipo que responde tal y como siempre había imaginado.

Me agacho para recoger una servilleta caída al suelo y al incorporarme, con un leve crujido en la espalda que disimulo con una sonrisa, acaricio los pétalos de una flor sobre la barra.

—¿Ya lo tienes todo preparado para el cumpleaños de Julia?

La voz de Flora me llega desde atrás y me estremece con solo imaginarlo. Lleva una bandeja en la mano y ese paso firme y sereno que conserva desde su primer día aquí. Su coleta castaña sujeta con una pinza de mariposa, y esos ojos verdes encendidos por la misma

determinación que me hizo contratarla hace dos años. Su uniforme está, como siempre, impecable. Y sus zapatillas deportivas —que jura y perjura que son la clave de su resistencia— no han perdido ni una batalla.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa—. Lo tengo todo listo. Como vamos a cerrar Azaleas por descanso del personal, no sospecha nada. No tiene ni idea de que le espera una sorpresa.

—Dime que vas a llevar la mejor tarta del mundo —comenta mientras deja la bandeja en la barra, satisfecha—. Y no de esas que da pena comérselas de lo bonitas que son.

—No te preocupes, estará tan buena que no nos dará ninguna pena devorarla. Espero que todo el mundo llegue con buen apetito.

—Perfecto —responde con ese tono desenfadado que tanto me gusta—. Aunque te diré algo… organizar sorpresas románticas debería contar como mérito para conseguir esa primera estrella. ¿Cómo has logrado organizar su cumpleaños con el lío que llevamos?

—He aprendido del error —digo, entre broma y verdad—. De haber metido la pata. De entender que las cosas importantes no siempre esperan a que todo lo demás encaje.

—¿Dónde lo vais a celebrar? —pregunta mientras recoge unas copas del estante.

—En Kew Gardens —respondo, y ya me imagino la cara de Julia cuando lo vea—. Un lugar tranquilo, luminoso, rodeado de esa naturaleza que tanto le emociona. Vendrán Tony, Amber, Taylor, Benjamin, Cameron... y su madre, que acaba de volver a Londres.

—Ah, Jamille. Esa mujer sí que sabe hacerse notar —comenta con una carcajada—. La última vez que vino, se puso a ayudarme

con las sillas del comedor como si fuera la jefa de sala.

—Muy propio de ella —río—. Julia dice que su madre tiene más energía que todos nuestros amigos juntos.

—Y razón no le falta —asiente.

Nos centramos en lo que queda por recoger. No quiero que se nos hagan las tantas. Repaso mentalmente lo que aún debo preparar: encargarle a Amber las flores para la mesa principal, confirmar la música, asegurarme de que Julia no sospeche absolutamente nada —la tarea más complicada de todas—. Me muero de ganas por verla sonreír sin temor a que algo se rompa después. Regalarle un momento de calma. Sin ningún tipo de reserva.

—¿Tú crees que le gustará? —pregunto en voz baja mientras guardo los últimos cubiertos.

Flora se gira y me mira como si su respuesta fuera obvia. Elliot, al fondo, ya está terminando de anotar los ingredientes para el próximo pedido.

—Shelby, se nota tanto cuánto quieres a las personas cuando organizas estas cosas —responde, llevándose una mano al pecho—. Y Julia se va a enamorar aún más de ti, estoy segura.

—Deberías venir. Seguro que te vendría bien desconectar un poco —le ofrezco, sabiendo que la situación en su casa no ha sido fácil últimamente. Las ojeras en sus ojos lo dicen todo.

—Veré si puedo escaparme un rato —contesta, dibujando una sonrisa tenue—. Pero tú asegúrate de disfrutarlo. Que la felicidad no vaya solo en una dirección.

La miro, sorprendida. Pero tiene razón. Las últimas luces se apagan. Elliot ya se ha marchado, y el silencio comienza a colarse por cada rincón del restaurante. Me quito la chaquetilla con lentitud, como si cada botón fuese también un nudo emocional que deshago con el cierre del día.

Salgo por la puerta principal con la blazer sobre los hombros y el móvil vibrando en el bolsillo. Una notificación aparece en pantalla, y al leerla, no puedo evitar sonreír.

Julia: Estoy en casa, te espero con la cena hecha. Ten cuidado.

Y, de pronto, el cansancio se esfuma. Porque hay alguien que me espera en Mayfair. Una mujer que sigue apostando por nosotras, incluso cuando el mundo corre demasiado deprisa.

Y esta vez, lo tengo claro. Pienso llegar a tiempo.



12
UN LUGAR LLAMADO HOGAR

JULIA

Londres, Inglaterra. *4 de octubre de 2023.*

El día comienza con esa claridad suave que solo octubre sabe ofrecer en Londres. Ni frío del todo, ni suficiente calor como para prescindir de una chaqueta ligera. La luz cae como una caricia sobre las hojas ya teñidas de ese cobre y oro que tanto me gusta fotografiar, y yo camino entre ellas con la sensación de que, por una vez, todo en el mundo ha encontrado su sitio.

Esta mañana me he despertado envuelta en un calor dulce, ese tipo de calor que no viene de una manta, sino de la presencia de la persona a la que amas durmiendo cerca. Abrir los ojos y notar el peso ligero de la mano de Shelby sobre mi cintura —como si incluso en sueños necesitara asegurarse de que sigo ahí— ha sido, sin duda, un sueño en sí mismo. Uno que he disfrutado en silencio durante unos minutos.

Me he girado para mirarla. Dormía en una paz serena, con el ceño completamente relajado y algunos mechones rebeldes cayéndole sobre la frente, y me he quedado un rato así, contemplándola, dejando que esa calma me invadiera poco a poco.

Entonces, como si hubiera sentido mi mirada, Shelby abrió los ojos.

—Feliz cumpleaños, mi amor —susurró, con la voz aún tomada por el sueño.

No pude evitar sonreír, estaba demasiado emocionada para responder de inmediato. Ella deslizó los dedos por mi mejilla, acariciándome con una ternura que casi me deshizo en un suspiro.

—¿No tienes que ir al restaurante? —pregunté, aún incrédula, sabiendo bien lo que significaban los miércoles para Azaleas.

Shelby negó con suavidad y, acto seguido, esbozó una sonrisa.

—Hoy no. Elliot y el segundo equipo se encargarán del restaurante —me explicó—. Hoy solo existes tú. Quería hacer algo especial para ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas incluso antes de que pudiera asimilar la noticia. Siempre he creído que hay gestos que pesan más que cualquier palabra. Y Shelby, con todo lo que llevaba sobre los hombros, había decidido detener su mundo solo por mí. Para recordarme que, pese a todo, aún éramos capaces de elegirnos la una a la otra.

Me abrazó, escondiendo el rostro en el hueco de mi cuello, y sentí su sonrisa fundirse contra mi piel.

—Vamos a tener un día perfecto —murmuró.

Y la creí. La creí con todo mi corazón.

Ahora, mientras camino entre los árboles y veo a mis amigos desplegar mantas y sonreír bajo el cielo cambiante de octubre, sé que esa promesa sigue flotando en el aire. Como si la música, el sol e incluso las hojas que caen lentamente hubieran conspirado para regalarme este día.

Kew Gardens se abre ante nosotros como un paraíso secreto, reservado para quienes saben mirar con calma. Los cristales del invernadero central relucen con reflejos plateados y las plantas, enormes y salvajes, parecen susurrar cosas que no alcanzo a comprender, pero que me llenan el pecho de una serenidad que echaba mucho de menos.

Shelby camina a mi lado con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo azul marino. Cada pocos pasos se gira para comprobar que todo está en orden. A su alrededor, veo al resto del grupo moviéndose de un lado a otro: Amber —quien se ha encargado de avisar del cierre de Carla's por descanso del personal—, Cameron, Stephen, Taylor, Tony, Benjamin, Oliver, incluso Avery con una mochila mal colgada del hombro, aportan su granito de arena para que este día quede grabado en mi memoria.

Flora también ha conseguido venir a pasar parte del día con nosotros. Lleva un vestido estampado con flores que baila al ritmo de la brisa mientras coloca algunos centros de mesa. Mi madre, más radiante que nunca, se acerca a mí y me abraza con fuerza, dejándome casi sin aliento.

—Feliz cumpleaños, cariño. —Se aparta apenas unos centímetros, colocándome las manos sobre los hombros—. Ya

tenemos casi todo listo.

Después se aleja y me deja avanzar. En uno de los claros del jardín, bajo una estructura de madera adornada con guirnaldas de luces cálidas y pequeños arreglos de dalias, Shelby ha organizado un picnic de ensueño. Hay mantas de cuadros, cojines esparcidos sobre la hierba, una mesa baja de madera con platos de cerámica artesanal, flores frescas en tarros de cristal y velas flotantes encerradas en esferas de agua.

De fondo, suena *Old Pine* de Ben Howard, y los acordes de la guitarra acústica se entrelazan con el susurro de las hojas agitadas por el viento.

Me tapo la boca con una mano. Las emociones recorren mi interior como una marea imparable. No puedo contenerlas.

—Shelby… —susurro.

Ella se encoge de hombros, con una sonrisa casi tímida que, paradójicamente, no le pega nada.

—Es justo lo que merecías —dice, apenas a unos centímetros de mis labios—. Feliz cumpleaños.

Me acerco con lentitud, temiendo que, si respiro demasiado fuerte, cada uno de estos detalles mágicos se desintegren. Todo me habla de nosotras. De los días que soñamos con tener algo sencillo, en los que lo único importante fuera la calidez del sol sobre nuestra piel.

—¿Te gusta? —pregunta, acariciándome suavemente el cuello.

—Me encanta —respondo, y noto cómo mi voz tiembla—. Es... perfecto.

Ella sonríe y me besa en la mejilla antes de ayudarme a quitarme la chaqueta.

Nuestros amigos se acercan, trayendo consigo risas, abrazos y botellas de sidra artesanal. Platos llenos de comida se suceden sin fin. Aunque sé que Shelby ha contratado un pequeño cáterin —se nota en la presentación impecable—, también sé que ha supervisado cada mínimo detalle. Hay ensaladas de colores vibrantes, quesos locales, pequeños bocados de salmón ahumado, y tartaletas de frutas que parecen joyas elaboradas con esmero.

—Yo he ayudado con la tarta, *tii* Jules —anuncia Avery, arrancándome una nueva sonrisa.

Jamás pensé que podría tener un día perfecto, y mucho menos un cumpleaños así. Nunca imaginé que miraría a mi alrededor y, al cruzar la mirada con cada uno de ellos, encontraría la familia que siempre estuve buscando antes de venir aquí.

. . .

Mientras converso con Benjamin y Flora sobre cada una de las plantas que nos rodean, la música cambia suavemente en el altavoz escondido entre los arbustos. Suena *Strong*, de London Grammar, y la melodía inunda el aire con una melancolía dulce que me hace sentir al borde de la risa y del llanto.

La comida se sirve en una mesa alargada, dispuesta justo bajo uno de los árboles más antiguos de Kew Gardens. Sus ramas se arquean sobre nosotros como una cúpula viva, dejando que la luz se

filtre a través de las hojas, que se agitan en tonos ámbar y verde marchito.

Las copas de cristal brillan bajo el sol, las bandejas de quesos y frutas parecen extraídas de un bodegón renacentista, y las risas comienzan a brotar con naturalidad de cada una de las personas sentadas a la mesa. La música continúa, apenas perceptible, como un susurro amable que nos empuja, sin prisa, hacia la felicidad.

Estoy sentada entre Shelby y mi madre, mientras Tony y Amber discuten con entusiasmo sobre quién eligió peor la última *playlist* para Carla's. Avery corretea alrededor de la mesa con un sombrero de explorador que le queda enorme, y Benjamin lo observa con una mezcla de resignación y ternura. Este niño parece no agotarse nunca. Claro que eso le da a Oliver una excusa para llenar la memoria de su móvil con fotos de cada travesura.

Miro a mi alrededor y noto cómo algo se dilata en mi interior. La calidez de este hogar improvisado, en mitad de uno de los jardines más bellos del mundo, me llena el pecho.

Apoyo los codos en la mesa y dejo que mis dedos jueguen distraídamente con una flor colocada en pequeños tarros que Shelby ha dispuesto como centros de mesa. Son anémonas de otoño, blancas y lilas, con un centro oscuro que parece un pequeño eclipse. Siempre me han parecido flores frágiles y valientes a la vez. Si tuviera que elegir una imagen que resumiese este momento, sería esta: pétalos sencillos, llenos de vida, resistiendo con elegancia al viento otoñal.

Casi sin pensarlo, alargo la mano y busco la de mi madre. Ella entrelaza sus dedos con los míos con la naturalidad de quien ya ha

dejado atrás todas las batallas. Su pulgar acaricia mi mano con un gesto distraído, el mismo que solía utilizar cuando era niña y no podía conciliar el sueño. Le sonrío. Después de todo el dolor que nos ha atravesado, hemos aprendido a encontrarnos en mitad del camino.

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño —susurra.

Me doy cuenta que no necesito más. Una ola de gratitud me sube por el pecho, cálida, densa, inexplicable. La conversación se bifurca, salta de tema en tema como una corriente viva que nadie desea interrumpir. Cameron y Stephen, que han traído una tarta de chocolate tan perfecta que parece una escultura, se miran y levantan las copas.

—¿Sabes? —dice Cameron, sirviéndose un poco de limonada—. A veces, Stephen y yo hablamos de qué habría pasado si no hubieras hecho aquel viaje.

—Probablemente seguiríamos siendo unos amargados sin rumbo —añade Stephen, con ese humor seco que siempre consigue hacerme reír.

Cameron le da un codazo cariñoso.

—Hablo en serio. Siempre he creído que eras la pieza que nos faltaba. —Me mira con una intensidad serena que me desarma—. Tú nos cambiaste la vida. No solo a Carla. Nos recordaste cómo era la espontaneidad, el arcoíris en mitad de la tormenta. Nos diste los últimos días de felicidad a su lado... y ahora, sigues dándonos luz. A la floristería. A todos nosotros.

Intento encontrar algo que diluya el nudo en mi garganta, pero no puedo. Mis ojos se inundan de lágrimas que no intento ocultar.

Porque con ellos he vuelto a ser yo.

—No tenéis ni idea de lo que significáis para mí —respondo, con la voz quebrada.

—Yo diría que sí lo sabemos. Y lo demostraste el día que rompiste aquel billete de avión —añade Tony.

Los chicos se levantan y compartimos un abrazo largo, sincero. Por un instante, el tiempo se detiene. El amor verdadero, el que no necesita adornos ni justificaciones, llena el aire como un perfume invisible. Shelby me sonríe, se acerca y me besa los labios. Cuando se separa, soy capaz de verme en sus ojos tal como lo hice aquella primera vez, cuando me tendió la mano con descaro y ternura a partes iguales.

De pronto, Avery se acerca corriendo con una flor entre los dedos.

—¡Para ti, *tii* Jules! —grita, con una sonrisa que le ilumina todo el rostro.

Me agacho para recibir su regalo: una ramita de lavanda, un poco aplastada, pero viva. Viva como todo lo que merece ser celebrado.

La guardo entre los dedos como si fuera un talismán. Vuelvo a mirar a mi alrededor: Benjamin sirve la tarta con esmero; Flora cuenta una anécdota que hace reír a carcajadas a Taylor y Amber; el aire huele a hierba húmeda, a comida recién hecha y a algo más indefinible: la certeza de estar rodeada de amor del bueno.

Por un momento, todo es fácil. Las copas tintinean al chocar en pequeños brindis espontáneos; Avery corre entre las mantas

esparcidas por el césped, y hasta mi madre ríe con esa voz clara que siempre me recordará a los veranos de la infancia.

Me dejo arrullar por esta sensación. La guardo muy dentro, como si pudiera envasarla bajo las costillas para los días en que la vida vuelva a pesar. Porque sé que esos días llegarán. Pero hoy, ahora, esta felicidad es mía. Desnuda. Luminosa. Sin dobleces. El mundo encaja, por fin, en la imagen que tantas veces he imaginado: amigos, familia, amor. Y entonces, justo cuando estoy a punto de cerrar los ojos para retenerlo todo en la memoria, veo a Emilia Carter acercarse. Lleva su cuaderno en la mano y esa sonrisa cortés que, en ella, tiene la semejanza de un tiburón al acecho.

De pronto, una ráfaga helada me recorre la espalda, y ninguna chaqueta puede evitar ese escalofrío.



13
LA GRIETA INVISIBLE

JULIA

A continuación.

A pesar de que la felicidad y el sonido que nos rodea en el jardín nos envuelve, en esa sinfonía de hojas moviéndose, risas y el leve crujido de las que caen bajo nuestros pies, la presencia de Emilia lo cambia todo. Mi deseo de quedarme en este instante, de suspenderlo como una fotografía Polaroid, se desvanece cuando una corriente fría altera el aire festivo de mi cumpleaños.

Camina hacia nosotros con su cuaderno entre las manos, como si portara un arma disfrazada de inocentes anotaciones. Su pelo rubio, perfectamente recogido, contrasta con la informalidad relajada de todos nosotros. Está claro que no encaja aquí, y, sin embargo, avanza como si lo hiciera de verdad.

Shelby es la primera en verla y, para mi sorpresa, se levanta casi de inmediato. La recibe con una de esas sonrisas amables que

guarda para situaciones incómodas, la misma sonrisa que la he visto usar cuando un proveedor comete un error o cuando un cliente insatisfecho amenaza con dejarle una reseña negativa sin justificación alguna.

Me muerdo el interior de las mejillas, conteniéndome para no levantarme también. Pero al final espero a que Shelby regrese. ¿Qué interés tiene esa mujer?

Después de intercambiar unas palabras con ella, Emilia se acerca y me mira directamente a los ojos, como si yo fuera parte del escenario que ha venido a inspeccionar. Como si pudiera juzgar, con una sola mirada, quienes somos cada uno de nosotros.

—Julia —saluda, tendiéndome la mano—. Feliz cumpleaños.

La cortesía se me atraganta, porque está claro que no ha venido a compartir nada de la celebración. Me obligo a saludarla y a corresponder su gesto, aunque cada fibra de mi cuerpo grite que no quiero hacerlo.

—Gracias —respondo, estrechando su mano con la firmeza justa, midiendo mi tono, caminando por cristales rotos.

Hoy no puedo caer en la trampa de ese juego que se trae entre manos.

—Espero que no te importe que me haya pasado por aquí —añade con el mismo tono que ya usó en Carla's y que no me gustó ni un pelo. El resto permanece en un silencio incómodo—. Me pareció una oportunidad perfecta para conocer el entorno que rodea a Shelby fuera de las cocinas de Azaleas como ya te dije. Ya sabes, los lugares y las personas que inspiran sus grandes proyectos.

Alzo una ceja sin poder evitarlo, y noto a Amber, unos pasos más atrás, girándose apenas hacia mí, captando también esa incomodidad que flota entre nosotras.

—¿Y quién te ha invitado, exactamente? —pregunto, dejando la frase caer sin importar cómo pueda sentarle. No hay ninguna amabilidad en mi tono, solo una cortesía tensa, que presiento a punto de quebrarse.

Su sonrisa apenas tiembla en sus labios. Es la perfección hecha máscara.

—Elliot me comentó que hoy sería una buena ocasión para ver todo desde una perspectiva más... personal. No era mi intención incomodaros.

«Maldito cabrón». Su nombre me golpea en el pecho como un mazo, y hasta Shelby parece avergonzada. No entiendo porque ese tipo se toma estas libertades.

Siento cómo el suelo se desplaza ligeramente bajo mis pies. Me cuesta mantener la compostura. Me cuesta recordar que no estamos en un despacho de abogados, donde podía negociar cada reacción de los presentes. Aquí, en medio de este día que debería ser nuestro, y solo nuestro, me siento invadida. Expuesta. Como si alguien hubiese atravesado mi pequeño refugio sin que le importase lo más mínimo.

—Claro —respondo con una frialdad que sé que Shelby también ha notado—. Cuantos más seamos, mejor.

Ella asiente, como si no percibiera la tensión en mis palabras o si no leyera la incomodidad ni el cabreo que me arde en los ojos. Luego, como si nada, se integra en una conversación con Taylor y

Cameron, preguntando por el invernadero, interesándose por los jardines, sonriendo como si fuera una invitada más. Como si no acabara de atravesar, sin permiso, la verja que protegía uno de mis pocos días felices.

Shelby se sienta a mi lado.

—¿Estás bien? —murmura con ese tono que solía calmarme. Que aún quiero que me calme, aunque ahora mismo solo parezca añadir más peso a la frustración que me oprime el pecho.

—Perfectamente —respondo sin mirarla. Porque si lo hago, si la miro, sé que diré algo de lo que me arrepentiré al segundo, y prefiero no ser injusta.

Ella suspira, y yo acaricio la lavanda entre mis dedos, aferrándome a ella como quien se aferra a un recuerdo que teme perder.

Por el rabillo del ojo veo cómo Emilia anota algo en su cuaderno mientras ríe discretamente ante un comentario de Tony. Y me pregunto qué demonios estará escribiendo y diseccionando con esa maldita sonrisa de arpía. El resto continúa con su ritmo. Las risas, la tarta, las anécdotas de años pasados. Incluso Avery parece encantado con lo que Emilia le cuenta. Pero para mí —aunque suene exagerado— esto no ha sido más que un golpe cruel, un recordatorio de que incluso los días más bonitos pueden irse a la mierda por gente que no es capaz de no pensar en otra cosa que no sea su trabajo. Y de que, a veces, basta una sola mirada para que un hogar empiece a temblar.

Me como un trozo de tarta, aunque no tenga hambre. Emilia se ríe de algo que dice Flora, y aunque la risa parece sincera, para mí

suena como una nota desafinada en medio de la melodía perfecta que era este día.

No entiendo qué necesidad tenía de presentarse aquí para escribir una crítica, y deseo con una intensidad irracional que se marche cuanto antes.

No porque haya hecho algo abiertamente hostil. Simplemente porque no pertenece a este momento. No pertenece a este instante que Shelby ha construido con tanto mimo y esfuerzo después de meses de silencios incómodos y de heridas que aún no terminan de cerrarse.

Llamo su atención mientras le susurra algo a Benjamin, y aunque me cueste, intento sonreír. Al girarse, su expresión se ilumina apenas, pero algo en su rostro se oscurece al notar la rigidez que arrastra mi sonrisa.

—Necesito hablar contigo —murmuro, solo para ella.

Nos levantamos y me sigue unos pasos, alejándonos de la mesa hacia un rincón donde las enredaderas forman una especie de refugio natural.

—¿Qué ocurre? —pregunta con voz serena, esa voz que me desarma y me irrita a partes iguales cuando la emplea para aplacar mis nervios.

—Necesito que le pidas que se marche —digo sin rodeos—. Es mi cumpleaños, y esta fiesta está pensada para la familia, para los amigos, no para una crítica gastronómica que pretende sacar provecho de cualquier pequeño detalle.

Shelby suspira y se pasa la mano por el pelo con ese gesto suyo tan característico, el que solo hace cuando intenta pensar con

rapidez.

—Lo sé. No estaba previsto —aclara—. Le envié un mensaje a Elliot y me ha dicho que se pasó por el restaurante y que le comentó que estaríamos aquí, pero nunca pensé que se lo tomaría como una invitación abierta.

—Pues sí que ha sido así. Y, sinceramente, no me parece ni medio normal. —Aprieto los labios—. Lleva más de media hora tomando notas en su libreta, como si este día formara parte de un reportaje o de algún experimento social, o lo que sea que pretende justificar. Y, sinceramente, este no es el entorno adecuado para que haga eso.

—Déjame hablar con ella —responde, en un intento por tranquilizarme—. Dame cinco minutos para dejarle las cosas claras. Quiero asegurarme de que entiende que esto no es un escaparate para su crítica. Que aquí no soy la cocinera de Azaleas. Hablaré con Elliot después sobre este asunto.

La parte de mí que ama a Shelby esboza una sonrisa, algo más calmada. Pero esa otra parte herida, la que teme que esto acabe convirtiéndose en una constante, no puede evitar estremecerse.

—De acuerdo —digo finalmente, en un susurro—. Cinco minutos.

Ella me roza la mejilla con la yema de los dedos antes de alejarse, sellando una promesa que me ha hecho más de una vez. La observo acercarse a Emilia, cómo intercambian unas palabras en voz baja, y cómo Shelby inclina ligeramente la cabeza, intentando que la conversación no trascienda.

Siento una punzada en el pecho. Una punzada absurda y repentina que no siempre comprendo. El amor que siento por ella debería bastar para recordarme que nunca haría algo así con mala intención. Pero está claro que mi cabeza no lo percibe del mismo modo.

Regreso a la mesa y me uno al grupo, donde Benjamin, Flora, Taylor, Amber y Cameron siguen disfrutando del postre. Avery, por su parte, ya tiene la boca completamente manchada de chocolate.

—¡*Tii*, Jules! ¡Come otro pedazo! —me pide, retirando las velas del trozo de tarta que aún queda.

Amber me ofrece una copa de vino y me guiña un ojo, como diciendo «venga, no dejes que te arruinen el día». Intento devolverle la sonrisa y consigo algo que se le parece.

—¿Va todo bien? —pregunta Benjamin, ladeando la cabeza con esa expresión tan suya que siempre logra apaciguar hasta la peor de las tormentas. Se sube las gafas por el puente de la nariz y asiento.

—Sí, más o menos —contesto, encogiéndome de hombros.

Cameron, sentada junto a Stephen, da un sorbo a su bebida antes de intervenir:

—No te preocupes por esa mujer. Nos ha estado haciendo preguntas de todo tipo… pero se nota que no entiende absolutamente nada de lo que ocurre aquí.

Levanto la vista, interesada.

—¿A qué te refieres?

Stephen deja escapar una risa baja.

—Nos preguntó qué tipo de influencias había recibido Shelby. Si pensábamos que su éxito se debía más a su entorno personal que a su técnica.

—¡Sí! —interviene Flora, bajando la voz como si temiera ser oída—. Y cuando Taylor empezó a explicarle las interminables jornadas de cocina, las noches en vela, los meses que Shelby pasó perfeccionando su menú… Emilia parecía hasta decepcionada. Como si no se creyera que no pudiera tener un talento natural.

Amber asiente, con gesto serio.

—Buscaba que habláramos de «algún drama personal». Tiene esa teoría de que alguien que se entrega tanto a su trabajo no puede tener una vida plena fuera de la cocina. No lo sé, me da la sensación de que ni siquiera intenta inspirarse, sino encontrar una historia que le sirva para rellenar su crítica.

Una historia. «Una historia en la que tiene parte de razón».

Un relato cargado de drama, sufrimiento, tensiones ocultas. Algo que transformara la apertura y el éxito de Azaleas en una especie de epopeya, en lugar de lo que realmente fue: amor y esfuerzo en proporciones iguales. Siento una mezcla amarga de ira y tristeza en el estómago. Porque no somos un espectáculo. No somos un relato explotable.

Somos nosotros. Y eso debería bastar.

Tomo un sorbo de vino y cierro los ojos durante unos segundos. La música suena de fondo, una melodía melancólica y serena. Y me repito a mí misma que este día sigue siendo mío. Que, por muchas notas que escriba Emilia Carter, quienes estamos aquí

conocemos la verdad de cada instante vivido. Y esa verdad es más poderosa que cualquier palabra escrita.

. . .

Cuando Emilia finalmente se despide de nosotros, lo hace con la misma cortesía impecable con la que llegó, procurando que su presencia no deje huella alguna en el ambiente, en la naturaleza que nos envuelve o en nuestros propios corazones. Pero yo sí percibo la diferencia: es como esa sensación tenue que se nota cuando alguien ha dejado una ventana entreabierta y el frío se cuela, sigiloso, pero a sus anchas.

La observo intercambiar un último apretón de manos con Flora, quien, para mi sorpresa, la despide con una sonrisa nada servicial, más bien excesivamente simpática. Y cuando Emilia se aleja, la sigue con la mirada unos segundos antes de volver a nuestro círculo y lanzarme una ojeada rápida, como diciendo: «tranquila, que el huracán ya ha pasado».

Le devuelvo la sonrisa, agradecida. Y algo dentro de mí, algo que llevaba en tensión desde que la vi aparecer a lo lejos, empieza por fin a aflojarse.

Poco a poco, el ambiente recobra su esencia. Como si, al marcharse, Emilia hubiera cerrado también la entrada a todo lo que no pertenece a nuestro pequeño universo. La música sube levemente de volumen; el murmullo de las conversaciones se entrelaza con varias carcajadas, con las lágrimas que me brotan de la risa. El aroma de la tarta de chocolate, ya casi terminada en los

platos de los invitados, flota en el aire, impregnándolo todo con una dulzura acogedora.

Me dejo caer en el respaldo de la silla, sintiendo por primera vez en horas que el día vuelve a ser mío.

Y entonces, noto un pequeño peso sobre mis piernas.

—¿Puedo? —pregunta Avery, mirándome con esos ojos enormes que tienen la extraña capacidad de desarmar cualquier defensa.

—Por supuesto, campeón —respondo, estrechándole entre los brazos, mientras mi madre nos contempla con una ternura silenciosa.

Se acomoda sobre mí con toda la confianza del mundo, apoya la cabeza en mi pecho y juguetea con la flor de lavanda que todavía sostengo en la mano. Y en ese instante perfecto de sol, risas y amor, algo se remueve en mi interior. Un anhelo tan intenso, tan profundo, que me sorprende la fuerza con la que me atraviesa.

Quiero esto. Exactamente esto.

Una familia completa. De las que son fuertes de verdad, de las que no se quiebran ni siquiera cuando el viento sopla con violencia. De esas capaces de recomponer corazones, como hicimos mamá y yo. Deseo niños corriendo entre mantas y flores, despertares con sonrisas despeinadas, manos diminutas que se aferran a las mías, como hace Avery, creciendo a mi lado con la certeza ciega de que siempre estaré ahí.

La garganta se me cierra. Trago saliva con esfuerzo y acaricio su pelo suave, mientras él ríe bajito por algo que Benjamin le cuenta unos metros más allá.

Dirijo la mirada hacia Shelby.

Está sirviendo copas de *prosecco* sobre una bandeja improvisada, riendo con Tony por algo que le ha dicho, mientras Amber asiente con entusiasmo. La luz dorada del atardecer acaricia su perfil, y por un instante puedo verlo todo con una claridad abrumadora.

Shelby y yo, construyendo algo que resista cualquier crítica, cualquier estrella Michelin, cualquier miedo.

Nosotras.

Una familia.

Entonces, alza una de las copas y, poco a poco, el bullicio va apagándose. Todos se giran hacia ella con una expectativa cálida, casi íntima.

Busca mi mirada, y cuando nuestros ojos se encuentran, el mundo se detiene.

—Quiero proponer un brindis —anuncia, con una voz que tiembla apenas lo justo para hacerla aún más sincera—. Por Julia.

Mi nombre flota en el aire como un pétalo suspendido.

—Por la persona que consigue que todo tenga sentido, incluso cuando los días se llenan de ruido. Por quien cree en los sueños que aún no nos atrevemos a pronunciar. Por quien sonríe con todo el cuerpo y ama con toda el alma.

Hace una pausa. Toma aire, como si lo necesitara para seguir.

—Por quien ha hecho de este grupo, de nosotros, algo mucho más parecido a una familia que a cualquier otra cosa. Por ti, cariño.

Que nunca dejas de encontrar flores en los rincones donde otros solo ven sombras.

Alza su copa y todos la imitan. Pero yo no puedo moverme, solo puedo mirarla, sintiendo cómo mis ojos se inundan y el pecho se me ensancha tanto que amenaza con romperse. Levanto mi copa también, temblorosa, y brindamos. El tintinear de las copas al chocar se funde con el susurro del viento entre las ramas que nos cobijan.

Y sé que, ocurra lo que ocurra después, pase lo que pase mañana, este instante me pertenece. Nos pertenece.

Una pequeña eternidad en un jardín de octubre.



14
RAÍCES QUE SE EXTIENDEN

JULIA

Londres, Inglaterra. *7 de octubre de 2023.*

El silencio de la mañana en Carla's tiene algo casi sagrado. La persiana aún está medio bajada, pero el aroma del café recién hecho ya flota en el aire, dispuesto a regalarnos esos minutos de charla y sosiego que tanto necesitamos antes de lanzarnos a recorrer las calles de Londres. Aún no he terminado algunos de los últimos centros florales, y el escaparate conserva ese aspecto de caos encantador que solo dura unos instantes antes de que Amber y yo pongamos manos a la obra. Las ideas para la decoración ya están diseñadas, y con la ayuda de última hora de Taylor, sé que va a quedar espectacular.

Amber llegará un poco más tarde, lo que me permite disfrutar de un rato de soledad, de pie tras el mostrador, con una taza entre las manos y la mirada perdida en la calle. Observo cómo la ciudad sigue su curso habitual. Las hojas secas empiezan a acumularse en

las esquinas del suelo adoquinado, y el cielo muestra ese tono suave y plomizo tan característico del otoño, un matiz que, con el paso de los años, ha conseguido enamorarme un poco más. Porque aquí, lejos de la tristeza, hay una melancolía amable. Me hace sentir como si viviera dentro de una pintura en tonos apagados, aún cargada de magia por descubrir.

El móvil vibra con una videollamada sobre la encimera. Y al ver el nombre de Nasrin, una sonrisa me ilumina el rostro.

—¡Por fin! —exclamo en cuanto aparece su cara en pantalla—. ¿Sabes cuántos días llevo esperando noticias tuyas?

—¿Y tú sabes lo mal que va la red a veces en Cornualles? —contesta riendo—. Te juro que la última vez tuve que subirme a un taburete en mitad del jardín para tener algo de cobertura. ¡Feliz cumpleaños con retraso!

Nos echamos a reír al unísono, como siempre. Esa risa compartida que solo se tiene con quienes te conocen de verdad, incluso a kilómetros de distancia.

Nasrin está en la cocina de lo que parece una casa antigua, con paredes de piedra vista y vigas de madera. La reconozco por las fotos que me envió cuando se mudó con Nicole a ese lugar precioso. Detrás de ella, el mar se intuye entre los ventanales: una presencia constante, azul y profunda, que contrasta maravillosamente con sus rizos oscuros.

—¿Y bien? —pregunto, apoyando el codo en el mostrador como si estuviéramos cara a cara en alguna cafetería de Londres—. ¿Qué era eso tan importante que tenías que contarme la última vez?

Ella hace un gesto teatral, se da la vuelta y desaparece de la cámara por un segundo. Cuando reaparece, sostiene una llave. De hierro forjado. Antigua y preciosa.

—Voy a abrir mi propia floristería —anuncia, como quien lanza una bomba cubierta de pétalos.

Suelto un grito ahogado, de puro entusiasmo.

—¡¿Qué?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Dónde?! ¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

—Tranquila, *drama queen* —comenta entre risas—. Todavía estamos en la primera fase, pero se trata de un local precioso en el centro del pueblo. Pequeñito, eso sí, pero con ventanales enormes y paredes que son preciosas. Tú dirías que es el tipo de lugar que susurra: «aquí nacen cosas bonitas».

Me llevo la mano al pecho, exagerando el gesto.

—Nasrin… me vas a hacer llorar.

—Anda ya, siempre has sido una exagerada —se burla, aunque luego se ablanda—. Aunque si lloras, que sea de alegría. Porque por fin voy a lanzarme a por ello. Tendré mi propio espacio, con flores y esos colores que adoro. Trabajar con la señora Rowe ha estado bien, pero nunca será como contigo.

La contemplo en silencio durante unos segundos, notando cómo una emoción cálida va instalándose en el centro de mi pecho. Se mezcla con un orgullo tibio, con nostalgia, con ese vínculo que nos unió desde el principio.

—Me parece maravilloso —aclaro sin dejar de sonreír—. De hecho, me parece perfecto. Siempre he pensado que tú eras más de

campo abierto y naturaleza que de estar rodeada del ruido urbano. ¿Y Nicole? ¿Cómo lleva la vuelta?

Nasrin sonríe de ese modo tan suyo que solo aparece cuando habla de ella. Una sonrisa que no necesita palabras.

—Bien. Más que bien. Se está adaptando con una rapidez que ni yo me creo. La clínica va de maravilla. Y aunque a veces echamos de menos la vida de antes… los cafés en Notting Hill, los paseos por el canal… —Hace una pausa, serena—. Esto también nos está curando un poco. Aquí el tiempo transcurre de otra manera. Dormimos mejor. Reímos más. Discutimos menos —añade, moviendo las cejas con picardía.

—¿Y te parece suficiente? —pregunto, aunque en el fondo ya sé la respuesta.

—Sí. Porque está ella —responde con convicción—. Porque estamos juntas. Y eso hace que todo lo demás merezca la pena, aunque también eche de menos a Bayek, a Dúnya y a la asociación.

Guardo silencio y dejo caer la barbilla contra mi mano. Me alegro de corazón por ella, pero también noto una punzada sutil. Como si el reflejo que veo en su historia estuviera más borroso de lo que me gustaría.

—Oye —añade, bajando la voz—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Sus ojos me buscan a través de la pantalla con esa intensidad que ha tenido desde siempre. La misma que tenía aquella rosa salvaje que cruzó esta puerta hace ya tanto. Tiene una forma de mirarme que parece leerme el alma, incluso desde la cámara frontal de un móvil.

Suspiro. No sé por dónde empezar. Aunque en el fondo, sé que ella no necesita un discurso.

—Voy tirando —respondo—. Aunque Shelby y yo estamos mejor. Me organizó una fiesta de cumpleaños que fue... preciosa. De verdad. Pero…

—¿Pero…?

—A veces tengo la sensación de que estamos reconstruyendo algo con piezas que ya no encajan de la misma manera de antes. Como si el rompecabezas hubiera cambiado de forma y aún no lo supiéramos.

Nasrin asiente lentamente.

—Es habitual. Pero también pasa que aprendemos a crear nuevas formas, nuevas esquinas que puedan juntarse con la otra… Lo importante es que las manos sigan queriendo encontrar esas piezas.

Me muerdo el labio inferior. Sus palabras caen en mí como semillas en tierra fértil.

—Gracias —susurro.

—Ya lo sabes; si algún día necesitas desaparecer un poco, aquí tienes sitio. Hay un jardín trasero que pide a gritos que alguien le plante lavandas.

Rompemos a reír. Hay cosas que nunca cambiarán entre nosotras.

—Bueno, tengo que dejarte. Nicole no tardará mucho en llegar y queremos llevar unos pedidos a la clínica. Te llamo en un par de días.

—Claro.

—¡Y no te olvides de lo que te he dicho! —grita.

Apenas me da tiempo a responder cuando me saluda con la mano y la pantalla se apaga sin más.

Me quedo unos segundos en silencio, mirando esa oscuridad como si aún pudiera verla. Como si sus palabras siguieran flotando en el aire y no quisiera que se disipasen tan pronto. Me apoyo en el borde del mostrador y dejo escapar un suspiro largo, de esos que no salen solo del cuerpo, sino del alma.

La verdad es que la echo muchísimo de menos. Más de lo que me he permitido admitir en voz alta. Su risa, sus consejos, su manera de caminar por Carla's como si conociera cada flor de memoria, cada rincón como una extensión natural de su casa. A veces, todavía creo que voy a encontrarla sentada en el suelo, rodeada de tallos y pétalos, montando un ramo desbordado de colores imposibles, con la música a todo volumen y un café frío a medio terminar.

Y aunque me alegra su nueva etapa, su jardín, su libertad... no puedo evitar sentir un pequeño vacío por su ausencia.

. . .

Camino hacia la trastienda, donde Amber ya está abriendo las cajas de flores recién llegadas. Me detengo un instante en la puerta y la observo sin hacer ruido. Lleva la coleta algo deshecha, las mangas remangadas y una concentración absoluta al inspeccionar cada tallo, cada hoja, como si en ello se le fuera algo más que el trabajo. Tiene

esa mezcla de torpeza encantadora y precisión innata que solo poseen las personas auténticas. Y, sinceramente, ha sido admirable todo lo que ha aprendido sobre flores en apenas un par de años.

Aunque las dos sabemos que su verdadera fortaleza siguen siendo los números.

—¿Estás bien? —pregunta sin volverse, como si hubiera percibido mi presencia desde el primer segundo.

—Sí —respondo, cruzando el umbral—. He hablado un rato con Nasrin, antes de que llegaras.

Amber alza la vista. Sus ojos se iluminan con ese destello inevitable que aparece siempre que mencionamos su nombre. Seguro que ahora se está arrepintiendo de no haber llegado antes.

—¿Y qué tal?

—Va a abrir su propia floristería en Cornualles —le cuento, aún con cierta incredulidad en la voz—. Se la veía feliz. Muy ilusionada.

Amber deja lo que tiene entre las manos y sonríe como si fuera ella misma quien estuviera a punto de cortar la cinta inaugural.

—¡Qué maravilla! Me alegro un montón por ella… Se lo merece de verdad.

Asiento. Me acerco a la caja más cercana y empiezo a sacar flores a su lado. Durante unos cuantos minutos, lo único que se escucha es el crujido del papel de embalaje, el roce de los tallos y el murmullo lejano del tráfico en la calle.

—¿Sabes qué es lo peor? —comento al cabo de un rato, sin mirarla—. Que todavía no me atrevo a pensar en contratar a alguien para cubrir su puesto.

Amber no dice nada al principio. Se limita a asentir, como si comprendiera que no me refiero a una simple sustitución, sino a una ausencia que tiene más que ver con el corazón que con la gestión.

—Es que no es fácil —añade, con una sinceridad aplastante—. Porque Nasrin no era solo una empleada. Era tu amiga. Tu compañera en esta locura de flores y caos. Y eso no se reemplaza con un currículum. Ni tampoco con mis escasas habilidades, la verdad.

—Anda, cállate —le reprocho con una sonrisa, negando con la cabeza—. Me da miedo buscar a alguien nuevo. No quiero sentir que estoy dejando atrás lo que construimos aquí. Como si al cambiar eso, deshiciera todo lo que hicimos. Ya hay demasiadas cosas que están cambiando… si incluimos a Lila.

—Pero tú no estás deshaciendo nada —me responde, esta vez mirándome directamente—. Lo que haces es continuar con el legado. Eres tú quien viene cada día, quien cuida de este lugar, quien lo hace crecer. Y yo… —sonríe, ladeando la cabeza—. Yo siempre puedo hacer un esfuerzo extra por entender las flores un poquito más, a parte de las cuentas. Aunque vuelva a pasarme con el abono o confunda, otra vez, las etiquetas de los tulipanes con las de las peonías.

Le doy un leve empujón con el hombro y ella suelta una carcajada.

—Si lo haces, pasará cuando estés preparada —añade, con esa ternura que siempre tiene conmigo—. No antes, y no por obligación. Solo cuando sientas que Carla’s puede compartir una nueva historia con alguien más.

Sus palabras me alcanzan justo donde guardo la memoria de este sitio. La memoria de Nasrin. Y también la de mí misma, de cuando llegué siendo otra versión de lo que soy ahora.

—Supongo que sí —murmuro.

Ella niega con suavidad, como si ese reconocimiento le pareciera demasiado.

—Además, no nos subestimes —comenta, con una sonrisa más traviesa—. Entre tú y yo, podríamos levantar un festival floral sin ayuda de nadie.

—Eso, si no te cargas otro jarrón en el intento.

—¡Fue una vez!

—Tres, Amber. Fueron tres —le recuerdo.

Nos echamos a reír. Y en esa risa compartida, el peso que me oprimía se aligera un poco. No desaparece del todo, pero sí lo suficiente para seguir adelante.

Me concentro de nuevo en las flores. Extraigo unas dalias recién llegadas, las acerco a mi nariz y respiro su aroma. Ese olor fresco, lleno de tierra y sol, que me recuerda que la vida también brota desde la raíz, incluso cuando no la vemos.

—Oye —interrumpe Amber, sacándome de mis pensamientos —. ¿Y tú? ¿Cómo estás? Después del cumpleaños, de lo de Emilia… ¿de verdad estás bien?

Tardo un segundo en responder.

—Estoy... intentando asimilarlo todo. No me gusta lo que esa mujer está haciendo. Y, a decir verdad, hay días en los que siento que todo me pesa. Pero otras veces, me basta con ver cómo Avery

se ríe o cómo Shelby me mira cuando cree que no la observo, para saber que quiero seguir aquí. Que sigo queriendo luchar por esto.

Amber me observa como si entendiera incluso aquello que no logro decir.

—Entonces —afirma, mientras sostiene una rosa entre los dedos—, este otoño será nuestro. De transición, quizá. Pero también de siembra. Y ya sabes lo que ocurre cuando se hace bien.

—Que florece un jardín hermoso —susurro.

Amber me abraza. Y nos quedamos así, en silencio, mientras el día empieza a desplegarse del todo. Y el mundo, por un momento, parece dispuesto a ofrecernos otra oportunidad.



15
NO SON NECESARIAS LAS PALABRAS

SHELBY

Londres, Inglaterra. *7 de octubre de 2023.*

La cocina huele a una mezcla de mantequilla tostada y fruta confitada. El vapor se eleva en columnas suaves desde las ollas, se funde con el calor del mediodía y con el murmullo constante de cuchillos cortando, cazuelas burbujeando y voces que se cruzan sin cesar, tanto dentro de Azaleas como en las calles de Covent Garden. En los últimos días, todo late a un ritmo frenético, como un corazón que no puede permitirse ni un solo fallo. Y, sin embargo, no he podido dejar de pensar en Julia.

La imagen de su rostro cuando Emilia apareció en Kew Gardens se repite en mi cabeza una y otra vez. Una expresión entre la decepción y la contención, como si algo dentro de ella se hubiera roto en silencio. No me dijo nada después, ni me reprochó que me tomara unos minutos para hablar con ella antes de pedirle que se marchara. Pero la forma en que se apagó un poco, la manera en que

su sonrisa se ocultó durante el brindis, la tensión imperceptible en sus dedos cuando sostenía mi mano...

Cada pequeño detalle habló más de lo que ella quiso decir. Y lo peor es que aún no he podido hablar con Elliot desde entonces.

El trabajo ha devorado cualquier espacio posible para una conversación entre los dos. Al menos, hasta hoy.

Estamos en uno de esos escasos momentos de calma antes del servicio de la cena. El equipo se reparte entre las distintas estaciones: se rematan las elaboraciones, se revisan los emplatados y también, se ultiman detalles en la zona de sala. La cocina respira con un murmullo pausado, un sonido que me serena e inspira a partes iguales. Y después, veo cómo Elliot revisa una bandeja de bizcochos recién salidos del horno.

—¿Tienes un minuto? —pregunto al acercarme, con voz firme, aunque intentando mantener el tono sereno.

Gira el rostro hacia mí, se quita los guantes con cuidado y asiente. Su expresión es neutra y atenta, como cada vez que intuye que voy a hablarle de algo serio.

—Claro. ¿Qué ocurre?

Le hago un gesto con la cabeza hacia la sala de descanso. No quiero mantener esta conversación aquí, entre el eco metálico de los cuchillos y el olor de los sofritos. Caminamos en silencio y, al entrar, cierro la puerta con suavidad.

Cruzo los brazos.

—Ya sabes que no hemos tenido tiempo de hablar con el trabajo —comienzo, y mi voz ya arrastra ese filo que delata el

enfado, aunque me esfuerce en disimularlo—. Pero no me gustó que Emilia se presentara en el cumpleaños de Julia como si nada.

Me observa, esperando más detalles. Pero no los hay. No debería haberlos. Porque eso no tenía que haber sucedido.

—Sí, lo sé —responde al fin, sin apartar la mirada—. Le comenté que estabais allí. Flora también me dijo que estuvo un rato hablando con ella.

—¿Y me puedes explicar por qué te pareció buena idea? —suelto sin ningún filtro.

Se apoya en la pared y cruza los brazos. No parece incómodo. Ni siquiera molesto.

—Fue una conversación informal. Vino a Azaleas, preguntó por ti, quiso saber más sobre tu proceso creativo… y le mencioné que estabas en una celebración familiar. Jamás pensé que se presentaría allí sin más.

Niega con la cabeza, como si ni él mismo terminara de creérselo.

—Ni siquiera me pareció importante en ese momento. Simplemente… lo solté.

—¿Lo soltaste? —repito, sintiendo cómo la rabia se me sube por la garganta—. Elliot, le diste información personal. Le abriste una puerta que no le correspondía cruzar.

—No era mi intención. De verdad. No quería molestar a nadie. Ni a ti, ni a Julia, que seguro es la que se sintió incómoda —responde con seriedad—. Pensé que, si su intención era escribir un artículo justo, sería útil hablarle del entorno que te rodea. Tal y como

ella pidió. Que viera que tu historia, tu gente, forman parte de lo que haces aquí, pero creí que solo iba a hablar conmigo.

Aprieto los brazos contra el pecho con más fuerza. Hay demasiadas palabras retenidas en mi interior, y todas pugnan por salir de golpe.

—Julia no es parte del decorado, Elliot. Ni yo soy un personaje de su crónica. Esto es real. Lo que tenemos, lo que hemos construido, lo que compartimos… no es material para una anécdota en una crítica gastronómica.

Él asiente, esta vez con expresión grave.

—Lo sé. Y lo siento, Shelby. Me equivoqué. —Levanta las manos, reconociendo su error.

Su disculpa es sincera. Y, en el fondo, sé que no lo hizo con mala intención. Pero eso no alivia el nudo que me oprime desde que vi cómo los ojos de Julia se ensombrecían mientras acariciaba aquella ramita de lavanda.

—Quiero que seas más cuidadoso con lo que compartes con esa mujer —añado—. Sé que tienes iniciativa, que te preocupas por Azaleas, que sueñas con esa estrella. Pero hay líneas que no deben cruzarse. No si queremos seguir siendo algo más que una cocina bonita con platos bien ejecutados.

—Entendido —responde sin vacilar.

Guardamos silencio unos segundos. Inspiro hondo. La tensión comienza a disiparse, aunque no por completo. Porque lo que de verdad me duele no es sólo lo que Elliot hizo. Es lo que implica que yo no lo viera venir. Que no percibiera las señales. Que no estuviera lo suficientemente atenta.

Y que Julia tuviera que toparse con ese mal trago con una sonrisa forzada.

Miro el reloj.

—Tenemos que volver.

—¿Shelby?

Me detengo con la mano ya en el pomo de la puerta.

—Te prometo que lo tendré en cuenta. No volverá a repetirse.

Le mantengo la mirada un segundo más. Luego asiento, breve pero firme.

—Eso espero.

. . .

El servicio en cocina va viento en popa, con el ritmo habitual. Como si la conversación con Elliot no hubiera removido algo más profundo que la mera gestión de un equipo. Nada más terminar de hablar, se puso de inmediato con las guarniciones, con esa presencia firme y precisa que mostró desde el primer día que lo contraté. Por mi parte, he atendido las comandas junto al resto del equipo, como si una lluvia de papeles marcara el compás de la noche.

Y lo cierto es que todo ha funcionado a la perfección.

La cocina ha fluido mejor que en otros días: un servicio ágil, pulcro, con platos en su punto, emplatados impecables, un conjunto que ha hecho que los comentarios de la sala llegaran hasta cocinas con entusiasmo.

Incluso cuando uno de los hornos ha fallado momentáneamente, Flora lo ha resuelto con una rapidez que no hace más que aumentar mi admiración por ella. Adoro esa forma suya de mantener la calma, esa mezcla de serenidad y firmeza con la que sostiene al equipo cuando yo no estoy o cuando no doy abasto.

Y, sin embargo… la sensación de orden, de misión cumplida, de satisfacción al final de la noche, no es plena. Es como si hubiéramos interpretado una sinfonía perfecta, pero le faltase un poco de alma.

Miro el reloj. Es casi medianoche. En otro momento me habría quedado a repasar la carta o a probar ideas nuevas para la próxima temporada. Hoy, en cambio, solo deseo un abrazo. Más concretamente, deseo que sea Julia quien me abrace. Saber si se le ha pasado la tensión de los últimos días, si aún le da vueltas a lo de Emilia, o si aún estoy a tiempo de recomponer las piezas que, aunque colocadas en su sitio, han perdido un poco su forma.

Estoy secando los cuchillos cuando Flora se acerca. Se quita el delantal, lo dobla con esa calma suya —a pesar de su situación— que a veces envidio tanto y lo deja sobre la encimera. La noto nerviosa al instante, por la mirada rápida que me lanza antes de hablar.

—¿Tienes un minuto?

—Claro. ¿Qué pasa?

Me muevo por la cocina para guardar las infusiones en su tarro, en un intento de mantener la compostura mientras Elliot se ocupa de anotar algunos ingredientes para el próximo pedido.

—Quería comentarte algo sobre Emilia —dice, bajando la voz.

Mi cuerpo se tensa de inmediato. Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Qué pasa con ella?

—El día del cumpleaños de Julia… —comienza, con cautela— hablamos un momento, justo antes de que se marchara. Nada importante, o eso creí al principio. Me preguntó cómo era trabajar contigo, cómo habías levantado Azaleas, qué opinaba del ambiente en el restaurante, si aspirabas a algo más.

Asiento. No esperaba que dijera otra cosa, porque está claro lo que busca esa mujer, aunque tampoco me hace ninguna gracia. Flora percibe mi reacción, pero prosigue.

—Lo extraño fue que después quiso saber si todas las personas cercanas a ti estaban involucradas en el negocio, si existían conflictos entre lo personal y lo profesional, cómo gestionas eso… Incluso preguntó si alguien del equipo tenía otras ambiciones.

Trago saliva.

—¿Y qué le contestaste?

—Le dije que aquí somos el apoyo del otro. Que Azaleas funciona porque tú sabes cómo formar un equipo. Que eres el cerebro de todo esto, aunque, como en cualquier estructura, si falla una pieza, puede tambalearse. —Hace una pausa—. Creo que intentaba encontrar una fisura en tu forma de dirigir, o en la cocina misma, como para quitarte una oportunidad de algo… Pero le dejé claro que tú eres quien mantiene este barco a flote.

Suspiro, con alivio. La lealtad de Flora es algo que siempre valoro. Tiene un instinto limpio, sin dobleces. Nunca actúa por interés, y eso se nota.

Aún recuerdo cómo tenía que lidiar con las envidias y las puñaladas en el otro restaurante.

—¿Crees que está tramando algo? ¿Que va a escribir una crítica que nos perjudique? —pregunto, cruzándome de brazos.

Flora se encoge de hombros, aunque la expresión de sus ojos no me gusta.

—Es posible. Noté que formulaba las preguntas como si ya tuviera escrita su versión de los hechos y solo buscara confirmarla.

Me quedo helada. Bajo la mirada al suelo y una ráfaga de pensamientos me asalta, ideas que hasta ahora me resistía a considerar.

—¿Y si publica algo que tire por tierra nuestro trabajo de meses? —murmuro.

—Pues que lo haga —responde con naturalidad—. Por mucho que diga, los clientes saben perfectamente qué encuentran aquí cada día. Eso no va a restarnos valor. Y si no conseguimos la estrella este año, será el próximo.

La miro, sorprendida por su firmeza, y ella me dedica un guiño.

—No eres solo una buena chef, Shelby. Eres una gran jefa. Y una buena persona. Nadie que haya comido aquí, ni quien haya trabajado contigo, puede afirmar lo contrario. Y si alguien lo hace, es porque nunca ha entendido de qué va realmente Azaleas. —Me rodea con un abrazo rápido, que agradezco con una sonrisa que me cuesta sacar del todo—. Y ahora, vete a casa. Tienes cara de necesitar más a Julia que a los cuchillos de esta cocina.

Reímos juntas.

—Gracias, Flora. Descansa si puedes.

Al salir del restaurante, la ciudad permanece en silencio. O, al menos, tan silenciosa como puede estar Londres. Las luces de las farolas tiñen las aceras con un dorado tenue, y el reflejo del agua en los charcos brilla como si alguien hubiese esparcido pequeños fragmentos de luna por las calles.

Camino sin prisa. A estas alturas de la noche, ya no me queda urgencia en el cuerpo. Solo quiero llegar a casa, respirar ese aroma a café que Julia deja preparado a veces por si se despierta temprano, y dejarme envolver por el sonido de su respiración mientras duerme profundamente.

La conversación con Flora me deja pensativa.

Emilia Carter no quiere limitarse a escribir una reseña. Está decidida a encontrar un relato. Y me da miedo que lo descubra en el lugar equivocado. No porque tengamos algo que ocultar, sino porque hay historias que simplemente no deben contarse en una crítica. Porque hay vivencias que, si no las experimentas, no puedes entenderlas.

Respiro hondo mientras subo los peldaños del portal. Al meter la llave y abrir la puerta de casa, lo primero que percibo no es el aroma del café, sino el de la albahaca y tomate al horno. Un olor cálido, acogedor, que parece haberme estado esperando durante horas.

Cierro la puerta con cuidado, dejo las llaves en el cuenco en el mueble junto al perchero y avanzo sin hacer ruido por el pasillo. El salón permanece en penumbra, apenas iluminado por la luz suave que se cuela desde la cocina. Veo a Julia dormida en el sofá. Su

expresión es serena, muy distinta a la de los últimos días. Como si, por fin, hubiera encontrado un respiro auténtico. Una de sus manos cuelga lánguidamente del borde del sofá; la otra descansa sobre su abdomen, sujetando un papel arrugado que, desde aquí, parece una de sus libretas de notas.

Me acerco en silencio. Me arrodillo frente a ella, sin atreverme aún a tocarla.

Me bastaría con permanecer así toda la noche. Observándola. Respirándola. Porque hay algo en esta escena sencilla —su cuerpo entregado al sueño, la cena servida que no hemos compartido, la nota que se le ha escapado de entre los dedos— que me dice que aún seguimos en el camino correcto. Que, a pesar de las ausencias, del ruido, de Emilia y de todas las dudas, todavía hay un lugar para el amor que hemos construido juntas.

Le retiro la nota con cuidado y la despliego.

> *«He dejado dos diseños para el escaparate de otoño sobre la mesa. No sabía cuál elegir… pero me gusta más el segundo. Aunque, si prefieres el primero, lo cambiamos. Lo importante es que lo hagamos juntas.»*

Me muerdo el labio. Siento un nudo en la garganta. Me emociona la sencillez de ese gesto, lo mucho que transmite sin necesidad de alzar la voz. Porque sí, eso es lo que de verdad importa. No el escaparate, ni cuál diseño acabemos eligiendo, sino que lo decidamos juntas.

La cena sigue servida en la cocina: pasta con salsa de tomate, albahaca fresca, pan recién horneado. Julia no solo ha pensado en mí. Ha pensado por mí. Ha cocinado con el mismo cuidado con el que yo preparo mis platos, y esa ternura me llena el pecho de mariposas.

Regreso al salón con una manta más gruesa y se la coloco con delicadeza sobre las piernas. La arropo despacio y me siento junto a ella, en la alfombra, apoyando la espalda contra el sofá. Desde aquí puedo escuchar su respiración pausada y echar un vistazo de reojo a los diseños que ha dejado sobre la mesa. Ambos son preciosos. Uno juega con tonos ocres y ramas secas; el otro está lleno de luz, más limpio y blanco. Como si susurrara: «el otoño también puede ser luz». Me encantan los pequeños guiños al próximo Halloween.

Sonrío. Tiene un talento natural para esto. Y, sinceramente, me pregunto cómo aguantó tantos años ejerciendo como abogada cuando está claro que las flores siempre han sido su lenguaje. A pesar de lo que ha escrito, me inclino por el segundo diseño. Me gusta pensar que ella también quiere darle una oportunidad a la claridad, a la sencillez, a las cosas que no necesitan disfrazarse para parecer profundas.

—Vamos a estar bien —le susurro, sabiendo que no me oye, pero también segura de que me escucha—. Te voy a cuidar, Julia. Aunque no siempre sepa cómo hacerlo del todo bien. Aunque me equivoque, tengo claro que no me voy a ir. No pienso rendirme —añado—. Ni por el restaurante, ni por los miedos, ni por todo lo que este mundo nos exige mientras nos observa con lupa.



16
RESISTENCIA LUMINOSA

JULIA

Londres, Inglaterra. *10 de octubre de 2023.*

La mañana del martes comienza con un delicioso olor a canela y a todas las flores de los pedidos que ya tenemos preparados para repartir, en cuanto terminemos con la decoración del escaparate. Octubre se ha instalado del todo en las calles de Londres, y lo noto en los cristales empañados, en el sonido diferente de los pasos sobre las hojas secas, en las bufandas ceñidas al cuello, como si ya fueran una parte más de nosotros.

Se percibe una pequeña tensión en el ambiente, algo que se siente incluso a kilómetros de distancia, aquí, en nuestro pequeño refugio. Escuchar las noticias y encontrar la misma violencia de siempre, con heridas sin nombre y guerras sin sentido, hace que valore aún más el trabajo y amor que hay detrás de Carla's. Llevamos alegría y color a los hogares, como una forma de impedir que los grises se apoderen del corazón. No he podido evitar pensar

en Nasrin, en todo lo que tuvo que dejar atrás, en los millones de personas que no tienen la suerte de vivir lo que yo vivo. Y por eso, sonrío, mientras Amber toma algunas notas en una libreta y Shelby bebe a sorbos el té con canela que se ha preparado.

Lo primero que hago es colocar unas guirnaldas de hiedra en la puerta de Carla's, organizando las margaritas secas con Tony, mientras las risas del interior nos alcanzan. Me encanta esta sensación, como si plantáramos resistencia al mundo con belleza y un montón de vida. Es mi forma de luchar. De decir: «Todavía queda algo por lo que merece la pena seguir adelante».

—¿Dónde quieres las calabazas, californiana? —pregunta Tony desde la escalera, sujetando una como si fuera un trofeo digno de admiración.

—Justo en el arco, a ambos lados de la ventana. Quiero que parezca la entrada a otro mundo —respondo, con una sonrisa.

Amber me lanza un post-it arrugado.

—Shelby ha dicho que no piensa tocar las telarañas, que lo tétrico me lo deja a mí.

—¡Ni de broma lo haría! —grita Shelby desde la trastienda—. Estoy aquí para ayudarte con las flores, no para acabar atrapada en una pesadilla de Tim Burton.

—Ya le dejé claro que no iba a ser nada tenebroso, ¿verdad? —recuerdo, mirando a Amber con esa expresión que no admite réplica —. Además, ya viste cómo fue el diseño que elegimos. Tiene un toque de todo, para que nadie se sienta mal.

Nos echamos a reír, y esa risa, de algún modo, nos alivia. Tony empieza a colocar las calabazas y Amber ajusta las luces dentro del

escaparate, tal como las habíamos planeado en los diseños de hace unos días. Me detengo un instante para observar a Shelby, que está junto a mí seleccionando ramas secas y pequeñas dalias naranjas para coronar el centro de la composición con los blancos.

Lleva el pelo recogido en una coleta alta y su habitual delineado azul le enmarca los ojos. Su jersey de lana gris le cae de un hombro y tiene las manos manchadas de tierra. Nunca he visto a nadie tan fuera de lugar en una floristería y, al mismo tiempo, tan perfectamente integrada en ella. Incluso los mechones que se escapan y se le pegan a la frente y a las mejillas le dan un aire que me agita el corazón y me eriza la piel.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de esto? —le digo en voz baja, para que solo ella me escuche.

—¿De las flores?

—No, de tenerte aquí, ayudándome con el escaparate —aclaro con una sonrisa—. Cuando estamos juntas, el mundo me parece menos amenazante. Más bonito. Como el desayuno que hemos compartido esta mañana en casa.

Ella me mira, y aunque no dice nada, su mano busca la mía y me da un apretón que le hace temblar ligeramente los labios. Después la beso, y por un momento desearía que estuviésemos a solas, para construir una burbuja en la que poder amarla sin interrupciones.

—Oye, oye, cariñitos aquí no —bromea Amber, lanzándonos una rama seca.

La fulmino con la mirada y estallo en carcajadas, antes de adentrarme de nuevo en el interior de Carla’s para revisar los

diseños que imprimí hace unos días. Después de elegir el ganador, nos hemos volcado en que este escaparate de otoño tenga un toque de Halloween sin caer en la tristeza o en lo oscuro, sino que transmita un otoño lleno de resistencia luminosa.

Amber pone música que se escucha desde el altavoz del rincón. Suena *In The Stars*, de Benson Boone. Y, sin poder evitarlo, pienso en mi abuela, en Hal, en quienes fueron magia para nuestros corazones y que, aunque ya no estén, permanecen en la memoria y en cada rincón de este pequeño escaparate. Las notas se deslizan por la tienda sin alterar la calma de las flores, y me encanta sentir que esta es la banda sonora perfecta para días como este.

—¿Recuerdas el que hicimos aquel primer Halloween? —le pregunto a Amber.

—Sí. Fue un auténtico desastre —responde, sin siquiera mirar atrás—. Las telarañas se vinieron abajo, las flores se estropearon. Menos mal que las velas eran falsas, porque de lo contrario habríamos tenido una tragedia.

—Y aun así, al día siguiente vinieron muchísimos clientes nuevos —recuerdo, sin borrar la sonrisa.

Tony suelta una carcajada desde el fondo.

—Porque parecía un ritual satánico, y pensaron que era una floristería alternativa —bromea, y ahora le toca a él recibir una rama seca.

—Mira que eres tonto —le recrimino—. Pues esta vez será todo lo contrario —añado, mientras coloco la última de eucalipto en el jarrón central—. Esta vez conseguiremos que la gente entre atraída

por la forma en que todo florece, incluso cuando fuera parezca que la vida se marchita.

Shelby me observa en silencio. Pero sé que ha entendido cada palabra. Lo veo en su sonrisa, en la forma en que sus dedos, algo nerviosos, ajustan los diferentes arreglos.

La mañana transcurre entre flores secas, luces cálidas, risas y algún que otro traspié con las cajas vacías que ocupan el suelo, sin que ello haya afectado al ambiente ni al buen humor de los clientes que entran a comprar sus ramos. El escaparate comienza a tomar forma, y aunque aún queda trabajo por delante, tengo la certeza de que es la mejor decoración que hemos creado hasta ahora.

La entrada quedará enmarcada por hiedra seca, ramas finas y pequeñas calabazas. Las luces titilarán por la noche como si fueran luciérnagas entre las flores. Y el ramo central —el verdadero protagonista— estará repleto de colores que evoquen el otoño, con toques de lavanda como guiño a Avery y a aquel día inolvidable de mi cumpleaños.

—Yo creo que va a quedar precioso —comenta Tony, cruzándose de brazos con una sonrisa sincera.

—Sí… —murmuro—. Nunca imaginé que hacer algo así pudiera darme tanta vida. A veces me cuesta creer que, en otro tiempo, fui abogada.

—Una abogada excelente que también ayudó a mucha gente — interviene Shelby, y me da un beso pequeño en los labios—. Estoy orgullosa de que hayas seguido con esto, de que guardes su recuerdo aquí.

Dice esas palabras mientras ambas miramos el letrero de Carla’s en lo alto de la puerta, y el corazón me da un vuelco.

«Espero que esté sonriendo por esto», pienso.

—¡*Tii*, Jules! —oigo a Avery, y me giro justo a tiempo para verle llegar corriendo como un torbellino.

Lleva la chaqueta mal puesta, la mochila medio abierta y una sonrisa capaz de derretir hasta al más gruñón del vecindario. Me agacho justo a tiempo para atraparlo entre los brazos y girar con él en el aire, provocando esa risa chispeante suya, tan pura y contagiosa que hace vibrar el alma de felicidad.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces aquí, monstruito? —le digo, cubriéndole de besos. Aunque ya va haciéndose mayor, sé que en el fondo le encantan.

—Papi dice que tengo permiso especial para ayudar con las flores —responde con tono solemne, aunque su voz siga arrastrando esa dulzura que consigue calmar cualquier tormenta.

Benjamin se acerca tras él, con las manos en los bolsillos y su sonrisa tranquila, aunque sus ojos reflejan algo de cansancio tras las gafas de pasta.

—Prometimos pasar por Carla’s un rato si terminaba todos los deberes antes de que yo volviera al trabajo. Y los ha hecho todos, hasta los de mates, después de comer.

—Eso sí que es un milagro que merece ayudar con la decoración —bromea Amber desde el interior, apareciendo con una bandeja de galletas caseras que preparamos con antelación—. ¡Avery, he hecho tus favoritas!

—¡Las de chocolate! —grita, soltándose de mí para ir corriendo hacia la bandeja.

—¿Y las mías? —pregunto, fingiendo estar ofendida.

—También hay de limón —responde Amber, guiñándome un ojo —. Para ti y para la reina del jazmín, que ahora mismo está en la trastienda con la caja de las luces.

Sonrío al pensar en Shelby. Incluso cuando no la tengo a la vista, soy capaz de sentir que está muy cerca de mí.

Como estamos en el descanso antes de reabrir la floristería, nos sentamos todos sobre la alfombra extendida en medio de la tienda, justo frente al escaparate. Fuera, la gente empieza a detenerse para mirar la decoración aún inacabada. Algunos asienten con aprobación, otros toman fotografías, y yo me doy cuenta de que, a pesar de su sencillez, este escaparate ya está tocando algo más grande. Algo que va más allá de nosotros.

Avery tiene las mejillas manchadas de chocolate y una lengua ágil que no deja de hablar sobre su clase de ciencias, un niño que se cayó en el recreo y sus planes para decorar su habitación en Halloween con fantasmas hechos con rollos de papel higiénico.

Y mientras tanto, no puedo dejar de observar a Shelby.

Ella lo escucha con la misma atención que pone en sus fogones, con esa ternura que se le cuela en cada gesto: cuando le pasa la servilleta por la boca para limpiarle el chocolate, cuando le acaricia el pelo sin darse cuenta, cuando le arregla la ropa con un toque automático, instintivo. Cuando le coge la mano sin pensarlo.

Algo dentro de mí se tambalea. Me inunda la certeza de que, algún día, Shelby será una madre increíble.

Igual que lo supe en mi cumpleaños, hoy veo esto con una claridad aplastante. Por su paciencia, su dulzura escondida bajo esa fuerza arrolladora, por su forma de sostener las cosas incluso cuando todo se desmorona. Veo a Avery rendido ante su presencia, como si supiera que, con ella, nada puede hacerle daño.

Y, de repente, siento unas ganas inmensas de llorar, de esa emoción que nace cuando comprendes algo demasiado grande como para ubicarlo dentro de ti.

Me recuesto ligeramente, apoyo los codos sobre la alfombra y dejo que las voces se mezclen con el sonido de la calle y la música que sigue sonando en los altavoces.

Shelby me lanza una mirada desde el otro lado del mantel improvisado. Tiene las manos ocupadas con un puñado de flores secas que Avery quiere colgar del techo, y cuando me sonríe, no necesito escuchar ninguna palabra. Me basta con esa sonrisa para saber que, aunque a veces el camino se nuble, ella sigue aquí. Y yo sigo queriendo recorrerlo a su lado.

—¿Podemos poner murciélagos también? —pregunta el pequeño—. En plan… que parezca que están dormidos entre las ramas.

—Me encanta esa idea —respondo, incorporándome.

—Eres la tía más guay del mundo —declara, con la boca llena de galletas.

—Espero ser, al menos, la segunda tía más guay del mundo —bromea Amber, con fingida indignación.

Las risas nos envuelven. La tienda, el día, la gente frente al escaparate. Todo parece alinearse para convertir este instante en

algo perfecto. Y aunque sé que hay cosas que no puedo controlar —las noticias, los temores, las preguntas aún sin respuesta— también sé que debo atesorar momentos como este.

Segundos que valen por todos los demás.

Avery acaba por quedarse dormido sobre un cojín tras haber montado su pequeño jardín de murciélagos. Tony lo cubre con una manta y le deja una de sus galletas favoritas al lado, «por si se despierta con hambre de monstruito».

Yo miro el reloj y noto cómo el día se nos ha ido sin darnos cuenta.

Las luces del escaparate parpadean como si quisieran recordarnos que, incluso cuando la oscuridad nos rodea, alguien siempre encuentra una manera de encender una pequeña chispa que se convierte en un montón al final.

Y en ese instante, mientras Shelby me rodea con un brazo y me besa la frente, sé que eso es lo que estamos haciendo. Encendiendo pequeñas luces. Una a una. En mitad de este mundo que tanto las necesita.



17
LO QUE IMPORTA DE VERDAD

JULIA

Londres, Inglaterra. *11 de octubre de 2023.*

Tenemos los nervios a flor de piel. Es una de esas mañanas en las que el silencio pesa distinto, aunque no haya tensión aparente en el ambiente. La luz del sol se filtra entre las cortinas con un resplandor suave, y la casa huele a pan tostado, a café recién hecho y a un leve rastro de jazmín que ha quedado impregnado en mi jersey. La radio murmura desde la cocina, como si también supiera que hoy no conviene levantar demasiado la voz.

Shelby ha dormido a mi lado toda la noche, profundamente, con el cuerpo rendido tras una jornada que acabó casi a medianoche entre flores, las travesuras de Avery y nuestras manos enlazadas bajo la manta del sofá. Esta mañana, sin embargo, se ha despertado antes que yo. La he oído moverse por la habitación, con esa lentitud de quien intenta no romper nada a su paso. Aun así, se le nota la

ansiedad en cada gesto, como si el cuerpo se le resistiera a la quietud y los pensamientos le pesaran como piedras.

Hoy se publica la crítica de Emilia Carter sobre Azaleas. Y aunque no lo diga en voz alta, sé que le aterra.

Por eso me he levantado unos minutos después. He preparado café para las dos, cortado un par de rebanadas de pan de semillas, y me he esmerado en preparar un desayuno lo más bonito posible. Con mimo, con intención, intentando que este gesto contenga los nervios que ya se respiran en el aire.

—¿Crees que debería leerla en cuanto salga? —pregunta desde el umbral de la cocina. Lleva el pelo aún húmedo y una sudadera que me suele prestar ella a mí.

—Creo que no —respondo—. Al menos no sin algo en el estómago.

Se acerca despacio. Intenta sonreír, pero sus ojos no acompañan.

—Tengo un nudo enorme aquí —comenta, llevándose una mano al esternón—. Como si me hubiera tragado una piedra.

—A lo mejor es una tostada imaginaria —intento bromear. Veo cómo, por un instante, la comisura de sus labios se curva.

—Anda, siéntate conmigo —le indico, dejando la taza en su lugar habitual.

Asiente, pero se sienta con el cuerpo tenso, como si no terminara de encontrarse cómoda. Tiene las manos entrelazadas sobre el regazo, los labios apretados, como si temiera que al hablar pudiera quebrarse el mundo.

—Lo has dado todo, cariño —digo, mientras le sirvo más café —. Lo sé yo, lo sabe el equipo, lo saben los clientes… incluso los vecinos. Lo que tú has creado en Azaleas no lo va a destruir una crítica.

—Pero… ¿y si ocurre? —murmura—. ¿Y si dice que no estamos a la altura? ¿Y si con un par de frases echa por tierra todo lo que construimos cada día?

Me siento frente a ella y tomo sus manos entre las mías.

—Shelby, tú haces magia. No hablo de técnica ni de precisión. Hablo de lo que transmites, de cómo cada plato lleva una parte de ti. Cómo conviertes el esfuerzo en belleza. Ninguna opinión publicada puede borrar eso.

Ella traga saliva. Baja la mirada. Por un momento, me cuesta reconocer a la mujer decidida que conocí en el Soho. Aunque esta vulnerabilidad también forma parte de lo que más me enamora de ella.

—Me importa lo que diga —admite—. Me importa muchísimo. Porque no es solo por mí. Es por todos los que han creído en este proyecto. Por Elliot, por Flora… por quienes apostaron por mí cuando ni siquiera yo sabía si debía dejar 34 Mayfair.

—Lo sé. Y también sé que, si hay alguien capaz de sostener ese lugar, pase lo que pase, eres tú.

Se queda en silencio un instante. Luego, con un hilo de voz, añade:

—Tengo miedo…

Es la primera vez que lo dice en voz alta. Y es la primera vez que lo veo tan nítido en su mirada. Aquí no existe su típica ironía. Solo miedo de verdad.

—Tener miedo no te hace menos valiente —le aclaro con suavidad—. Te hace más humana.

Nos quedamos así, con los dedos entrelazados sobre el mantel, en silencio. Aunque dentro de ella todo tiemble un poco.

Entonces me inclino hacia delante y le susurro muy cerca de los labios:

—¿Sabes qué pienso yo?

—¿Qué?

—Que ninguna crítica puede medir lo que haces cuando entras en tu cocina. Nadie puede puntuar con estrellas el amor con el que cocinas para quienes quieres. Porque tú no cocinas para una revista gastronómica. Cocinas para quienes se quedan hasta el cierre. Para los que repiten postre. Para quienes se emocionan con una sopa porque les recuerda a su madre.

Ella suelta una risa suave. Y sus ojos, por fin, brillan.

—Había olvidado lo buena que eres con las palabras —dice, rozando mis labios con los suyos.

—Y tú con las manos. Así que hazme caso y desayuna antes de que este café se enfríe y acabemos teniendo que rediseñar el menú por culpa de unas lágrimas.

Esta vez se ríe de verdad. Y esa risa, breve pero luminosa, rompe algo dentro de mí. Porque verla sonreír hoy, con el corazón

expuesto, me recuerda por qué la elijo cada día. Incluso en los más complicados. Especialmente en los complicados.

Después de unos minutos comiendo en silencio, la crítica aún no ha salido. Y, por alguna razón, eso me parece una pequeña tregua. Un respiro que el universo nos concede antes del veredicto.

Mientras recojo los platos, Shelby me rodea desde atrás con los brazos. Apoya la frente en mi hombro y permanece así, quieta. Siento que, pase lo que pase, nosotras vamos a estar bien. Nos alineamos, pecho con espalda, como si el silencio entre ambas nos susurrara que podemos quedarnos así para siempre. Coloco una mano sobre la suya, entrelazo nuestros dedos y me dejo caer un poco hacia atrás, hasta notar su cuerpo envolviéndome como una segunda piel.

—¿Sabes lo que necesito ahora? —me susurra al oído, con esa voz ronca que tiene al despertar.

—Una ducha. Con agua muy caliente. Y sin móviles cerca.

—Exacto.

Se gira y me toma de la mano. No hacen falta más palabras. Avanzamos por el pasillo en silencio, descalzas, sintiendo el frescor bajo los pies, dejando que nuestros pasos lentos nos conduzcan sin prisa.

La casa está en calma. El mundo, aún en pausa. Y nosotras, por fin, en sincronía.

Al llegar al cuarto de baño, Shelby abre el grifo y el vapor comienza a envolverlo todo, colándose por los rincones como una nube suave, como una promesa de refugio. Se mueve por el espacio quitándose la ropa, y entonces ya no puedo contenerme. Me acerco

por detrás, la rodeo con los brazos y beso su cuello, uno de mis lugares preferidos.

—Hoy estás preciosa —murmuro contra su piel.

—Eso lo dices porque quieres que me relaje —responde, aunque ya sonríe.

—No. Lo digo porque es verdad. Porque me encanta mirarte así.

Gira la cabeza y nuestras bocas se encuentran. Al principio es un beso lento, una caricia que explora. Pero pronto se vuelve más profundo, más urgente. Llevamos semanas viviendo entre interrupciones, silencios inconclusos, abrazos que se quedan a medio camino. Y ahora por fin, las piezas encajan de verdad.

Nos desnudamos sin prisa, como quien acaricia una certeza. Mis dedos recorren su piel, la noto estremecerse, y no puedo evitar besar cada pequeño rincón que se eriza bajo mis labios. Quiero hacerla temblar. Quiero que recuerde, como yo, que seguimos aquí.

Entramos en la ducha, y el agua tibia cae como una caricia sobre nuestras pieles. Resbala como si supiera exactamente dónde tocar. Shelby me arrincona suavemente contra los azulejos y yo me dejo llevar. Sus manos recorren mi espalda, mi cintura, mis caderas. Sus labios descienden por mi cuello, dejando un rastro húmedo que me enciende.

—Te necesito —susurra, con los ojos encendidos.

—Y yo a ti —respondo, casi sin aliento.

Se acerca más, me toma por los muslos y me alza. La rodeo con las piernas sin pensar, como si todo en mí hubiera estado

esperando este momento. Nuestros cuerpos se funden de inmediato, siendo dos notas que al fin se tocan en la misma melodía.

Cada uno de sus movimientos me habla. Me dice lo que no ha podido expresar con palabras. Cada roce, cada jadeo contenido, cada mirada entrecerrada, es una declaración de amor y deseo, la certeza de que lo que sentimos sigue vivo, que nunca se ha ido, solo esperaba su momento para resurgir.

El agua golpea nuestros cuerpos, se desliza por nuestros pechos, nuestro pelo enredado, nuestras bocas abiertas. Y, sin embargo, todo parece ordenado. Perfecto. En la forma en la que me besa, en cómo me ama, aquí y ahora.

Mi espalda resbala un poco sobre los azulejos, pero ella me sujeta con firmeza, sin dejar de besarme. Nos movemos al ritmo de una música que sólo nosotras oímos, una melodía tejida con manos y temblores, con suspiros que no necesitan traducción. Cuando alcanzamos el clímax, el mundo desaparece a mi alrededor. Solo quedan los latidos, el jadeo compartido, y esa plenitud que solo se alcanza cuando sabes que estás en casa. Y aquí, me aferro a su cuello mientras nuestros pechos suben y bajan buscando aire. Nos quedamos abrazadas bajo el agua, apoyadas la una en la otra, sin palabras. Solo piel, solo respiración, solo las dos. Y la verdad es que el mundo puede esperar.

Si la crítica ya se ha publicado, ahora mismo me da igual. Porque acabo de reencontrarme con la mujer de la que me enamoré. Porque la he sentido de nuevo. Porque me he recordado a mí misma que no hay cocina, ni estrella, ni menú, que valga más que estas ganas de mirarla a los ojos para siempre.

. . .

Cuando cierro Carla’s un poco antes de lo habitual, el reloj marca las cuatro y media. La luz del atardecer comienza a extenderse sobre las fachadas de Notting Hill como un velo dorado. El tráfico vibra con ese ritmo suave de los días que no quieren terminar.

He dejado a Amber en la trastienda organizando los próximos pedidos con la precisión de una directora de orquesta. Me ha mirado como si supiera perfectamente a dónde iba, y su sonrisa me ha recordado por qué sigue siendo mi mejor amiga.

—Ve, que seguro que está hecha un manojo de nervios —me ha susurrado.

Y eso hago.

Camino hasta la estación con las manos en los bolsillos del abrigo. La mente me late al ritmo de un tambor que aún no distingue entre nervios o esperanza. La crítica ya está publicada. Lo sé porque Flora me ha enviado un mensaje esta mañana, con un emoji de gafas y un corazón. Pero me negué a leerla. Desde el primer momento, tuve claro que lo haría con ella.

Por eso voy a Azaleas.

Quiero verla. No, en realidad necesito verla. A la mujer que ha construido un universo hermoso desde la nada. Con sus manos, con la rabia que a veces la azota, con su sensibilidad desbordante. A la mujer que amo, quiero estar con ella al leer esas palabras. Sean las que sean.

Al llegar, el restaurante está en completo silencio.

La puerta se abre con ese sonido leve, un suspiro de madera que siempre me resulta familiar, como una respiración contenida. No hay clientes. No hay música. No se oyen voces desde cocina ni el tintinear de copas.

Solo veo a Shelby.

Está sentada en la mesa que siempre elegimos cuando comemos juntas aquí. La del rincón, junto al ventanal que da a Floral Street. Donde el sol cae justo en la esquina de la madera y baña los platos como si todo lo que se sirviera ahí tuviera un brillo especial. Una especie de magia discreta que solo quienes saben mirar, perciben. La encuentro sola, y no me sorprende. Es su forma de enfrentarse a los nervios: en silencio y sin distracciones.

Tiene la revista abierta frente a ella, y sus manos descansan sobre el regazo, con la espalda recta, rígida y esa postura que solo adopta cuando algo le pesa más de lo que quiere admitir.

—¿Puedo sentarme? —pregunto, como si alguna vez hubiera necesitado permiso.

Asiente con un leve gesto. Cojo la silla a su lado. El artículo ya ha pasado por varias manos, eso se nota. Las páginas están algo arrugadas, dobladas en las esquinas. Sus dedos han sujetado esta revista con fuerza. La tomo con cuidado y mis ojos van directos al título: *«Azaleas: donde la emoción se cuece a fuego lento»*.

El estómago me da un vuelco.

Leo en silencio, a su lado. Shelby permanece tensa, aunque intente disimularlo. Cada palabra me alcanza como una nota de jazz, inesperada, elegante, precisa. Emilia Carter no ha escrito una crítica fría ni técnica. Ha escrito una crónica. Una pieza cargada de

metáforas y sensibilidad, de esas que trascienden el plato y rozan el alma.

Habla del ambiente como si hubiese respirado dentro del corazón del restaurante. Describe los platos como quien desgrana una sinfonía, nota por nota. Y se refiere a Shelby como si hubiera conseguido mirarla más allá de la chaquetilla, más allá del talento y del vértigo que implica sostener un sueño con las propias manos.

«Una chef que no solo alimenta el cuerpo, sino que convierte cada plato en una carta escrita con la tinta del amor.»

Continúo leyendo, sorprendida, emocionada. Hay un párrafo que habla de nosotras, aunque no mencione mi nombre. Y lo reconozco con una certeza que me sacude.

«Hay una mesa en Azaleas donde siempre hay alguien esperando. Una mesa que no aparece en la carta, pero que huele a ciertas promesas. He sentido que cada rincón de este lugar fue construido por manos que no solo cocinan, sino que sueñan con alcanzar la felicidad. Y eso, en tiempos de demasiado ruido, es una revolución.»

Suelto el aire y miro a Shelby. Tiene los ojos húmedos, aunque no ha derramado ni una lágrima. Pero tampoco consigue hablar.

—Es excelente —susurro por fin—. Shelby… esto es justo lo que mereces.

No responde al instante. Se inclina hacia delante, cierra la revista con cuidado, la gira y la aparta ligeramente del centro de la mesa, como si todavía no terminara de creérselo.

—Estaba aterrada —confiesa al fin, y las palabras se le escapan como un soplido—. Temía que me destrozara. Que dijera que lo que

he creado en Azaleas no tenía valor alguno.

Le tomo la mano entre las mías y la aprieto con ternura.

—Ahora que sabes que no solo lo valora, sino que lo admira… ¿cómo te sientes?

Shelby me regala una sonrisa que tarda en construirse, pero que, cuando llega, lo llena todo.

—Como si pudiera volver a respirar. Como si, por fin, alguien en este complicado mundo de la gastronomía me hubiese visto de verdad.

Apoyo la cabeza en su hombro, y ella me rodea con un brazo, sin pensarlo.

—Yo siempre te he visto —le recuerdo, antes de dejar un beso suave en sus labios.

—Y eso es lo que me ha sostenido todo este tiempo.

Nos quedamos así, envueltas por el silencio del restaurante, por la luz dorada que se filtra más cálida que nunca, por esa sensación de haber atravesado una tormenta y encontrarnos, al fin, en calma. Todavía con el cuerpo temblando… pero intactas.

Porque la realidad es esta: hemos llegado donde queríamos. Y lo que viene a partir de ahora, solo puede ser mejor.



18
DANZA ENTRE FOGONES

SHELBY

Londres, Inglaterra. *11 de octubre de 2023.*

«Londres no carece de restaurantes con encanto. Hay locales de autor con estrella, rincones escondidos que hacen gala de tradición y barras donde el diseño eclipsa cualquier atisbo de alma. Pero, de cuando en cuando —muy de cuando en cuando—, uno se topa con un lugar que va más allá de todos esos conceptos.

Azaleas Covent Garden no es solo una propuesta gastronómica: es una declaración de intenciones profundamente emocional.

Desde que cruzas su entrada, te envuelve el aroma de flores frescas y una iluminación que más acaricia que impresiona. Se percibe enseguida que algo distinto está a punto de ocurrir. Aquí, el corazón es el verdadero centro de gravedad.

La chef Shelby ha conseguido algo que pocas cocineras —y aún menos cocineros— alcanzan: convertir la cocina en un acto de honestidad. Cada plato, cada textura, cada ingrediente elegido habla de ella. De su historia, de sus temores, de su amor por la vida, incluso cuando esta duele. Es una chef que no solo alimenta el cuerpo, sino que transforma cada creación en una carta escrita con la tinta del alma.

El menú es un recorrido sensorial, sí, pero también un paseo por las decisiones personales que han llevado a esta mujer a abrir las puertas de su intimidad a través del fuego. La presentación es refinada sin pretensiones; el sabor, intenso sin artificios. Hay una nostalgia delicadamente elaborada en sus combinaciones: sopas que evocan abrazos,

postres que saben a reconciliación. Y en cada bocado, un hilo invisible no solo te une no con el plato, sino con quien lo ha creado.

Pero Azaleas no se comprende sin su entorno. La decoración, viva, orgánica, inspiradora y las flores varían con las estaciones. Las velas no se esconden. Y, por encima de todo, se percibe una sensación de hogar que rara vez se encuentra fuera del propio.

Sin un equipo que respire al mismo ritmo, ningún restaurante alcanza semejante grado de sensibilidad. En Azaleas, eso se siente. Elliot, el sous-chef, aporta solidez y precisión técnica, consolidando cada preparación con equilibrio. Flora, joven y luminosa, se desplaza entre las mesas con una calidez que se lleva muy adentro. La armonía entre ellos con el resto del equipo va más allá de lo profesional; es casi emocional. Se percibe en los silencios compartidos, en las miradas cómplices, en el respeto mutuo que fluye desde la cocina hasta la sala como una sinfonía silenciosa.

Hay una mesa en Azaleas donde siempre hay alguien esperando. Una mesa que no figura en la carta, pero que desprende una promesa deliciosa de futuro. Siento que cada rincón de este lugar ha sido construido por manos que no solo cocinan, sino que sueñan con alcanzar la verdadera felicidad. Y eso, en tiempos tan ruidosos, es una auténtica revolución.

No me atrevería a catalogar Azaleas como un restaurante romántico, ni como un templo para gourmets exigentes, ni siquiera como una experiencia imprescindible. Porque ninguna de esas etiquetas le hace justicia. Azaleas es un refugio. Un poema que susurrar con el corazón. Un rincón que no necesita alzar la voz para dejar una huella imborrable.

Y aunque la crítica suele exigir distancia, en este caso no puedo mantenerla. Porque Azaleas me ha atravesado. Ha tocado algo muy profundo en mí. Y me ha recordado que, en última instancia, la cocina que perdura es aquella que se atreve a ser vulnerable.»

El sol de la tarde se filtra por los ventanales de Azaleas, tiñendo de oro las mesas y las flores que siguen adornando el local como si acabaran de ser plantadas. Me encuentro de pie junto a la barra, con la revista entre las manos. He leído la crítica de Emilia tres veces ya y, aun así, cada palabra me sacude con la misma fuerza que la primera. Es como si hubiese mirado en mi interior y comprendido cada emoción que he volcado en este lugar.

Julia se acerca por detrás y me rodea con los brazos. Su abrazo me ancla, me recuerda, una vez más, que nunca he estado sola en este camino.

—¿Lista para celebrarlo? —me susurra al oído, con esa calidez y serenidad que tanto he necesitado estos días.

Asiento, y juntas nos dirigimos a la cocina, donde Flora y Elliot nos esperan, sonrientes y con los ojos brillando de alegría. Elliot está recostado en la encimera, con una copa de vino en la mano, y Flora que está sentada en un taburete, levanta los brazos como si acabáramos de ganar el premio gastronómico más importante del mundo.

—¡Por fin! —exclama, incorporándose de un salto para servir más copas—. ¡Ya era hora de que la chef estrella se dignase a unirse a la celebración!

Suelto una carcajada y siento cómo la tensión acumulada en mis hombros se disuelve lentamente. Elliot alza su copa en gesto de brindis.

—Por Azaleas —comenta, sin dejar de sonreír—. Por este equipo maravilloso y por la magia que hemos creado juntos.

Brindamos y el tintineo del cristal resuena como una melodía perfecta para esta celebración. A pesar de que la celebración del equipo se hará mañana con el resto de los chicos, me encanta tener este momento con las personas que más aprecio.

—Y por ti, Shelby —añade Julia, mirándome con orgullo—. Por tu pasión, tu entrega, y por hacer de Azaleas algo más que un restaurante: un auténtico hogar.

Al oírla, no puedo evitar que el corazón se me encoja un poco más.

La emoción me invade ante las palabras de Julia, y la calidez en las miradas de Flora y Elliot me deja con una sonrisa en los labios… todo me confirma que cada sacrificio, cada noche sin dormir, ha merecido totalmente la pena. Nos sentamos alrededor de una de las mesas metálicas, compartiendo anécdotas y risas. Flora cuenta a Julia cómo estuvo a punto de tirar una bandeja entera de postres en su primer día, y Elliot recuerda la ocasión en que confundió el ingrediente principal de uno de nuestros platos estrella por hacer las cosas corriendo.

—¡Y, aun así, al comensal le encantó! —recuerda Flora entre risas—. ¡Eso sí que es talento!

—Si me hubiese pasado a mí, ya te digo yo que no lo celebran igual —bromea Julia.

La veo disfrutar de este ambiente y eso también me tranquiliza. Es como si nada ni nadie pudiera romper esta burbuja que hemos creado. La tarde transcurre entre alegría y complicidad, y no puedo evitar sentir una gratitud inmensa. Por este equipo, por esta familia hermosa que hemos construido en Azaleas —junto al otro grupo con el que celebraremos más tarde—, pero, sobre todo, por Julia. Porque tengo clarísimo que sin ella no habría sido capaz de dar un solo paso en este viaje que se llama Azaleas.

Mientras los observo, caigo en la cuenta de que esto no es solo un restaurante. Es un reflejo de nuestras almas, de nuestras historias entrelazadas. Y hoy, más que nunca, me siento orgullosa de formar parte de ello.

Julia sirve otra ronda de vino, y durante unos instantes todo parece irreal, como si estuviésemos dentro de uno de esos recuerdos que sabes que guardarás para siempre. Me detengo a contemplar los rostros de cada uno: Flora, con su energía incansable y su risa clara; Elliot, que pasó de ser un desconocido a convertirse en prácticamente un hermano; y Julia, que no solo creyó en mí, sino que me enseñó a hacerlo también.

—¿Os acordáis de aquella noche del pasado noviembre antes de la apertura? —se interesa Elliot—. Cuando llovía a cántaros y las goteras en la cocina nos tenían locos.

—¡Cómo olvidarlo! —afirma Flora—. Yo estaba convencida de que era una señal del universo para cancelar todas las reservas... y no eran pocas.

—Y tú, Shelby —añade Julia—, recuerdo perfectamente cómo me llamaste para que viniera a ayudaros. Pasaste horas con una linterna y un cubo, decidida a que nada os frenara.

—Es que no podía permitir que algo tan insignificante nos derrumbara —respondo, con una sonrisa. Doy un pequeño sorbo al vino antes de continuar—. Habíamos llegado demasiado lejos para rendirnos.

Todos asienten con la cabeza, en un gesto cargado de reconocimiento. Sabemos que fueron esas batallas las que nos han traído hasta aquí.

Azaleas no nació únicamente de recetas ni de un diseño bonito ideado por Taylor y Benjamin. Surgió del cansancio, de los días inciertos, de los miedos compartidos y de las ilusiones volcadas en un local vacío. Cobró vida cuando dijimos que sí, incluso cuando

todo alrededor parecía gritar que no. Y ahora, ese sueño tiene forma, tiene sabor y, sobre todo, tiene alma.

Julia se inclina hacia mí y me aprieta la mano.

—Seguro que, a partir de ahora, el camino hacia esa estrella se os hace más llevadero —me dice con convicción. Al mirarla, veo que lo cree de verdad—. Emilia Carter lo ha comprendido. Y pronto, lo hará el resto del mundo.

Su fe me conmueve. A pesar del cansancio, a pesar de todo lo recorrido, algo dentro de mí se enciende con la idea de lo que aún está por llegar.

En algún momento, Flora pone música con su teléfono. Una melodía suave envuelve el ambiente, acompañando el ocasional tintineo de las copas. Se crea una atmósfera íntima, como si compartiéramos un secreto. Permanecemos allí un poco más, hasta que llegue la hora de preparar el nuevo servicio. Fuera, la ciudad sigue su curso. Pero aquí, en este rincón dorado por la luz del atardecer, el tiempo parece haberse detenido.

Y mientras Julia se recuesta sobre mi hombro y Flora y Elliot conversan animadamente, me doy cuenta de que este es uno de esos raros momentos de plenitud en los que no necesito nada más.

. . .

Julia se despide con un beso rápido y una sonrisa que me acompaña incluso después de que la puerta se haya cerrado tras ella. Y aunque me gustaría retenerla un poco más a mi lado, las puertas del restaurante están a punto de abrirse para nuevos comensales. Me

quedo un instante en el umbral, contemplando cómo se pierde entre la multitud que camina por la acera iluminada por las luces de la tarde.

—¡Jefa! —grita Elliot desde la cocina—. Si no te das prisa, te dejaremos sin postre.

Sonrío y regreso al ritmo vertiginoso de las cocinas. La sala empieza a llenarse, y aunque he vivido cientos de noches como esta, hay algo diferente en el ambiente. La crítica ha dejado una estela de entusiasmo, como si todos avanzáramos sobre una cuerda invisible de posibilidades infinitas.

La cocina es un torbellino que no se detiene. Elliot se encuentra en la estación de carnes, trabajando con una precisión quirúrgica; Flora, como siempre, es pura agilidad, yendo de la sala a la cocina con soltura mientras anuncia las comandas que yo remato encantada. Cada detalle, cada cucharada de salsa, cada hoja de albahaca se dispone como si formase parte de una partitura que debe ejecutarse con perfección.

—Mesa siete, dos menús degustación y un vegetariano —anuncia Flora, mientras los fogones ya están repletos de ollas y sartenes.

—Recibido —respondo, y sincronizamos nuestros movimientos como un cuarteto bien ensayado.

Esta noche se respira una energía distinta, me viene perfecto que no sea una de las noches más llenas del restaurante. No cargo con la presión habitual sobre los hombros, ni con ese caos que tantas veces define el servicio en un restaurante de este nivel. Todo fluye como una danza, ligera y acompasada, con una alegría que se

desliza entre las cacerolas y el vapor, en las órdenes que nos cruzamos, en nuestros pasos y en las miradas que se entienden sin palabras.

Flora recoge los platos vacíos y ayuda a despejar antes de llevarse un postre de inspiración japonesa: mousse de té matcha, perlas de yuzu y una crujiente galleta de sésamo negro.

—Haz que llegue intacto a la mesa doce —le digo, guiñándole un ojo—. Es mi pequeña joya de esta noche.

Ríe, y me uno a su carcajada antes de verla desaparecer por la puerta. Así son nuestras noches: una coreografía que, aunque imperfecta a veces, siempre consigue brillar.

Los platos se suceden sin pausa. La sala está a rebosar, pero no hay retrasos. Es como si la crítica hubiera alineado nuestras energías, como si, al fin, estuviésemos viendo reflejado todo nuestro esfuerzo en los ojos de quienes nos visitan.

—Oído, mesa cuatro. Un cordero poco hecho, un atún con costra de especias y un risotto de temporada —canta Flora.

—Risotto en marcha —respondo, girando la cuchara en la olla con un ritmo casi hipnótico.

—¡El atún está a punto! —avisa Elliot.

Mientras lo emplatamos, termino de decorar un postre con pétalos cristalizados. Lo hago como quien traza un cuadro: cada pétalo, una pincelada de color; cada elemento, una curva que aporta equilibrio. Me detengo a observarlo en silencio. A veces olvidamos la belleza de lo efímero, un plato se saborea en minutos, pero puede perdurar en el recuerdo durante años.

Las horas transcurren sin que apenas nos demos cuenta. Sin embargo, la alegría no decae en ningún momento, más bien se intensifica. Y cuando, por fin, el último plato sale de la cocina, nos permitimos un instante de silencio. Una pausa llena de satisfacción, esa que borra de un plumazo cualquier atisbo de agotamiento.

Elliot deja los utensilios sobre la encimera y se estira de forma teatral.

—Si todas las noches fuesen así, me haría adicto al servicio.

—Te recuerdo que la semana pasada estuviste a punto de llorar porque no subían los suflés —le lanza Flora con una sonrisa burlona, mientras nos ayuda a recoger.

—Aquello fue un momento de debilidad creativa —replica él, adoptando una expresión solemne.

Me apoyo contra una de las mesas de trabajo, exhalo con profundidad y dejo que mis ojos recorran el espacio. La cocina, ya más calmada, conserva el eco de la actividad reciente. Las luces suaves, el aroma persistente a hierbas frescas y mantequilla, los trapos aún colgados... todo forma parte de esta cápsula de mundo que hemos construido con esmero.

En silencio, alcanzo mi teléfono del estante donde lo dejo siempre durante el servicio. Varias notificaciones se han acumulado, pero una destaca por encima de las demás.

> **Emilia:**
> Shelby, me encantaría pasar por Azaleas cuando tengas un momento para hablar. Hay algo importante que quiero comentarte.

Me quedo mirando la pantalla, sin decir nada. Flora y Elliot perciben mi expresión, pero no preguntan. Guardo el teléfono con

cuidado y me acerco al fregadero. Me lavo las manos despacio, casi con ceremonia. Como si necesitara cerrar esta noche antes de permitir que la siguiente comience. Porque mañana, quizás no tenga la oportunidad de saborear un día como este.



19
RAMAS QUE VUELVEN A FLORECER

JULIA

Londres, Inglaterra. *14 de octubre de 2023.*

Las tijeras emiten un sonido limpio al cortar los tallos de algunas flores. Es uno de esos ruidos casi terapéuticos, como la lluvia fina golpeando los cristales o el crujido del pan recién horneado. Estoy en la parte trasera de Carla's, ese lugar donde siempre ha habido más plantas que espacio, y que ahora luce un orden rebosante de color y aromas. Las flores de otoño lo han conquistado cada rincón: crisantemos en tonos cálidos, dalias encendidas como brasas, eucaliptos de hojas plateadas que perfuman incluso el aire más denso y apagado... Todo lo que toco hoy parece tener un eco dentro de mí. Hay una calma especial en trabajar así, en mitad del bullicio suave de la calle y del murmullo constante de una ciudad que nunca duerme. Londres no descansa, pero aquí, en este rincón cubierto de pétalos, puedo permitirme detener el tiempo.

Hablo en voz alta mientras acomodo una rama de mimosa entre las demás. A Lila, por supuesto. Porque, aunque sea solo una furgoneta, a veces siento que me escucha mejor que muchas personas. Tal vez porque me recuerda cómo empezó todo, con ese precioso verde entre las flores.

—Desde que salió la crítica de Emilia, las cosas han ido a mejor —le comento mientras rocío un ramo con el pulverizador—. Azaleas se llena tanto a mediodía como por la noche. Y aunque Shelby apenas tiene un momento para respirar, se la nota… distinta. Más firme. Como si, de repente, viera lo que yo siempre supe que llevaba dentro.

El viento levanta una cortina de hojas secas que se deslizan por la acera como si bailasen al compás de su propio ritmo. Me seco las manos con un trapo húmedo y prosigo, con esa mezcla de soledad y compañía que solo se alcanza cuando una se siente verdaderamente en casa.

—No estoy segura de que sea consciente de cuánto ha cambiado. Sigue inmersa en la cocina, con sus rutinas y ese caos suyo tan encantador, como si el reconocimiento no le perteneciera. Pero la gente la busca. La admira. Y eso… Dios, siento tanto orgullo que ni siquiera sé cómo expresarlo.

Termino el ramo que tengo entre manos y lo coloco en uno de los jarrones alineados en la repisa interior. Los he etiquetado con nombres de canciones, porque me gusta pensar que cada arreglo tiene su propia melodía.

Hoy, por primera vez en semanas, Carla’s —y también yo— respiramos con más calma. Las preocupaciones que nos habían

mantenido en tensión parecen haberse diluido. Ahora flota una energía distinta, como si, por fin, todo lo que llevamos meses sembrando estuviese empezando a florecer.

Acaricio con suavidad uno de los tallos más rebeldes y le susurro, como si revelara un secreto:

—Pero todavía la echo de menos… Últimamente hemos vivido como dos cometas en trayectorias diferentes. Sé que está haciendo lo que ama, que este es su momento… pero a veces desearía poder detener el reloj. Que el mundo se quedara quieto, solo para nosotras. Una noche más en casa. Una cena sencilla. Nuestras bromas tontas, simplemente eso —murmuro con una calma inaudita —. Aunque parece que ya lo estamos consiguiendo.

Me siento en el borde de la furgoneta, contemplando el interior del almacén. La mezcla de colores me arranca una sonrisa inevitable. En la mesa tengo un té de canela que sorbo despacio, como si ese gesto me permitiera guardar dentro de mí otra forma de hogar.

—Aun así, no cambiaría nada —susurro, como si Shelby pudiera oírme desde la cocina de Azaleas—. Porque incluso en la distancia, la siento cerca. En cada flor que coloco. En cada cosa que intento hacer bien.

El teléfono vibra en el bolsillo del pantalón. Lo saco sin pensar y sonrío al ver de quién es el mensaje.

> **Shelby:**
> Te echo de menos. Esta noche cerramos antes. ¿Te apetece que te cocine algo?

Todo se detiene un instante. La taza entre mis dedos queda suspendida en el aire, al igual que mi respiración.

Julia:
Sí. Mil veces sí.

Vuelvo a guardar el móvil y dejo que la brisa que entra por las ventanas me acaricie el rostro. Recojo con delicadeza las flores que han sobrado y las coloco en cubos con agua. Me entretengo más de lo necesario ordenando lazos y tijeras, pero no tengo prisa. Amber está centrada en la contabilidad y los encargos están al día, así que puedo permitirme prolongar este instante de paz.

Paso la palma de la mano por el lateral de Lila, agradecida por esta pequeña burbuja donde el resto del mundo me encaja. Pensar en mi mejor amiga parece tener el poder de atraerla, porque justo entonces oigo su voz en el umbral.

—¿Buenas noticias?

—Las mejores —respondo, y vuelvo a mis flores, con las manos más ligeras, como si cada tallo supiera que algo bonito se avecina—. Esta noche cierran antes en Azaleas. Shelby vendrá a casa.

—Pues yo que tú empezaría a proponerle una fecha para la boda.

—Eso, queremos ver si nos toca el ramo.

Taylor aparece tras ella, y su presencia me arranca otra sonrisa espontánea.

—Este lugar sigue oliendo de maravilla —comenta, con ese tono suyo que siempre transmite serenidad.

—La culpa es de las flores de temporada —le respondo, sin dejar de envolver un ramo en papel. Después me levanto para darle

un abrazo—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tenía la mañana libre y me apetecía visitar a mis chicas favoritas —dice con una sonrisa, acercándose a la furgoneta no sin antes besar a Amber en los labios—. Se apoya en el borde como si ese gesto le resultara ya familiar—. ¿Tenéis mucho jaleo?

—No, Amber ha repuesto todas las plantas y lleva la contabilidad al día. Por eso yo estaba aquí detrás.

—Entonces podríamos tomarnos un café —propone Amber—. Voy a prepararlo.

Taylor la sigue con la mirada, y en sus ojos se enciende ese brillo inconfundible que solo da el amor.

—¿Y tú qué tal? ¿Todo bien?

—Sí. Hoy sí —respondo sin pensarlo, y noto la verdad atravesándome, como una piedra que cae en un lago quieto y deja ondas maravillosas que pueden llegar muy lejos.

Su mirada se desliza hasta la carrocería de Lila. Sé lo que va a decir antes de que abra la boca.

—¿Ya has decidido qué vas a hacer con ella?

Dejo las flores que tengo entre manos y me obligo a mirarla. A Lila. La furgoneta que ha sido hogar, refugio y también compañera. La única constante desde que comenzó este viaje.

—No. No tengo ni idea.

Taylor se incorpora un poco, pero no dice nada. Se limita a mirarme con esa paciencia que solo se aprende lidiando con historias que duelen más de lo que uno se atreve a contar.

—Solo sé que no quiero venderla. Ni regalarla. Ni dejarla en un garaje olvidado, como si no significara nada. Sé que es irracional, ¿vale? Que ni siquiera tiene sentido tenerla aquí parada cada día…

—Es que no es un trasto viejo cualquiera.

—Exacto —susurro. Y, en ese instante, noto cómo me tiemblan los dedos.

Taylor asiente con lentitud, como si comprendiera algo más profundo que mis palabras.

—A veces no hace falta decidirlo todo en el momento exacto —comenta con suavidad—. A veces, solo hay que esperar. Esperar a que algo haga clic.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces lo harás tú —responde, con la seguridad serena que le caracteriza—. Como siempre has hecho.

Le sostengo la mirada un segundo más de lo necesario. Hay una firmeza en su voz que me sostiene incluso cuando yo misma vacilo. Taylor tiene esa cualidad: la de estar sin imponerse, la de escuchar como si cada palabra que dices tuviera un valor incalculable, mayor que el tiempo que tarda en salir.

Amber aparece en la puerta y vuelve con el café recién hecho, dispuesta a compartirlo con nosotros.

—¿Ya le has contado lo de tu dilema existencial con Lila? —pregunta, en tono de broma, pero con un cariño palpable.

—Estamos en ello —responde él, entrando con paso pausado.

Yo regreso a mis flores, pero las palabras siguen resonando dentro. Me muevo entre los ramos, recorto tallos, reordeno hojas,

pero mi mente se ha quedado anclada en esa pregunta: «¿Qué voy a hacer con Lila?»

Es curioso cómo un objeto puede contener tantas versiones de una misma. Con ella recorrí calles desconocidas, vendí flores a completos extraños que luego se convirtieron en amigos. En ella lloré, reí, canté sola en los semáforos. Lila ha sido testigo de mis ruinas y de mi reconstrucción. ¿Cómo se toma una decisión sobre algo así?

Me acerco al borde de la furgoneta y acaricio el volante, como si al tocarlo pudiera transmitirle parte de lo que siento.

—Aún no lo sé —murmuro—. Pero no te voy a abandonar. Eso lo tengo claro.

Como si pudiera oírme, una de las ventanillas traseras cruje levemente, empujada por el viento. Sonrío. Termino de organizar los últimos arreglos y me limpio las manos. La jornada de la mañana está casi completa. Pronto empezarán a llegar los clientes tras su paso por el mercado, y con ellos el ritmo constante de pedidos.

Paso de nuevo la mano por el lateral de Lila. Entonces, al ver el ceño fruncido de Taylor mientras saborea su café, algo se me remueve por dentro.

—¿Y si la convertimos en un escaparate floral? En una extensión más de Carla’s.

—¿Cómo dices? —pregunto, desconcertada.

Taylor deja la taza sobre una de las mesas con la calma de quien ya ha tomado una decisión.

—Sí, un escaparate floral, o algo por el estilo. Mira. —Se vuelve hacia Lila y alza la mano, señalando como si ya pudiera verla transformada—. Podemos restaurarla un poco, devolverle el color, reforzar los detalles que estén más desgastados. Y después, colocarla justo delante de la tienda, como parte del conjunto de Carla's. Una prolongación del local. Para exhibir los ramos del día o una selección especial. Una vitrina viviente. Un jardín ambulante que, aunque ya no recorra Londres, siga respirando flores.

Me quedo callada. La idea rebota en mi cabeza sin que termine de creérmela.

—¿Y… y crees que podría funcionar?

Taylor me mira con convicción.

—Lila tiene personalidad. Nadie pasa por aquí sin fijarse en ella. Y si la llenáis de flores, si cada semana proponéis algo nuevo… La gente se va a detener. A hacerle fotos. A compartirla. Se convertirá en parte de la identidad de Carla's.

No puedo evitar sonreír. Y lo detesto un poco por ello. Porque justo cuando creía que no había ninguna respuesta para el futuro de esta furgoneta, va él y me la ofrece como si hubiese tenido la solución guardada desde el principio.

—¿Y tú qué sabes de escaparates y floristerías?

—Nada —responde entre risas—. Pero sé de arquitectura. Y tenemos a un diseñador de interiores estupendo que seguro que estará encantado de ayudarnos. Además, con tu amor por las flores, podríamos hacer algo grande.

Suelto una carcajada leve. Me apoyo en la puerta lateral de Lila y la observo con otros ojos. De pronto, no parece vieja. Solo parece

dormida, esperando que alguien la despierte con un nuevo propósito.

—Tendríamos que pintarla.

—Por supuesto. Pero usando sus propios colores, para que siga combinando con Carla's.

—Y arreglar los retrovisores. Uno está colgando.

—Eso no es nada —me asegura Amber.

A lo lejos, suenan unas campanas, y el murmullo de la ciudad empieza a crecer a medida que la gente recorre las calles. Me incorporo, me sacudo los restos de hojas del delantal y me acerco al escaparate de la tienda para imaginar dónde podríamos colocar a Lila. Un rincón con sombra por la mañana y buena luz por la tarde.

La imagino enseguida, a Lila cubierta de ramos silvestres, con macetas colgando de los retrovisores, y una guirnalda de luces pequeñas recorriendo su techo. Imagino a los niños señalándola, a las abuelas escogiendo flores desde su puerta, a las parejas tomándose fotos delante en plena primavera. Como un cuento que florece día tras día.

—Me gusta —digo al fin, casi en un susurro—. Me gusta mucho.

—Entonces lo haremos así —responde Taylor.

Nos damos la mano sin ceremonia, pero con esa chispa cómplice de los inicios. Una promesa que no necesita ni papel ni tinta, solo flores y fe.

Pasamos algunos minutos más planificando los detalles. Hablamos de pintura, de soportes, de cómo adaptar el interior de

Lila sin vaciarla del todo. Porque tengo claro que quiero que siga siendo reconocible. Que conserve sus marcas. Sus cicatrices. Como las tengo yo. Porque, al final, eso somos. Pequeñas máquinas con historia, esperando que alguien nos vuelva a mirar como si fuésemos nuevas. No porque lo seamos, sino porque por fin estamos en el lugar adecuado.

Miro a Lila una última vez antes de entrar en la tienda, y siento que dentro de mí ha brotado una ilusión nueva.

«Tengo que contárselo a Shelby».



20
UN MAPA QUE SE BIFURCA

JULIA

Esa misma noche.

La luz de la cocina es cálida y suave, como un abrazo que me recibe al cruzar la puerta. El aroma me envuelve incluso antes de quitarme el abrigo: mantequilla dorada, un matiz dulzón, y una nota especiada, profunda, que me obliga a cerrar los ojos durante un segundo y disfrutar de esta mezcla tan deliciosa.

—¿Ese olor tan celestial es legal? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta sin esperar respuesta.

Shelby se gira desde los fogones con una sonrisa orgullosa. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y un delantal color vino, atado con un lazo impecable en la cintura. Tiene harina en la mejilla y una chispa traviesa en los ojos.

—Depende de si consideras los raviolis un arma de seducción —responde con descaro.

—Si eres tú quien cocina, desde luego que sí.

—Entonces será mejor que no digas nada. —Me guiña un ojo —. Estoy conspirando para iniciar una revolución contigo.

El timbre del horno interrumpe la conversación y Shelby se agacha para sacar una fuente humeante. La visión me hace tragar saliva. Sobre la encimera ya hay una olla con salsa anaranjada que burbujea lentamente, y una tabla con pan recién cortado. Me siento en casa. Me siento… en paz.

—Raviolis caseros de ricotta y espinacas con salsa de calabaza y salvia —anuncia con el tono digno de una chef con estrella Michelin—. Y de postre, crumble de manzana con helado de vainilla. Me acordé de que te lo debía desde hace un tiempo.

—Dios, tú sí que sabes cómo complacer a una mujer.

—Si no lo hago yo, ¿quién lo hará? —replica, sin abandonar ese tono juguetón.

Nos reímos, y la tensión que arrastro desde la mañana se disuelve como el vapor que envuelve la cocina. Me quito el abrigo y me acerco para ayudar, pero Shelby me aparta de inmediato con una mirada que deja claro que, esta noche, manda ella.

—Tú siéntate. Hoy es mi territorio.

—Eso me da un poco de miedo, la verdad.

¿Soy yo o esta noche está especialmente contenta?

—Shhhh, a cenar y a disfrutar —susurra, acercándose a mis labios hasta robarme un pequeño beso, como quien se cobra una

promesa.

Obedezco, claro. Porque con ella siempre es fácil dejarme cuidar… y, ¿por qué no decirlo?, dejarme conquistar.

Cuando todo está listo, nos sentamos frente a frente en una mesa dispuesta con esmero: mantel de lino, dos copas de vino blanco, una vela encendida. En el centro, hay un ramito de flores secas que reconozco de los pequeños arreglos sobrantes en Carla's hace unos días. Shelby no es de las que deja que nada se pierda.

El primer bocado es una revelación. El relleno es suave, la pasta delicada, la salsa logra un equilibrio perfecto entre la dulzura de la calabaza y el perfume terroso de la salvia. Es un plato que no solo calma el hambre, sino que me hace sentir querida.

—¿Qué tal tu día? —pregunta Shelby mientras corta el pan con calma—. Parecías de buen humor cuando me escribiste.

—Lo ha sido. Bueno… raro y especial, en realidad.

—¿Raro y especial en el mejor sentido?

—Sí —respondo, y de inmediato ese cosquilleo en el estómago vuelve a aparecer, como lo ha hecho durante todo el día—. ¿Te acuerdas de lo que te comenté esta mañana sobre Lila?

Recuerdo nuestra breve conversación durante el desayuno.

—Claro que sí. ¿Has tomado una decisión?

—No exactamente… pero Taylor me ha dado una idea. Y no te voy a mentir: me ha dejado completamente maravillada.

Apoya el codo en la mesa y el mentón sobre la mano. Me escucha con esa atención absoluta que convierte cada palabra en

algo valioso. Me encanta cómo me mira cuando le hablo de cosas importantes.

—Ha propuesto convertirla en un escaparate floral. En una extensión de Carla's.

Shelby parpadea, sorprendida y después me sonríe.

—¿En serio?

Asiento, y las palabras brotan como si las hubiera estado ensayando durante horas. Le cuento cómo Taylor apareció por la tienda, cómo se quedó mirando a Lila como si viera lo que yo no era capaz de ver, cómo empezó a lanzar ideas mientras saboreaba el café. El entusiasmo en su voz, la forma en la que me miraba, como si creyera de verdad que yo podía hacerlo.

—La restauraríamos por fuera, repararíamos los desperfectos, la pintaríamos con sus bonitos colores, que siguen encajando con la floristería. Pondríamos flores frescas cada día en el interior, en el techo, colgantes en las ventanas… incluso podríamos añadir un cartel de madera con su nombre. Pero la idea de no tener que despedirme de ella…

Me detengo un instante. Trago saliva.

—Sería transformarla. Permitirle seguir formando parte de mi vida desde otro lugar. ¿Me explico?

Shelby me coge la mano por encima de la mesa. Acaricia mi piel con una ternura que me eriza la piel.

—Claro que te explicas. Y me encanta. Me encanta que alguien como Taylor haya sabido ver eso en ti. Y en Lila. Porque yo… —ríe

con timidez, bajando la mirada— yo tampoco quería que te deshicieras de ella.

—¿No?

—No. Aunque esté vieja y un poco oxidada, Lila es parte de ti. De nosotras, en realidad. Porque en ella también está…

—Carla —completo, sin apartar la mirada de la suya.

Asentimos en silencio. Masticamos esa verdad como si fuera parte del menú. Afuera, la noche avanza lentamente, pero aquí dentro, todo parece suspendido. Un instante detenido, lleno de significado, que quizás marque el rumbo de los próximos días.

—¿Sabes qué es lo mejor? —digo tras beber un sorbo de vino —. Que no tengo miedo. O al menos, no como antes. Pensar en dejarla ir me rompía el alma. Tenerla abandonada detrás de la tienda me paralizaba. Pero esto… esto me hace sentir libre.

—Entonces ya está —afirma Shelby—. Ya tienes un plan, y alguien con quien llevarlo a cabo.

La miro. No hace falta añadir nada más. Su mirada lo dice todo. Shelby está conmigo, en esto y en todo lo demás. Y entonces, como si el universo necesitara añadir un broche de oro al momento, el horno suena de nuevo: el crumble está listo.

Shelby se levanta y va a por el postre, mientras yo permanezco sentada, con la cabeza ligeramente ladeada, mirando a través del ventanal del salón. Fuera no se distingue nada, solo la oscuridad suave y envolvente de octubre. Pero sé que Lila está ahí. No frente a la casa, pero sí en alguna parte de mi memoria. Y ahora, también en mi futuro. Como una flor que no se marchita, sino que simplemente cambia de tierra.

. . .

La cena ha ido de maravilla, con mariposas en mi estómago que han revoloteado hasta un momento concreto de la noche.

—¿Un Azaleas en París? —repito, todavía con el sabor dulce del crumble danzando en mi lengua, aunque la sorpresa ya empieza a recorrerme el cuerpo entero—. ¿Y te lo soltó así, sin más?

Desde luego, no esperaba que el postre —que estamos comiendo en el sofá, en lugar de en la mesa— viniera acompañado de una revelación de ese calibre. Shelby ríe, con esa manera suya de quitarle importancia a todo, pero en sus ojos hay algo más. Un brillo distinto. No es ilusión, tampoco es miedo. Es como si ambas emociones danzaran juntas sobre un hilo invisible que se tensa y se afloja con cada palabra.

—No es tan descabellado —responde, girando con lentitud la copa de vino entre los dedos—. Emilia pasó por Azaleas para disculparse conmigo, por si no había estado del todo acertada con su método. Se sentó en la barra, pidió un té de jazmín —muy en su estilo— y empezó a hablarme de un empresario francés con el que tiene contacto y que lleva años obsesionado con abrir un restaurante que combine autenticidad y alma. Lo de siempre, ya sabes. Y cuando leyó su crítica sobre Azaleas, decidió que tenía que conocerme.

—¿Y qué pretende exactamente?

—Quiere abrir una segunda sede de Azaleas, en Francia. Con mi cocina, mi dirección creativa, manteniendo el mismo concepto… pero fuera de Londres.

Me recuesto en el sofá, dejando que la información se asiente. No puedo evitar sorprenderme. París. Azaleas. Shelby. Esas tres palabras juntas parecen hablar en un idioma nuevo que aún no sé si comprendo del todo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que lo pensaría, que tenía que hablarlo contigo. No quiero tomar una decisión tan importante sin contar contigo.

Esa última frase se me queda atrapada bajo las costillas. Me atraviesa el pecho con delicadeza, como una caricia inesperada. Me quedo mirándola, está sentada frente a mí, con las mejillas algo sonrojadas por el vino y las manos entrelazadas sobre una rodilla, esperando mi reacción con una mezcla de nerviosismo y confianza.

—Shelby… no necesitas mi permiso para cumplir tus sueños —susurro, con la voz algo más temblorosa de lo que me gustaría—. Pero me conmueve que quieras que yo forme parte de ellos.

Ella se inclina hacia mí y me acaricia la mejilla con los dedos, con ternura.

—No serían mis sueños si tú no estás en ellos.

Entonces río. Porque si no lo hiciera, probablemente acabaría llorando. Y sé que este momento es demasiado hermoso como para empañarlo con lágrimas, aunque fueran de las buenas.

—¿Y qué pasa con el restaurante de aquí? ¿Te ves capaz de llevar ambos?

—La idea sería quedarme unas semanas en París al principio, para ponerlo en marcha, y después ir y venir. Pero habría que organizarlo muy bien, es un proyecto serio. Y también está la

cuestión de si realmente quiero tener dos restaurantes o si, llegado el momento, prefiero mantener solo uno. Aún no lo tengo claro.

—¿Y si te lanzas y luego no te convence?

—Ahí está el riesgo, claro. Pero me seduce la idea de intentarlo. No sé si quiero hacerlo, pero la posibilidad me entusiasma… aunque también me asusta un poco.

—Eso es una buena señal. Si no da un poco de miedo, probablemente no valga la pena.

Shelby sonríe y me besa la mano, como si sellara con ese gesto algo que va más allá de las palabras.

—¿Y tú? ¿Vendrías conmigo una temporada?

La pregunta me coge por sorpresa. Me dejo caer contra el respaldo del sofá, mirando al techo como si allí pudiera encontrar la respuesta. París es una postal preciosa, pero desde luego, no es Londres. Allí no estaría Carla's, ni esa versión de mí con los dedos llenos de tierra y una furgoneta que ahora va a convertirse en escaparate.

—No lo sé —respondo con honestidad—. No lo descarto. Pero ahora mismo… siento que por fin estoy haciendo algo que tiene sentido. Con Carla's. Con Lila. Y, sobre todo, con la idea de tenerte aquí, a mi lado.

—Lo entiendo. No quiero que sientas que debes elegir entre ambas cosas.

—La verdad… después de todo lo que ha pasado estos días, pensaba que por fin podríamos hablar de una fecha para la boda. De dar ese paso.

Silencio.

Un silencio espeso, incómodo. Como cuando alguien se va antes de tiempo y deja la puerta abierta, permitiendo que se cuele todo el frío de fuera. Me quedo inmóvil, con la cucharilla a medio camino, como si todavía pudiera reconducir la noche. Pero noto que algo se ha roto.

—¿De verdad estás pensando en dejar todo esto de nuevo para seguir con la idea del restaurante? —pregunto al fin, muy despacio, mirándola fijamente a los ojos.

Shelby frunce el ceño. Deja su copa sobre la mesa de centro con una delicadeza casi teatral, como si eso pudiera suavizar lo que acaba de pasar.

—No, ya te he dicho que es solo una propuesta, una posibilidad. No he dicho que vaya a hacerlo.

—Ya. Pero tampoco has dicho que no. —Me apoyo en el respaldo del sofá, notando cómo el enfado se abre paso bajo mi piel como una corriente caliente—. Y sinceramente, ¿qué se supone que haré yo allí? ¿Esperarte hasta las tantas para que vuelvas agotada, sin fuerzas ni para hablar?

—No te pongas así, Julia —responde, con ese tono que suena más a defensa que a comprensión—. Hace apenas un rato no te parecía una locura.

—Pensaba que esta noche íbamos a hablar de nosotras. De lo que realmente queremos. De poner una fecha para la boda, aunque solo fuera eso. Pero, de repente… podrías, no sé, mudarte a otro país.

—No lo digas como si fuera un crimen —replica, cruzándose de brazos, con el gesto visiblemente tenso—. Es una oportunidad, Julia. Y muy importante, además. No recibo este tipo de ofertas todos los días. No puedo no planteármelo.

—¿Y planteártelo significa cuestionarlo todo?

—No exactamente, pero... me hace dudar. ¿Está mal? —pregunta con ironía—. Me hace pensar si esto que tenemos es suficiente. Para ti, para mí, para las dos.

—¿Suficiente? —Una presión se instala en mi garganta—. ¿Estás diciendo que, después de todo lo que hemos superado, no estás segura? ¿Después de reconstruirnos, de resistir tantos embates juntas, ahora resulta que no sabes si esto vale la pena?

—No he dicho eso —responde, bajando el tono de voz, casi inmóvil—. Solo digo que tengo dudas. Y que no quiero tomar decisiones grandes si no estoy convencida del todo.

—Yo sí estoy convencida. Llevo meses imaginando ese día contigo. Pensando en los invitados, en cómo sería decir ese «sí» mirándote a los ojos. En el ramo que llevaría. ¡En todo, Shelby! Incluso en formar una familia contigo.

Shelby abre la boca, sorprendida.

—¿Y me lo has contado? —dice, algo más a la defensiva—. Porque esta es la primera vez que lo oigo.

—¿Hay que decirlo todo? Te lo demuestro cada día. Estoy aquí. No he desaparecido ni nada por el estilo.

—Exacto. Estás aquí. Y yo también. Pero, a pesar de eso, siento que sigue faltando esa pieza que lo haga encajar por

completo.

—¿Y cuál es, Shelby? ¿Qué es lo que no encaja?

No responde. Su silencio es un impacto seco en el centro del pecho.

—No lo sabes, ¿verdad? —pregunto, bajando el tono, sin perder firmeza—. No sabes qué es, pero estás dejando que esa duda pese muchísimo más.

—No quiero hacerte daño, Julia. Yo solo he estado...

—Entonces no lo hagas —la corto, sin levantar la voz—. No pongas un océano entre nosotras. No huyas justo cuando por fin podríamos construir la vida que tanto deseábamos.

Shelby se pasa la mano por la cara. Parece agotada. Cuando me acerco para tomarle la mano, la retira con suavidad. Y entonces lo veo claro. No se trata solo de París. Ni solo de Azaleas. Es algo más profundo.

—¿Tienes miedo? —pregunto, sin dar un paso atrás—. ¿Miedo de que las cosas no salgan bien?

—Tengo miedo de fallarte —admite, bajando la mirada—. De no estar a la altura. De que mi ambición me aleje de nuestro camino y que seas tú quien pague ese precio.

—No sería un precio. Soy una persona, Shelby. Se supone que soy el amor de tu vida. Y claro que puedes fallar, como puedo hacerlo yo. Pero eso no significa que no debamos intentarlo.

Se impone el silencio. Pero esta vez no es hostil. Es una pausa necesaria. Como una tregua.

—¿Quieres que pongamos una fecha? —pregunta al cabo de un rato.

—Quiero que no lo hagas por culpa, ni por miedo, ni por impulso. Quiero que lo hagas porque me amas. Porque quieres esta vida conmigo, aunque a veces sea desordenada, pequeña o carezca del glamour de una cocina parisina.

Shelby se muerde el labio. Luego asiente, muy despacio.

—Te amo. Eso no lo pongas en duda nunca. Pero necesito tiempo, para entender cómo encajar todo esto sin sentir que estoy traicionando una parte de mí.

—Y yo necesito claridad, Shelby —respondo. Y en mi voz, hay una grieta que se me parte por dentro—. Porque no puedo vivir eternamente esperando a que decidas si me eliges o no.

Nos quedamos frente a frente. Dos mujeres. Una historia compartida. Y una encrucijada que amenaza con dividirnos. La noche sigue avanzando, arrastrando consigo las sobras de la cena, las palabras ásperas y las verdades a medio decir. Nada ha terminado, pero algo ha cambiado. Y cuando Shelby se levanta y se dirige al dormitorio, no la sigo.

Recojo los platos con movimientos automáticos. El eco de nuestra conversación queda flotando en el aire, suspendido, como si hasta las paredes necesitaran tiempo para digerirlo. Al dejar el último vaso en el fregadero, solo me queda una certeza: el amor no es una línea recta. Es un mapa en constante redibujo. Pero para seguir recorriéndolo juntas, primero hay que decidir si caminamos hacia el mismo destino.



21
RUTA DISTINTA

JULIA

Londres, Inglaterra. *17 de octubre de 2023.*

El sonido del cuchillo cortando pan es lo único que se escucha a mi alrededor. Es una música familiar, como una melodía antigua que regresa para agitarme por dentro. Mi madre no dice nada, y yo tampoco. A veces ha sido así entre nosotras. Nos basta con el ruido de los gestos y el aroma del café para no ahogarnos en palabras.

Estoy sentada frente al ventanal de la cocina, con una taza que se enfría entre mis manos. Afuera, el jardín reposa en calma, bañado por esa luz apagada del otoño que lo suaviza todo. Incluso los pensamientos. Sobre todo, este nudo que arrastro en la garganta desde hace tres días.

Me fui de casa casi con lo puesto, dejando una nota sobre la mesita de noche: «Necesito pensar. Me quedaré con mi madre unos días. No te preocupes, estaré bien». Mamá termina de preparar unas

tostadas, les unta una capa generosa de aguacate y me las deja delante, sin mediar palabra.

Desde que volvió a vivir temporadas largas en Londres, he descubierto que así es como cuida de mí. Sin la necesidad de discursos, le basta con estar en la cocina, mirarme a los ojos y esperar a que yo encuentre las palabras.

—Gracias —murmuro, aunque mi voz apenas se oye.

Ella se sienta al otro lado de la mesa. Me observa con esa mezcla de atención y paciencia que solo las madres saben mantener. Al menos, las que han aprendido a reconciliarse. Después, le da un sorbo a su té, emitiendo ese pequeño ruido que siempre hace cuando está a punto de decir algo, pero todavía no ha decidido cómo.

—¿No quieres desahogarte, cariño? —pregunta al fin.

Levanto la mirada. Por un segundo, me gustaría llorar. Decirle que estoy hecha pedazos, que tengo miedo, que no sé qué hacer con este amor que parece deshacerse entre mis manos como si fuera polvo. Pero, en lugar de eso, esbozo una sonrisa forzada y muerdo la tostada.

—Estoy bien, mamá. Solo necesitaba tomar aire. Alejarme un poco de todo.

—Julia… alejarse está bien —responde, acariciándome la mano —. Pero solo si tienes la intención de regresar después.

—¿Y si no sé a dónde hacerlo?

Mi madre deja la taza en el platillo con un leve tintineo. Me sostiene la mirada. Me reconforta ver en sus ojos un amor que,

durante tantos años, creí perdido. Ahora, ese pasado parece pertenecer a otra vida.

—Entonces tendrás que construir un nuevo lugar al que regresar. Como hiciste cuando llegaste aquí por primera vez.

El silencio nos rodea otra vez, pero esta vez no pesa. Es un refugio. Un abrigo en el que puedo esconderme y respirar.

Me recuesto en la silla, observando cómo flotan las motas de polvo en el haz de luz que entra por la ventana. Estos días me he aferrado a lo tangible. A todo lo que puedo tocar y ordenar. Como Lila, por ejemplo.

He pasado horas limpiándola, retirando flores secas, repasando cada rincón como si al frotar la carrocería, pudiera borrar también lo que me duele. Taylor y Tony vinieron una tarde a ayudar con la primera capa de pintura. No hablamos mucho, pero su presencia fue un bálsamo. Tony me trajo un batido de mango con jengibre y me dijo: «A veces es más fácil empezar por los bordes y luego rellenar el centro». Quizá hablaba de la furgoneta, pero yo sentí que se refería a mí.

—¿Has seguido trabajando en Lila? —pregunta mi madre, como si leyese mis pensamientos.

—Sí. Bastante. Vamos despacio, quiero que quede lo mejor posible. Que no acabe hecha un desastre.

—Eso no pasará, cariño. Siempre has tenido un don para devolver la vida. Incluso a lo que parecía medio muerto —añade, con una sonrisa que mezcla ternura y admiración.

—¿Crees que estoy huyendo de lo que pasa?

—No. Solo creo que estás intentando curarte. Aunque eso implique descubrir qué es lo que realmente te duele.

Bajo la vista, algo incómoda. No sé cómo explicarle que, en realidad, todo lo hace. Que incluso lo bello me araña, porque está impregnado de incertidumbre.

—¿Y Shelby? —pregunta con cuidado, sin intención de presionarme—. ¿Has hablado con ella?

—No. Solo me ha enviado algunos mensajes diciendo que me echa de menos. —Me encojo de hombros—. Pero no sé qué contestarle. No sabría por dónde empezar.

—¿Y tú? ¿La extrañas?

—Mucho —confieso, dejando escapar un suspiro—. Pero también estoy enfadada. Y dolida. Suena contradictorio, lo sé. Quiero que venga corriendo a buscarme, pero si lo hiciera, probablemente le cerraría la puerta en la cara. No sé si quiero abrazarla… o darle la espalda —añado, en tono casi cómico.

Mi madre se ríe, un murmullo bajo que parece surgir de un recuerdo que la hace comprenderme de verdad.

—Eso es el amor, hija. Un campo minado de emociones. Pero si sientes que quieres hablarle… hazlo. A veces, la herida no la abren las palabras, sino el silencio.

Me quedo mirando las tostadas a medio comer. El aguacate empieza a oscurecerse, volviéndose de un verde mustio.

—¿Puedo quedarme unos días más?

—Claro. Esta siempre será tu casa. Aunque técnicamente ya no sea ni mía.

Reímos. Y, sin embargo, sus palabras me abrigan como una manta en mitad de una tormenta.

Me levanto, recojo los platos y los enjuago como si el agua pudiera aclararme también por dentro. Mi madre permanece sentada, hojeando una revista sin verdadero interés. Y mientras el agua desaparece por el desagüe y el sol avanza tímidamente por las baldosas de la calle, empiezo a pensar que quizás esté bien no tener todas las respuestas. Que no saber qué hacer también forma parte del viaje. Y que, mientras sigan brotando flores en Lila, todavía queda esperanza.

. . .

La brisa de la mañana se cuela por las rendijas de ventanas y puertas, trayendo consigo ese olor a tierra mojada mezclado con flores recién llegadas. Es como si el día me susurrara que hoy puedo empezar de nuevo, de una forma distinta. Aunque sea desde el mismo lugar donde, a veces, me he sentido completamente perdida.

Hace rato que hemos abierto Carla's, aunque aún hay pocos clientes. No sé por qué hoy sí y ayer no, pero me he despertado con esa determinación suave que aparece sin previo aviso. Quizá necesitaba el aroma de las dalias, el bullicio de la calle, o simplemente ver a Amber reír como si los problemas del mundo aún tuviesen remedio.

Taylor está fuera, agachado junto a Lila con una mascarilla torcida y restos de pintura en las manos, las mejillas y hasta en las cejas. Me saluda con una mano sin dejar de lijar una de las puertas laterales.

—Te ha echado de menos esta mañana —dice, refiriéndose claramente a Lila.

—Espero que no haya dado mucha guerra sin mí —respondo, dibujando una sonrisa que no esperaba encontrar en mis labios.

—Un poco. Pero tiene arreglo, como todo en esta vida —añade, encogiéndose de hombros.

Asiento, aunque sus palabras me alcanzan justo donde más vulnerable estoy. Paso la mano por el borde de la carrocería, notando las rugosidades, los arañazos, las cicatrices del tiempo. Lila siempre ha sido un proyecto. Un espejo. Un intento de convertir el abandono en belleza.

Al poco, Amber aparece en la parte de atrás con una caja repleta de lazos, retales de tela, pequeños frascos de cristal y flores secas.

—¡Ya era hora de que te desocuparas! —exclama, dejándola sobre la gran mesa de madera donde solemos montar algunos arreglos florales—. ¿Sabes lo tedioso que es discutir combinaciones de color sin ti?

—No sabía que fueras tan exigente con la gama cromática —bromeo, alzando una ceja—. Además, tenía que cerrar algunos pedidos para el viernes. No quiero que el trabajo nos atropelle.

Reímos, y esa carcajada arrastra algo del polvo emocional que se me había ido acumulando desde que dejé la casa de mi madre.

—¿Qué habéis pensado? —pregunto, mientras me arremango la chaqueta, dispuesta a sumergirme en el trabajo.

Taylor se incorpora y se quita la mascarilla con gesto teatral.

—Estábamos hablando de crear un jardín colgante en la parte trasera. Algo que llame la atención desde la calle. Plantas en suspensión, como un techo vegetal. Y por la noche, luces pequeñas. ¿Qué opinas?

—¿Como si fueran luciérnagas?

—Exacto. Como si Lila tuviera sus propias estrellas —añade Amber, entusiasmada, mientras saca unas cadenas de la caja—. Mira esto. Pensaba en colgarlas entre las ramas secas y dejar que el viento las mueva.

Visualizo la escena. Lila bajo la luz del atardecer, cubierta de flores en cascada, con destellos como promesas entre las hojas, y siento cómo algo se remueve dentro de mí.

—Me encanta. Es… como un cuento.

—Justo lo que necesitamos ahora —concluye Taylor.

Nos ponemos manos a la obra. Pintamos listones de madera, elegimos flores resistentes, trenzamos alambres para sostener pequeños jarrones. Amber encuentra un cartel viejo que una vez decoró la entrada de Carla’s y propone adaptarlo para Lila.

—¿Y si lo transformamos en una especie de bienvenida? Con alguna frase tuya. Eres buena con las palabras.

—No sé si ahora mismo soy buena en algo, la verdad.

—Tonterías —responde Amber con firmeza. Y por la intensidad de su mirada, más vale no contradecirla—. Eres buena con todo lo que tocas. Incluida esta furgoneta abollada y este par de locos que tienes por ayudantes. Si no fuera por ti, ni siquiera estaríamos aquí.

Vuelvo a reír, aunque esta vez me tiembla levemente la comisura de los labios. Quiero creerla. Quiero creer que este proyecto tiene sentido. Que yo tengo sentido, incluso fuera de esa casa que ahora me resulta tan lejana.

Taylor se acerca con un cuaderno de bocetos. Me enseña un dibujo en el que ha estado trabajando: la furgoneta cubierta de flores silvestres brotando desde la abertura lateral. Y a un lado, escrita a mano, una sola palabra: «Rebrotar».

—¿Rebrotar? —repito, fijando los ojos en ese trazo curvo, casi infantil.

—Sí. Porque volver a florecer también es atreverse a cambiar cuando hace falta. Retomar lo que parecía perdido. Darse otra oportunidad.

Me muerdo el labio inferior. Me emociono más de lo que esperaba. Pero lo entiendo. Lo entiendo tan profundamente que me duele.

—Sí. Quiero que lo pongamos —digo, señalando el dibujo—. Que sea lo primero que lean al pasar.

—Lila será a partir de ahora nuestra embajadora floral. La protagonista de un nuevo comienzo.

Amber alza una mano como si brindara, y Taylor hace una reverencia exagerada. Noto que algo en mí se afloja. Por primera vez en días, una calidez nueva me inunda por dentro.

La tarde cae, y la luz dorada acaricia los bordes de la furgoneta, ahora salpicada de color y esperanza. Me quedo sola un instante, observándola. Paso la mano por la chapa, ahora más suave, más limpia.

—Vamos a estar bien, ¿vale? —susurro.

Y aunque no hay respuesta, juro que el viento me devuelve un «sí».



22
RUIDO

SHELBY

Londres, Inglaterra. *17 de octubre de 2023.*

Las voces de la cocina se han apagado hace rato, pero el murmullo de mis pensamientos continúa resonando como una olla a presión. La sala permanece casi en penumbra, iluminada únicamente por la luz del pasillo y el reflejo de las farolas colándose por los ventanales. Estoy sola en la mesa más próxima a la barra, con las manos entrelazadas sobre el mantel de lino gris oscuro, esperando a que Elliot termine de guardar sus cuchillos.

Cuando por fin aparece, lleva la chaqueta colgando de un dedo, con ese aire desenfadado que parece ajeno al cansancio. Deja la prenda sobre una silla y se sienta frente a mí, sin esperar invitación.

Después del caos emocional de estos días, ni siquiera sé por qué no me he marchado ya a casa.

—¿Y bien? —inquiere sin rodeos—. ¿Has pensado en la propuesta?

Me muerdo el labio inferior. Hace tres días, Emilia Carter me entregó una tarjeta con el nombre de un tal Gerard. «Le gustaría abrir una sede de Azaleas en París. Quiere hablar contigo cuanto antes». Y desde entonces, mi vida ha dado un vuelco.

—He pensado en muchas cosas —respondo al fin.

Elliot se inclina hacia delante. Sus ojos relucen como los de un niño a punto de compartir su secreto mejor guardado.

—Shelby, es París. Es la oportunidad de crear una historia que jamás habríamos imaginado. No sería solo un segundo restaurante. Crearías tu propia marca.

—Y también sería un salto al vacío —musito.

—Puede que sí. Pero ya contamos con el reconocimiento de muchas personas, la crítica de Emilia, nuestra reputación. Estás en tu mejor momento.

Cruzo los brazos. Él no sabe —o no quiere ver— que no todo se reduce a trazar una línea recta hacia la cima. En ese camino hay curvas, personas y, sobre todo, vidas.

—¿Y Julia? —le pregunto—. ¿Dónde quedaría ella si al final decido hacerlo? No puedo esperar que cambie su vida por un deseo mío, algo de lo que ni siquiera estoy segura, la verdad.

Su expresión se transforma, apenas perceptible, pero sé descifrar de inmediato lo que hay tras esa mirada.

—No podemos planificar una carrera profesional en función de una relación personal y lo sabes.

«Qué equivocado está».

—No es una relación cualquiera, Elliot. Es mi vida.

—¿Y la vida que has construido aquí, con tus propias manos? ¿Esa no cuenta?

La tensión se agolpa en mi pecho. No quiero discutir, pero tampoco puedo ignorar lo que me está insinuando. Una cosa es la ambición y otra, apostarlo todo sin una red segura que nos pueda recoger.

—No me pidas que elija entre ella y Azaleas —le digo, casi con firmeza—. Porque sin ella, Azaleas no existiría. Fue en su cocina de Notting Hill donde nacieron los primeros platos, las primeras recetas. Fue idea suya añadir lavanda a nuestro postre más especial. Fue su visión la que me impulsó a no convertir esto en otro restaurante pretencioso.

—Ya, pero que yo sepa, quien pasa el día aquí eres tú. No ella.

Elliot se recuesta en la silla. Sus labios se contraen, y por primera vez detecto un atisbo de desprecio que me descoloca.

—Sinceramente, no quiero parecer brusco, Shelby, pero Julia tiene una floristería, no es chef. No comprende lo que significa realmente tener una estrella Michelin, aparecer en las guías, ser alguien relevante en el mundo gastronómico.

—¿De verdad crees que eso es todo lo que hay detrás de este lugar? —replico, sin ganas de escuchar la respuesta—. ¿Técnica, presión y ambición?

—Eso… y visión. Y la tuya, si me permites decirlo, está empezando a nublarse, algo que no viene de ahora.

Cierro los ojos un instante. Siento que algo se quiebra en mi interior. No por lo que ha dicho de Julia, sino por comprender que Elliot, con quien he trabajado codo con codo durante tanto tiempo, no ve lo mismo que yo. No entiende que lo que hace especial a Azaleas no son solo los platos, sino las personas que lo llenan. La historia que lo sostiene.

—Voy a considerar la propuesta —le aclaro finalmente—. Pero no voy a decidir ahora. Y desde luego, no lo haré a costa de lo que tengo con Julia. Si eso te incomoda, lo siento. Ya dejaste un restaurante una vez, ¿no?

Abre la boca, incrédulo ante mis palabras. Se levanta, recoge la chaqueta y permanece en silencio durante unos segundos.

—No es que me moleste —comenta, antes de marcharse—. Es solo que algunos estamos dispuestos a sacrificar más que otros para alcanzar nuestros sueños.

La puerta del restaurante se cierra tras él con un suave *clic*. Permanezco sentada en la mesa, con los dedos enredados en el mantel. La soledad de la sala me acaricia la espalda como una corriente de aire frío. Y, aun así, algo en mí se aclara. Porque si algo he aprendido en este tiempo, es que no todo lo que brilla es garantía de un futuro mejor.

A veces, lo que realmente importa no está en París. Está en casa, donde la cocina huele a tostadas con mantequilla, donde Julia me abraza por la espalda mientras pico cebolla, y donde los planes no necesitan mapas de inversión, sino tiempo y amor. Aunque Elliot no lo entienda.

—Está claro que necesito una copa —murmuro.

Salgo del restaurante y decido caminar. Estoy hecha un desastre, la ropa huele a comida, y ni siquiera llevo maquillaje. Pero me da igual, porque hoy no quiero ser esa versión valiente de Shelby que todos conocen.

La calle vibra con la energía tibia de la noche londinense. Al girar la esquina de Dean Street, mis pasos me llevan, casi por inercia, hasta el cálido neón de Ronnie's Scott's. Las letras rojas brillan sobre la acera como siempre, con su energía inconfundible. No vengo en busca de redención, ni siquiera de distracción. Solo quiero respirar otro aire, dejarme envolver por algo ajeno a la cocina, los menús y las decisiones que podrían cambiarlo todo.

Entro, y el murmullo de las conversaciones, las risas apagadas y el tintinear de las copas se funden con la melodía que flota desde el escenario. El saxofón acaricia el ambiente como un susurro. Un lamento dulce que se enrosca por las paredes del local, interpretado por esa persona que siempre ha sabido conquistarnos con su música.

Tony está en el centro del escenario, con el saxofón entre las manos, como si formase parte de su cuerpo. Cierra los ojos y deja que la música hable por él, sin artificios. Solo emoción pura, canalizada nota a nota.

Me acerco a la barra, pido una copa y me acomodo en una mesa junto a la pared, desde donde puedo observarlo todo sin formar parte de ello. Me dejo caer sobre la silla, soltando el peso de la jornada en un largo suspiro. Apoyo los codos en la mesa y cierro los ojos un instante, permitiendo que la música me empape por dentro.

No recuerdo cuándo fue la última vez que vine aquí. Quizás aquel día en que Taylor cerró otro trato importante, cuando Julia y yo aún vivíamos en un momento mágico. Benjamin y Oliver se enzarzaban en discusiones absurdas, Cameron y Stephen debatían sobre películas clásicas, y yo no podía apartar la vista de Julia, como si fuera la única luz encendida en medio del mundo.

Entonces sentía que estaba en casa, incluso en un local lleno de desconocidos.

Tony concluye la pieza con un final suave, casi nostálgico, y se despide del público con una leve inclinación. Los aplausos llenan la sala, pero yo apenas reacciono. Sigo atrapada en mis pensamientos, envuelta en esa sensación de llevar demasiado tiempo viviendo a contrarreloj.

Me ve desde el escenario y me dedica una sonrisa sorprendida, antes de bajar y cruzar la sala en dirección a mí.

—¿Shelby Monette en mi concierto? —bromea, tomando asiento sin esperar invitación—. ¿Estoy soñando?

—Tenía que salir a respirar —respondo con una sonrisa cansada.

—¿Y Julia?

—Sigue con su madre —contesto, bajando la mirada hacia la copa—. Hace días que ni siquiera conseguimos mantener una conversación normal.

Tony asiente con esa comprensión serena que siempre le ha caracterizado. No necesita más explicaciones. Los años le han enseñado que hay ausencias que no se explican con palabras.

—Hace mucho que no venimos todos juntos —murmura—. Echo de menos eso.

Yo también.

Echo de menos las cenas improvisadas, las conversaciones interminables en el salón de casa, las risas que rebotaban en las paredes como si no existiera nada más. Echo de menos mi vida antes de que se convirtiera en una sucesión de decisiones estratégicas, de horarios imposibles y promesas aplazadas.

—¿Sabes? —musito, girándome hacia él—. Me han ofrecido abrir un segundo Azaleas en París.

—Lo he oído, sí.

—Sería un sueño para cualquier chef. Pero… no sé. Hay una parte de mí que no deja de pensar en lo que podría perder si lo intento.

—¿Y qué perderías exactamente?

—A Julia, quizás. A mí misma, con toda seguridad.

Tony me observa en silencio.

—Shelby, tú no eres una chef cualquiera. No solo por tu talento. Eres diferente porque pones el alma en cada plato. Pero si para brillar necesitas quemarte por dentro, entonces quizás ese no sea tu camino. —Hace una pausa breve—. Y si alguien tiene que recordártelo, que sea quien te ha visto brillar sin quemarte.

Sus palabras me atraviesan con la precisión de una aguja. Y entonces pienso en Elliot. No puedo evitar sentir cómo una parte de mí —esa que llevaba tiempo endureciéndose— empieza a ablandarse.

—No quiero dejar de soñar a lo grande —susurro.

—Entonces sueña —dice él—. Pero no olvides por qué empezaste a hacerlo.

La música cambia. Suena una melodía más lenta, más íntima. Tony se pone en pie y me lanza una mirada cómplice.

—Voy a tocar otra canción. Esta vez, escúchala pensando en ella. Puede que así encuentres la respuesta.

Asiento y le observo alejarse. El escenario le acoge de nuevo como a un viejo amigo. Y cuando las primeras notas del saxofón inundan el aire, dejo que mi mente viaje sin rumbo ni mapas.

Pienso en Julia. En cómo sus dedos trazan líneas invisibles sobre mi espalda cuando dormimos. En cómo pronuncia «nosotras» con una naturalidad que me recuerda que, incluso si el mundo se derrumbase, ese «nosotras» seguiría siendo mi hogar.

«Incluso en la idea de ser madre contigo.»

Sus palabras se clavan en mi cabeza, y un nudo se forma en el estómago.

Tony regresa al escenario con la naturalidad de quien pertenece más al saxofón que al silencio. Mira al público, luego al suelo, y entonces murmura:

—Voy a cerrar la noche con *In a Sentimental Mood*.

No necesita añadir nada más. Las primeras notas flotan en el aire como si fueran un pañuelo de seda, lentas, cuidadas, con esa cadencia que siempre me ha hecho sentir al borde de romperme.

Me recuesto en la silla, sin tocar la copa que casi he terminado. Observo cómo la luz se balancea sobre la madera, cómo el reflejo

del saxofón tiembla en los cristales del local. Y permanezco ahí, inmóvil. Porque esta melodía —como casi todo lo importante en mi vida últimamente— duele.

Tony toca con el alma abierta. No le hacen falta palabras para recordarme que hace semanas, quizá meses, que no comparto una noche como esta con los chicos. Que me he alejado de esos momentos que antes eran mi refugio. Que cada paso que he dado hacia el éxito de Azaleas ha sido también dar un paso lejos de mí.

Concluye la pieza y el público rompe en unos aplausos suaves, como si temieran romper el hechizo. Me levanto antes de que se enciendan todas las luces. Camino hacia Tony y le aprieto el hombro con afecto.

—Gracias por tocarla para mí.

Él no pregunta nada. Se limita a asentir, con los ojos llenos de comprensión. A veces, los amigos saben que no hay que decir nada.

Cuando salgo del local, Londres se me antoja más gris de lo habitual. El aire parece más denso, como si las nubes hubiesen descendido para acompañarme en esta melancolía que no me suelta. El bolso cuelga del hombro con un peso excesivo. No por su contenido, sino por lo que llevo dentro de mí.

Camino por calles que conozco de memoria, pero que esta noche me resultan extrañas. Más lejanas. Más vacías. No quiero volver a casa. Pero tampoco quiero estar en ningún otro lugar. La idea de entrar en un piso silencioso, de dejar las llaves sobre la mesa y contemplar el sofá donde solíamos terminar nuestros días juntas... me revuelve el estómago. Me asusta encontrar el hueco de Julia aún tibio en la almohada. Me aterra percibir su ausencia en los

pequeños detalles, en las tazas de té que ya no compartimos, en las preguntas que dejamos de hacernos sin darnos cuenta.

Y, aun así, abro la puerta.

Todo está oscuro, salvo la tenue luz de la cocina, esa que dejo encendida por pura costumbre. Me quito los zapatos con gestos lentos, casi mecánicos. Apoyo la espalda contra la puerta cerrada y cierro los ojos unos segundos, buscando fuerza en el silencio.

Camino hasta el salón. Sobre la mesa todavía quedan papeles dispersos: propuestas para el menú de otoño, bocetos de decoración, una nota escrita por Julia doblada con cuidado junto a un lápiz. Me dejo caer en el sofá y me cubro el rostro con las manos.

¿Por qué tengo la sensación de que todo lo que construyo con tanto empeño se me escapa entre los dedos?

Quise alcanzar el éxito, y lo he logrado. Pero el precio ha sido demasiado alto. Tan alto, que empiezo a dudar si realmente ha merecido la pena. Las manecillas siguen su curso con indiferencia, ajenas a mi angustia. El tiempo no se acelera ni se detiene para nadie. Pero para mí, se está agotando. Me repito que mañana será diferente. Que aún estoy a tiempo de enmendar lo que queda. Que Julia no se ha marchado del todo.

Que puedo recuperar lo que fuimos… si es que aún queda algo que salvar.



23
CÓMO ARRANCARSE ESTE DOLOR

JULIA

Londres, Inglaterra. *20 de octubre de 2023.*

Los días vuelven a estirarse como hilos finísimos, apenas capaces de sostener el peso de lo que siento. Octubre continúa dejando sus huellas anaranjadas en las aceras y los escaparates, y, aunque el ambiente en Carla's ha mejorado con la nueva decoración, hay una parte de mí que todavía no termina de estar a gusto del todo. Metida en una caja preciosa, pero que está vacía por dentro.

Esta mañana, Amber y yo hemos trabajado casi en silencio. Las cajas con los adornos de Halloween ocupan la mitad del espacio del almacén, y, entre ramas secas, calabazas diminutas y guirnaldas de hojas, tratamos de decidir cuál es la mejor forma de transformar lo que queda de la decoración del escaparate y el interior de la floristería en algo que inspire sonrisas y no solo deseos de comprar flores.

—¿Y si dejamos encendidas las luces durante todo el día? —sugiere, apoyándose en el mostrador mientras sujeta un ovillo de luces doradas—. Aunque con el sol no se vean tanto, la luz da esperanza, ¿no crees?

Afirmo con la cabeza. De hecho, cuando hicimos la primera prueba, el resultado fue precioso, y desde que empezamos con esta idea otoñal, Amber ha sabido traducir cada emoción en una flor, un detalle sencillo que embellece lo cotidiano. Y ahora mismo, eso es justo lo que necesito: encontrar belleza en medio del caos. Es asombroso pensar en cómo pasamos de ser dos completas desconocidas frente a las flores a entendernos a la perfección a través de ellas.

—Vamos a hacer que parezca una bonita historia de otoño —murmuro mientras coloco una figura de madera junto a un ramo de hortensias secas—. Que quien pase por aquí sienta que está entrando en un cuento.

—De esos que terminan bien, supongo. Porque la idea de añadir un toque Tim Burton sigue sin convencerte, ¿no? —pregunta con una sonrisa pícara.

—Algún día te cumpliré ese deseo —le prometo, y ella da un pequeño salto de alegría—. Al menos, que el escaparate parezca una de esas historias donde no te importaría quedarte.

—Tú lo dices con segundas intenciones —añade Amber con una mirada cómplice.

Me conoce demasiado bien como para no saber qué significan mis palabras.

Aunque la nota que dejé en casa para Shelby no era una despedida, aún no soy capaz de pensar en regresar. Esta mañana he desayunado en silencio, con el corazón roto y una taza de café que no me sabía a nada, por mucho que mi madre se haya esforzado en prepararla con cariño. Desde entonces, me refugio en Carla's y en Lila como quien se aferra a una cuerda delgada para no caer al vacío.

—¿Has pensado en volver ya? —pregunta sin alzar la voz, mientras coloca con cuidado un jarrón de cristal entre dos lámparas.

—No. Todavía no.

Ella deja lo que está haciendo y se acerca con ese andar suyo tan elegante, y natural, llamando la atención sin quererlo, y después, cruza de brazos sin apartar la mirada.

—Imagina qué habrías hecho si no te hubieras quedado en Londres. Si no hubieras sido impulsiva. Si no hubieras dicho que sí a algo sin saber cómo iba a salir. ¿Dónde estarías ahora?

—En San Francisco, probablemente. Con mi título de abogada colgado de la misma pared, en la misma oficina, respondiendo correos y fingiendo que todo va bien.

—Y sin Shelby.

—Lo sé —respondo en voz baja—. Y eso es lo que más rabia me da. Que todo lo que tengo… lo elegí por amor. Y ahora parece que ese amor se ha convertido en una pregunta sin respuesta.

—Tal vez el problema no sea el amor. Tal vez sea el miedo.

—¿Miedo a qué?

—A tener que renunciar a algo para que otra persona pueda brillar.

Guardo silencio, porque está claro que tiene razón. Porque una parte de mí, aunque pequeña, sigue preguntándose si Shelby no estaría mejor sin mí. Si París, o lo que tenga que venir después, requiere que yo me haga a un lado para dejarle espacio a sus sueños.

—¿Y tú? —murmuro, sin atreverme a mirarla directamente, avergonzada—. ¿Te has sentido así con Taylor?

Amber sonríe, aunque en su expresión asoma una leve tristeza que reconozco al instante.

—Más de una vez —me confiesa—. Como tú, también dejé atrás el mundo que conocía. Y él tiene tanto éxito como arquitecto que, en ocasiones, me asalta una pequeña punzada de envidia. Me pregunto si no habré renunciado a una parte de mí. —Se encoge de hombros—. Pero luego entro en Carla's, trabajo contigo, recuerdo que estoy donde quiero estar, viviendo una vida maravillosa con él... y ya no necesito pensar en nada más.

—El problema es que no sé si lo que quiero en la vida se ha vuelto incompatible con lo que Shelby desea.

—Quizá solo necesites buscar lo que queréis, siendo vosotras mismas.

Echo un vistazo a mi alrededor. Las flores, los colores que nos envuelven como hojas de un bosque encantado provocan un leve cosquilleo en mi estómago. Carla's es ese lugar donde todo parece tener sentido, incluso cuando yo siento que nada lo tiene. Y quizás,

solo quizás, es el refugio que necesito para recomponerme antes de regresar a casa.

Amber vuelve a centrarse en las ramas secas. Yo acaricio una flor que aún no hemos colocado y pienso en Shelby: en sus manos manchadas de harina, en su pelo recogido con prisas, en su forma de decir mi nombre como si cada sílaba pronunciada fuera una promesa.

Y mientras el reloj marca el mediodía y la campanilla de la puerta anuncia la llegada del primer cliente, respiro hondo y me repito que estoy bien, que todavía sigo entera, incluso cuando me siento rota. Porque hay cosas que solo florecen cuando todo lo demás parece haberse marchitado.

Como la sonrisa de Avery cuando entra como un torbellino dispuesto a arrastrar consigo toda la tristeza.

—¡¿Puedo ayudarte con Lila, *tii* Jules?! —exclama, acalorado.

Tiene las mejillas sonrosadas y el flequillo pegado a la frente. Esta vez, quien le sigue es Oliver, con su inconfundible cojera y esos ojos azules capaces de calmar cualquier alma tocada por la soledad.

—Pero bueno, qué sorpresa.

—Benjamin le comentó anoche que quizá hoy podríamos pasar por aquí para echar una mano con la furgo, ¿verdad, señorito? —aclara su padre.

Avery asiente con entusiasmo, aún sin quitarse la mochila, que le cuelga del hombro como si fuera el testigo de una aventura inacabada. Y, como no podía ser de otro modo, abrazo al pequeño con fuerza, intentando recuperar un poco de esa alegría que parece escaparse a ratos. Luego, se queda en medio de Carla's,

contemplando cada rincón con una emoción tan contagiosa que hace que hasta las flores parezcan más vivas.

—¡He traído mis lápices! —anuncia con aire conspirativo—. Por si acaso Lila necesita más color.

Sonrío, me resulta tan enternecedor que piense que puede pintar a Lila con ellos, que estoy a punto de romper a llorar. Es imposible no emocionarse con él cerca. Tiene esa forma de mirar el mundo como si todo fuera nuevo, incluso cuando ha estado aquí mil veces. Se quita la mochila con cuidado, saca una caja de lápices de colores y la deposita sobre el mostrador como si estuviera presentando un tesoro antiguo.

—Creo que podrías hacer un dibujo de ella, para colgarlo en el espejo retrovisor. ¿Con qué color crees que se sentirá más feliz? —le pregunto, agachándome un poco para situarme a su altura.

—Mmm... —Frunce el ceño, dirigiendo la mirada hacia el almacén, como si pudiera atravesar las paredes y ver exactamente dónde está aparcada—. Le falta alegría por no haber podido ir contigo a entregar las flores. Hoy he visto a una señora triste en el autobús. Llevaba un abrigo gris y los ojos como si se le hubiesen olvidado los sueños. Así que... creo que necesita mejorar su amarillo. ¡Y un poquito de verde! Pero solo un poco, que si no, se pondrá nerviosa. ¿Puedo prepararle algún arreglo floral antes?

No puedo evitar reírme. Amber, que sigue ordenando unas velas detrás del mostrador, se gira y le guiña un ojo.

—¿Ves? Ya sabía yo que este niño tiene un don para el arte —comenta, antes de volver a lo suyo con una sonrisa divertida.

—Tiene algo más que eso —añado, observando cómo ya ha empezado a trabajar, eligiendo flores artificiales con la seriedad de quien elabora una poción secreta.

Oliver se acerca despacio, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, y se detiene a mi lado en silencio durante unos segundos. Siempre he valorado eso en él: su capacidad de estar sin ocupar espacio, sin invadir, solo compartiendo el momento.

—¿Estás bien? —me pregunta en un susurro apenas audible.

Me encojo de hombros, sin apartar la mirada de Avery. Está concentrado, con la lengua asomando entre los labios, mientras coloca una ramita de eucalipto junto a unas margaritas teñidas. Tiene esa manera de hacer que todo parezca sencillo. Como si arreglar lo roto dependiera únicamente de la voluntad, del afecto y de dar con el color adecuado.

—Lo intento, al menos —respondo, y Oliver asiente con esa comprensión que también forma parte de su sonrisa—. No es fácil. Pero este sitio... ayuda. Y ellos, también.

—Tienes a medio Londres pendiente de ti, Julia. Aunque no lo veas.

—Eso mismo dice Amber —contesto, y entonces lo miro—. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

—Con café y paciencia. Y con Benjamin, que últimamente no para de hacer listas para todo. Ya sabes que no soporta dejar nada a medias. De paso, consigue que yo también me mantenga centrado en la asociación y lo demás.

—Desde luego, sois un ejemplo de todo lo que está bien en la vida.

Nos quedamos callados durante unos segundos. Luego, él se une a Amber en una conversación animada, que ella acompaña con una taza humeante y una de esas sonrisas que parecen iluminar la estancia. Me encanta verlos así, tan cercanos, tan naturales, y me reconforta que hayan forjado esa amistad.

Yo me acerco a Avery, que acaba de colocar una flor fucsia justo en el centro del ramo, aportándole ese toque inesperado que, sin embargo, encaja con total armonía.

—¿Qué te parece, *tii*? —me pregunta, con los ojos brillantes de emoción.

—Me parece que acabas de curar el día de muchas personas —le contesto, y él se ríe como si le hubiese contado el mejor chiste del mundo.

—Es que los colores son como los caramelos. Si te los guardas, se pegan y se estropean. Por eso hay que regalarlos —explica con la naturalidad de quien parece haber vivido muchas vidas antes de esta.

Lo abrazo por impulso, fuerte, como si ese gesto pudiera detener el tiempo. Y él me devuelve el abrazo con esos brazos pequeños que, sin embargo, se vuelven enormes cuando se trata de dar amor.

—¿Sabes qué creo? —digo después, mientras imagino a Lila, dentro de unos días, más viva que nunca—. Que tú vas a cambiar muchas cosas en el mundo.

—¿Como las flores?

—Como las flores. Pero aún más.

Asiente, satisfecho, y vuelve a su caja de lápices, decidido ahora a dibujar una flor que regalarle a la furgoneta. Me siento a su lado, y durante un instante, el mundo se reduce a esa mesa, esos colores y esa paz que se cuela, suave, entre las grietas de lo que creía irremediablemente roto.

Amber pone algo de música suave, y Carla's se transforma en un refugio silencioso donde todo puede ser reparado si se le dedica suficiente ternura. Oliver y ella conversan en voz baja, y yo me dejo llevar por el murmullo del día, por la energía de este niño que ha llegado como una chispa dispuesta a encender las esquinas apagadas de mi alma. Y, aunque aún hay preguntas sin respuesta, aunque Shelby sigue siendo un nudo apretado en el centro de mi pecho, sé que hay caminos que se recorren despacio, con los pies descalzos y las manos llenas de flores.

Porque hay días en los que basta un poco de amarillo para espantar el gris, aunque últimamente, la vida insista en llevarme la contraria.

. . .

Unas cuantas horas después.

Desde luego, lo último que imagino para terminar la jornada es encontrarme a Emilia Carter esperándome frente a Carla's, con ese aire de superioridad que nunca he soportado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, con frialdad, mientras me abrocho los botones del abrigo.

—Quería hablar contigo de algo.

—Pensaba que ya habías tenido bastante con tu crítica y con haberle metido pájaros en la cabeza a Shelby. —Sé que me he pasado de la raya, pero no puedo evitar verla como responsable.

—Vaya, te hacía una mujer adulta —responde Emilia, en tono neutro y cortante.

La puerta de Carla's se cierra a mi espalda con un leve tintineo, como si el lugar intentara protegerme de lo que está por venir. Echo la llave y bajo la reja, antes de cruzarme de brazos. El aire se ha vuelto más frío, y la luz dorada del atardecer apenas consigue mitigar la tensión que se instala entre nosotras.

—Y yo a ti te imaginaba con un poco más de decencia profesional —respondo, clavando la mirada en sus ojos—. Si vienes a darme alguna lección, llegas tarde. Tu crítica ya ha hecho suficiente ruido.

«No debería haberle pedido a Amber que acompañara a Oliver y Avery a casa.»

Ni tampoco debería haber cerrado antes de hora.

Emilia suspira, pero no se mueve. Mantiene esa postura erguida, elegante, que parece anunciar que siempre está por encima de todo. Sin embargo, la observo con detenimiento, como si pudiera ir despojándola de sus capas de seguridad. Y creo ver, bajo todas ellas, a una mujer que también duda. Aunque no le guste reconocerlo.

—No he venido a discutir contigo, Julia —aclara, aunque sus palabras siguientes contradicen lo dicho—. He venido a preguntarte por qué te empeñas en cortarle las alas a Shelby.

—¿Cortarle las alas? —repito, sintiendo cómo el calor me sube por el cuello, a pesar del frío—. ¿Eso es lo que crees que hago?

—No es lo que creo. Es lo que veo. Shelby tiene una voz única, una forma de cocinar que emociona a cada comensal que cruza la puerta de Azaleas. Podría estar dejando huella en París, en Milán, en Tokio si quisiera, con sus ideas. Pero en lugar de volar, sigue dudando sobre lo que debe hacer. Y tú... bueno, tú no pareces animarla precisamente a dar ese paso.

Suelto una risa seca, hueca. No hay humor en ella. Es apenas un intento de no perder los estribos y gritarle todo lo que pienso.

—No tienes ni la más remota idea de lo que dices. Shelby no duda por mí. Duda porque tiene miedo. Porque cada vez que alguien le promete el cielo, lo primero en lo que piensa es en lo que tendrá que dejar atrás para alcanzarlo.

—¿Y tú no formas parte de eso que tendría que dejar atrás?

Su pregunta me golpea como una bofetada. No me la esperaba, tan directa, tan descarnada. Siento los dedos entumecidos por el frío... y por la rabia. Quiero decirle que no tiene ni idea, que yo soy su hogar, su refugio, el suelo firme al que siempre puede volver. Pero ya no sé si eso continúa siendo verdad. Y esa incertidumbre duele más que cualquier acusación.

—¿Qué derecho crees tener para meterte en algo que no te incumbe? —pregunto en voz baja, porque sé que si hablo más alto se me romperá algo por dentro—. Eres una crítica gastronómica. Una mujer que escribe sobre comida, no sobre personas.

—¿Has leído mi crítica, de verdad? —responde, con ironía—. Porque está claro que no entiendes nada, Julia. Pero ya que lo

mencionas, sé reconocer el talento descomunal cuando lo tengo delante. Y también sé ver cuándo alguien lo está apagando, ya sea por miedo o por un amor mal entendido. Shelby no necesita una cuerda que la sujete; necesita una red que la sostenga si cae.

—¿Y tú qué sabes de redes? ¿De caídas? ¡¿De nosotras?! —replico con aspereza, dando un paso al frente mientras la señalo con el dedo—. ¿Has tenido que dejarlo todo atrás? ¿Reconstruirte en un país distinto, aprender a ser otra sin dejar de ser tú?

—Sí —contesta, sin vacilar—. He amado. Y he perdido. Por eso sé que el amor, el de verdad, no encadena a nadie. Ni detiene tus pasos. Solo te empuja hacia delante.

Creo que es la primera vez que veo vulnerabilidad en sus ojos. El silencio cae entre nosotras mientras las farolas comienzan a encenderse y la ciudad se sumerge en esa hora azul donde todo parece quedar suspendido y a medias. Siento el peso del día sobre los hombros, el agotamiento en cada músculo, y el temblor de algo que no sé si es rabia o tristeza.

—Shelby no está atrapada conmigo —susurro—. Se queda porque quiere. Y si algún día decide marcharse, no seré yo quien se lo impida.

—Pero tampoco serás tú quien la anime a irse —responde Emilia. Esta vez, su voz no suena a juicio, sino a verdad—. A veces, el miedo a perder a alguien nos lleva a preferir el silencio antes que la honestidad.

Aprieto los labios. No quiero darle la razón. Pero sus palabras se clavan como astillas, directo al lugar más frágil de mi interior. Y, quizás, lo que más me duele, es que yo también lo he pensado. Que

me he preguntado si mi amor por Shelby es demasiado frágil para sostener sus ambiciones, o demasiado intenso para permitirle volar.

—¿Y si no soy suficiente? —pregunto casi en un murmullo—. ¿Y si no tengo nada que ofrecerle?

—Entonces será ella quien deba decidir —responde Emilia con firmeza, y da un paso atrás, como si diera por concluida la conversación—. Pero si de verdad la amas, no busques razones para que te elija. Dale motivos para seguir siendo quien es.

Se da la vuelta sin añadir nada más, y se aleja con paso decidido dejando tras de sí un rastro de perfume discreto y una frase que me martillea el pecho. Yo me quedo quieta, bajo la luz temblorosa de una farola, con las manos heladas y el corazón hecho un ovillo. Miro hacia Carla's. Las luces del escaparate iluminan tenuemente los cristales, y desde fuera, todo parece cálido, en calma. Me detengo un instante y respiro hondo como si con el aire pudiera desatar el nudo que me oprime el pecho.

No sé si Emilia tiene razón. No sé si Shelby necesita otros cielos, otras cocinas, otras mesas y sabores para sentirse completa. Lo único que sé es que el amor no debería doler así. O tal vez sí. Tal vez amar signifique también esto: aceptar que la persona a la que amas puede necesitar un lugar donde tú no estés.

Y aun así, desear que regrese una vez más.

Con las manos en los bolsillos, emprendo el camino hacia casa de mi madre. La noche cae poco a poco como un telón que se cierra. Todo a mi alrededor sigue floreciendo. Aunque sea en silencio. Aunque mis raíces vuelvan a temblar.



24
VOLAR CONTIGO

JULIA

Una hora después…

La calle sigue tal y como siempre la he recordado. Supongo que es una mezcla perfecta entre la librería de la esquina y esa cafetería francesa que sobrevive a base de cruasanes que nunca me saben igual, como si cada vez que los pruebo descubriera por primera vez los ingredientes con los que están hechos. Estoy parada justo delante del escaparate de The Notting Hill Bookshop, con las manos enterradas en los bolsillos del abrigo y los dedos helados, como si hubieran olvidado lo que es formar parte de algo cálido.

El cristal refleja mi rostro con una transparencia turbia. Entre los libros apilados reconozco un ejemplar antiguo de *Persuasión*, con la cubierta desgastada y los bordes doblados. Es el mismo que Shelby hojeó aquella vez que nos encontramos aquí por casualidad, aunque a estas alturas sé que nada fue tan fortuito. Ella siempre

tuvo ese extraño talento para aparecer justo cuando yo comenzaba a perder el rumbo.

«Quiero pasar por el mercado, así que... ¿te gustaría venir conmigo?»

«Hace un rato dijiste que no tenías nada que hacer.»

Creo que la sonrisa que esbozó justo después bastó para demostrarme que podía seguir adelante. Por aquel entonces, había llorado más en dos días que en todo un año, y no tenía ni idea de si hacerme cargo de Carla's había sido una decisión acertada. Hasta que vi una verdad natural en los ojos.

«¿Y si nos perdemos juntas un rato más por ahí?», me propuso después de recorrer el mercado.

Y yo asentí. Porque a su lado, incluso perderse me pareció el plan más brillante del mundo.

El recuerdo me atraviesa sin previo aviso, clavándose en el pecho como una punzada silenciosa. Es ese tipo de tristeza que se esconde detrás de los momentos felices, como una sombra que no se despega ni siquiera cuando brilla el sol. Miro a través del escaparate, como si entre las páginas pudiera encontrar una versión más sencilla de nosotras, una que no le temiera al éxito ni al amor. Una donde todavía bailábamos en el salón sin preguntarnos si el suelo soportaría el peso de nuestras decisiones.

Me muerdo el labio inferior. Estar aquí me arrastra de golpe a aquella tarde en la que Shelby improvisó una merienda con tostadas de aguacate y fresas, solo porque le dije que ese color, en particular, me transmitía paz. La cocina quedó hecha un desastre. Pero el gesto... fue perfecto.

«Me encanta que hagas estas cosas porque quieres convertir esto en un recuerdo.»

Ella me miró con las manos manchadas y sonrió.

«¿Qué sentido tiene vivir, si no es para que alguien recuerde cosas así?»

La campanilla de la librería suena cuando alguien sale y yo doy un paso atrás por inercia. Me aparto del umbral, aunque ni siquiera haya cruzado palabra con nadie, y después, me quedo ahí, sintiendo cómo el aire se vuelve más denso, casi imposible de atravesar. Podría entrar, y comprar uno de esos libros que sé que le gustarían, dejarle una nota entre las páginas, hacer uno de esos gestos que tanto le gustaban a Shelby. Pero no me veo capaz.

Solo quería volver al lugar donde supe, por primera vez, que la vida que empezaba a construir tenía sentido si ella estaba dentro. Aquí fue donde comprendimos que no necesitábamos grandes planes para saber que estábamos hechas la una para la otra, aunque yo, en ese momento, aún no fuera del todo consciente. Dios, la de vueltas que di durante los meses siguientes... Pero para ella, bastaban los pequeños gestos. Un café compartido. Un «te he visto pasar y no podía no saludarte». Con eso consiguió enamorarme. Hacerme sentir la mujer más amada del mundo, incluso cuando yo misma era un puñado de escombros.

Saco el móvil del bolso y lo enciendo, aunque sé de antemano que no hay mensajes suyos. Lo desbloqueo, lo observo unos segundos… y lo guardo de nuevo. No quiero ser esa versión de mí que espera sin moverse. Pero tampoco quiero convertirme en quien

presiona cuando ni siquiera ha aclarado si lo que siente es miedo... o algo más.

Cruzo los brazos y comienzo a caminar hacia el final de la calle, con el paso lento de quien no desea llegar a ningún sitio. Me siento en uno de los bancos donde tantas veces compartimos café. El abrigo ya no basta para frenar el frío que se cuela por los espacios que me rodean.

Hay algo en el dolor que enseña también a quedarse. A permanecer. A resistir sin necesidad de una solución inmediata.

Un coche pasa con la radio a todo volumen. Reconozco la canción. *Still Falling for You* suena, y recuerdo que Shelby la puso la primera noche que cocinó para mí en Mayfair, antes de que los cimientos de Azaleas comenzaran a levantarse. Antes de todas las listas, de las promesas rotas y los sueños aplazados.

Me dijo que esa canción le recordaba a mí. A mi forma de mirarla. Como si el mundo fuera nuevo cada vez que me levantaba de la cama. Yo solo me reí. Pero jamás he olvidado esas palabras, ni cómo llevaba la felicidad dibujada en los ojos.

Y aquí estoy, años después, escuchándola de nuevo —por casualidad o quizás no tanto—, con el corazón suspendido y las manos vacías.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos sobre las rodillas y dejo que el aire de octubre me golpee el rostro. Me pregunto si debería volver a casa, a la de mi madre. A Carla's. A cualquier sitio donde las paredes no estén cubiertas de recuerdos, pero la brisa se arremolina a mi alrededor y arrastra un perfume que reconozco al instante.

—No sé por qué, pensé que estarías aquí…

Giro la cabeza y me encuentro con Shelby, iluminada por la luz temblorosa de las farolas recién encendidas. Sus labios titubean y sus ojos, esos ojos que me conocen mejor que los míos, buscan en mi rostro un lugar donde anclar la tormenta que trae consigo.

—Shelby —susurro, aunque su nombre ya se me había escapado del pecho en forma de latido.

No se acerca de inmediato. Permanece quieta, de pie, como si no supiera si tiene permiso para acortar esta distancia. Su melena negra, suelta y revuelta, le cae sobre los hombros como si hubiera venido corriendo. Y algo en su aspecto me confirma que ha sido así.

—Te he estado buscando —dice, con un hilo de voz—. Llevo días haciéndolo, en realidad, aunque sabía exactamente dónde encontrarte. Pero esta noche… solo sentí que estarías aquí.

No sé qué decir. Ni siquiera consigo moverme. Una parte de mí desea fundirse con ella, olvidar las discusiones, ofertas de trabajo, la distancia y el silencio. Pero otra... otra parte clama por protegerse. Sin darme cuenta, cruzo los brazos, aunque aún no haya pronunciado palabra alguna.

—No sabía si querías verme —murmuro.

—Y yo no estaba segura de merecerlo —contesta, dando un paso hacia mí—. Pero necesitaba decírtelo. Mirarte a los ojos, y que lo supieras.

Entonces, por fin, se sienta a mi lado y deja el bolso con delicadeza, como si ahora lo único importante fuera esta conversación suspendida entre ambas. Shelby respira hondo, baja la

mirada un instante y luego la eleva de nuevo, clavando sus ojos en los míos con determinación.

—He pensado mucho en París. En la estrella Michelin. En todo lo que implica —comienza, con la voz quebrada pero firme—. Y ¿sabes qué? Nada de eso me ilusiona si tú no estás. Si no estás al otro lado de la mesa, probando mis platos. Si no vas a decirme que me he pasado con el romero o que he vuelto a olvidarme el azúcar en el café.

Me muerdo el labio. Me cuesta respirar, como si ahora el frío naciera dentro de mí.

—Shelby…

—Déjame terminar —me interrumpe, con una urgencia que también me golpea el pecho—. Porque si no lo digo ahora, sé que seguiré guardando dentro cosas que no deberían quedarse ahí.

Asiento y trago saliva, intentando contener las lágrimas que ya amenazan con desbordarse.

—Cuando Emilia me habló del empresario gastronómico, de la expansión, sentí vértigo. Pero también culpa. Porque pensé en ti antes que en mí. Pensé en lo que eso significaría para nosotras. Y después... me sentí egoísta por no querer renunciar a todo. Pero, Julia, lo he comprendido: no se trata de elegir entre tú y mis sueños. Se trata de entender que eres parte de ellos. Eres el mapa entero, no una simple parada en el camino.

Y ahora sí, mis ojos se llenan de lágrimas que no alcanzo a detener. No por lo que dice, sino por cómo lo dice. Con esa mezcla de miedo y valentía que siempre he visto como su mayor fortaleza.

—No quiero ningún París si no puedo celebrarlo contigo —añade, y esta vez me toma la mano—. No quiero una estrella si no eres tú quien me espera en casa, con flores, o con esa sonrisa tuya que lo cambia todo. Porque sin ti, Julia, se me vacía el pecho. Me falta el aire. Pierdo el sentido de las cosas.

Aprieto su mano con fuerza. Como si su piel fuera la única certeza a la que todavía puedo aferrarme.

—¿Y si no puedo seguir tu ritmo? —pregunto, con la voz temblorosa—. ¿Y si no estoy a la altura de ese mundo que no se detiene nunca? ¿Y si soy quien te corta las alas, como insinuó Emilia?

No parece sorprendida por la pregunta. Como si ya esperara esa confesión. Niega despacio, y luego me acaricia los nudillos con el pulgar, en un gesto que recuerda al de calmar a una criatura herida.

—Tú eres la única constante en un mundo que no para —dice con serenidad—. Te has convertido en mis raíces. En el centro de todo. En la voz que me recuerda por qué empecé a soñar. No quiero brillar si tengo que estar sola entre los fogones. No quiero construir nada si tú no estás para habitarlo conmigo.

Las lágrimas corren ahora con libertad, como si hubieran estado esperando este momento. Y con ellas, algo dentro de mí se desbloquea, como un río que por fin regresa a su cauce.

—Yo también te he echado de menos —confieso—. Pero tenía miedo. De ser un lastre. De no saber cómo impulsarte. De no estar a la altura de lo que tú mereces.

—Tú eres lo que merezco —responde sin pestañear—. Eres todo lo que merezco.

Y entonces, por fin, me abrazo a ella con toda la fuerza que me queda. Con la rabia de los días perdidos. Con amor. Como si ese gesto pudiera recomponer lo que se rompió entre nosotras. Como si el mundo pudiera reordenarse a partir de ese abrazo.

Shelby me envuelve con sus brazos y nos quedamos así, fundidas en el calor del reencuentro, mientras la noche avanza despacio y las farolas tiñen el asfalto con una melancolía hermosa.

—Quiero darte algo… —murmura, y sus manos, ligeramente temblorosas, buscan en el interior del bolso.

El sonido de la cremallera contra sus dedos se mezcla con mi respiración. Al principio no me mira. Está concentrada, como si el peso de lo que guarda fuese tan grande que necesitara reunir valor antes de entregármelo. Pero, al cabo de unos segundos, saca una cajita pequeña, de terciopelo gris, apenas del tamaño de un suspiro contenido.

Mi corazón empieza a latir como si corriera cuesta arriba sin moverme del sitio.

Entonces me sostiene la mirada. Se levanta despacio y, ante mis ojos asombrados, se arrodilla sobre el suelo frío y húmedo de Notting Hill.

El murmullo lejano de la ciudad se disuelve, y de pronto, el resto del mundo desaparece.

—La primera vez que te vi —empieza con voz suave—, con esos labios rojos y aquel traje gris, sentí que todo a mi alrededor se desvanecía. Y después, cuando estabas junto a la barra del Ronnie’s, con la mirada perdida entre las luces y la música, comprendí que no

podía dejar de observarte. Sentí algo nuevo, como si alguien me hubiese cambiado el ritmo del corazón sin previo aviso.

Sonrío con los labios temblorosos. Recuerdo perfectamente aquella noche. La música, los nervios, la sensación de estar en un lugar desconocido y, sin embargo, familiar. Por mucho que fingiera atención hacia otras cosas, mis ojos solo la buscaban a ella.

—Después te ofrecí algo de beber —continúa—. Creo que te dije que Carla estaba fuera, tomando el aire, y tú respondiste con esa sonrisa mágica… Esa que aún no sé cómo sobreviví sin besar. Supongo que el cariño hacia ella me frenó.

Ambas reímos, y yo niego con la cabeza, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Solo con mirarte supe que eras diferente. Que había algo en ti que me iba a doler... pero también que me iba a salvar.

La caja tiembla en su mano. Yo alzo la mía hasta su cuello y acaricio su piel, suave y tibia, como si en ese contacto se revelara todo lo que somos. Todo lo que siempre he deseado tener.

—Sé que hemos tropezado, que hemos dudado, que el miedo nos ha vencido muchas veces... sobre todo a mí. Pero también sé que, cada vez que estuve a punto de rendirme, fue tu voz la que me sostuvo. Tu risa, tu forma de decir «no hace falta correr». Y esta noche, si tú me dejas, quiero quedarme quieta contigo el resto de mi vida.

Abre la cajita. Dentro, veo un anillo sencillo, con una piedra pequeña, opaca, que parece guardar luz en vez de reflejarla. Combina con aquel primer anillo que me regaló hace años.

—Julia Rawley… ¿todavía quieres casarte conmigo?

Y justo entonces, Londres llora. Una lluvia fina comienza a caer, envolviéndonos como una bendición. Las gotas resbalan por todas partes, humedecen los adoquines y hacen que el aire huela a tierra y a recuerdos. Me incorporo y me arrodillo frente a ella antes de besarla.

—Claro que sí —le susurro entre besos, entre lágrimas, entre la risa que se me escapa sin control—. Claro que sigo queriendo casarme contigo.

Ella cierra los ojos durante un segundo, como si necesitara confirmar que esto es real. Luego se pone en pie con torpeza, porque el suelo está empapado, y yo no puedo evitar reír mientras le limpio las gotas del rostro con la manga del abrigo.

—Estás calada hasta los huesos —digo, aunque yo también lo estoy.

—Me da igual. Te lo juro. Me importa un comino.

Nos abrazamos en medio de la lluvia, en esta calle que ha sido testigo de nuestras primeras veces, de nuestras huidas y nuestros regresos. El anillo, fino y sencillo, ya adorna mi dedo, y siento cómo cierra una herida que ni siquiera sabía que seguía abierta.

Shelby me abraza tan fuerte que podría cortarme la respiración.

—¿Sabes qué he pensado esta tarde? —comento, con la voz rota—. Que tal vez amar también es aceptar que quien amas puede necesitar un lugar en el que tú no estés. Y, aunque me doliera, estaba dispuesta a dejarte volar.

Ella se separa lo justo para poder mirarme.

—Y eso es lo que quiero hacer, volar. Pero siempre que sea contigo —responde con firmeza—. Porque, por muy lejos que llegue, si no es a tu lado, no me interesa el destino.

La lluvia arrecia. Es como si Londres entero nos abrazara. Como si la ciudad también quisiera ser parte de esta promesa.

Shelby se ríe, y yo la acompaño. Corremos a refugiarnos bajo el toldo de la librería, aunque ya no sirve de mucho. Estamos empapadas, sí. Pero también más vivas que nunca.

—Esto va a sonar cursi, pero… —comenta, mientras me acaricia la mejilla con los dedos helados—. Siento que acabamos de escribir nuestra mejor receta juntas.

—¿Y cuál es el ingrediente secreto?

—Nosotras.

Y así, mientras la ciudad se limpia por fuera, nosotras nos redescubrimos por dentro. Porque no hay mapas que nos guíen. Ni respuestas garantizadas. Solo amor. Este amor nuestro, imperfecto, luminoso, y capaz de recomponerse cada vez que se rompe.



25
LA VIDA QUE SOÑÉ

SHELBY

Londres, Inglaterra. *21 de octubre de 2023.*

El silencio de la mañana me envuelve como una caricia. Es ese tipo de silencio templado, con aroma a sábado y a una promesa cumplida que te llena el corazón. Julia duerme a mi lado, con una pierna cruzada sobre las sábanas y el rostro vuelto ligeramente hacia mí, como si incluso dormida buscara seguir cerca de mi cuerpo. Su respiración es suave, profunda, y cada vez que exhala, algo dentro de mí se derrite un poco más.

No puedo apartar la mirada.

Tiene el pelo revuelto; una de esas ondas que tanto le molestan cuando va con prisa le cae sobre la frente, y me muero de ganas de apartarla con los dedos. Pero no lo hago. Me limito a observarla como si asistiera a una escena sagrada y la felicidad se

hubiera posado sobre mi pecho y temiera moverme por si se desvanece.

El anillo en su dedo brilla con la luz tenue que se cuela entre las cortinas. Verlo ahí, sobre su piel, junto al primero que le regalé, me hace sentir que el mundo, al menos por hoy, está exactamente donde tiene que estar.

Deslizo con cuidado las sábanas para no despertarla y salgo de la cama de puntillas. El suelo está helado, pero no me importa. Me pongo mi camiseta vieja —esa que ella detesta y adora al mismo tiempo— y voy directa a la cocina con una única misión: prepararle el mejor desayuno del mundo. Uno que le diga, sin necesidad de palabras, que no hay ningún sitio donde prefiera estar que aquí. Con ella. En casa.

Abro la nevera, saco los huevos, mantequilla, un poco de queso de cabra y espinacas frescas. Me acuerdo de aquella vez que quise impresionarla con una frittata y acabé quemando la base por culpa de los nervios. Se rio tanto que terminamos comiendo tostadas y bailando descalzas por la cocina.

Pongo música a volumen bajo. Algo instrumental, suave, con toques de piano que acompaña el ambiente sin irrumpir lo que tengo que hacer. Mientras los ingredientes se doran y el desayuno va tomando forma, elijo su taza favorita y preparo un café, como le gusta. Me detengo un segundo a observar cómo asciende el vapor, como si en las cosas más sencillas se escondiera la verdadera estabilidad.

Después, corto un poco de pan y dispongo varias piezas de fruta. Sirvo yogur con un hilo de miel. Y entonces, justo cuando

coloco todo en la bandeja y me dispongo a regresar al dormitorio, escucho como me llama.

—¿Shelby…?

Su voz, ronca y todavía adormilada, es más eficaz que cualquier sinfonía.

Cruzo el pasillo con cuidado, y ya la veo sentada en la cama, entre sábanas arrugadas y con los ojos entrecerrados. Me recibe con una sonrisa perezosa, de esas que se le escapan cuando aún está a medio camino entre el sueño y un nuevo despertar.

—Buenos días, futura señora Monette —bromeo, entrando con la bandeja en alto.

Julia se ríe y se recuesta de nuevo sobre los cojines, dejando que la luz le bañe el rostro como si la mañana se hubiese diseñado solo para ella.

—Pensaba que habías huido —dice con fingido dramatismo.

—Solo he ido a encontrarme con el paraíso de los huevos y la mantequilla —le aclaro, dejando la bandeja sobre la cama.

Se incorpora un poco, observa el desayuno con atención y me lanza una mirada que brilla más por la emoción que por la sorpresa.

—¿Te has levantado temprano solo para hacerme esto?

—¿Y si te digo que pienso hacerlo todos los sábados durante el resto de nuestras vidas?

Julia sonríe. Y esa sonrisa es un sortilegio al que no tengo la menor intención de resistirme. Se inclina hacia mí, despacio, y me besa. Primero con dulzura. Luego sus manos se deslizan hasta mi

cuello, y sus dedos se enredan en mi pelo, como si necesitara recordarme que seguimos aquí, que esto es real.

La bandeja queda olvidada mientras el desayuno se enfría. Nuestros cuerpos, en cambio, no.

Me tumba con esa determinación que aparece cuando no hace falta pedir permiso y después, me besa la clavícula, el cuello, la línea del hombro...

—Eres mi lugar favorito —susurra, justo antes de volver a besarme.

Y entonces, la habitación desaparece. O, mejor dicho, se transforma. Las paredes dejan de serlo, las sábanas se enredan entre nuestros cuerpos como si también quisieran abrazarnos. Nos convertimos en una sinfonía de roce y ternura, de deseo contenido que por fin se libera.

Sus manos recorren mi cintura con la calma de quien ha esperado mucho para llegar hasta aquí. Como si quisiera grabar en la memoria cada curva, cada estremecimiento, cada parte de mí que se eriza bajo su contacto. Sus dedos se deslizan entre mi camiseta, y yo arqueo la espalda, soltando un suspiro. Sentirla tan cerca, tan mía, hace que todo lo demás pierda sentido.

—Me encantas así —susurra—. Desordenada. Abierta. Mía.

Me sonrojo, pero no aparto la mirada. Porque hay verdad en sus ojos. Una verdad que me desarma más que cualquier caricia, cuando recorre mis muslos con lentitud, como si mi piel fuera sagrada. Y para ella, sé que lo es.

Mis manos se pierden por su espalda. Recorro su columna con las yemas de los dedos, sintiendo cómo se le eriza la piel. Sus

caderas se ajustan a las mías con naturalidad, y cuando nuestros labios vuelven a encontrarse, el beso es más profundo, más urgente.

Sus labios descienden. Bajan por mi cuello, por el pecho, por los costados. Su aliento cálido sobre mi abdomen me hace jadear de pura entrega. Y cuando por fin me toca, con todo lo que es, dejo de pensar. De existir fuera de este instante. Mis gemidos se funden con la música suave que aún suena en la cocina, con el murmullo del día que comienza al otro lado de la ventana.

—Nunca he amado así —dice, con la voz quebrada por la emoción—. Como te amo a ti.

—Ni yo tampoco —respondo, sin dudar.

Al llegar al clímax, mis dedos dibujan círculos lentos en su espalda. Su frente reposa sobre mi pecho. Y, por un instante, el mundo entero se reduce a nuestros cuerpos entrelazados y al amor que, convertido en refugio, nos sostiene.

—¿Sabes en qué pensaba mientras cocinaba? —pregunto, aún sin aliento.

—¿En mí, desnuda en la cocina?

—Eso también —respondo entre risas—. Pero antes… pensaba en cómo has cambiado mi vida. En cómo, antes de ti, todo parecía lineal y predecible. Y ahora, cada día es una página en blanco dispuesta a llenarse de cosas maravillosas.

—Yo pensaba que el amor era caos. Dolor. Inestabilidad. Pero contigo... sigo descubriendo que el corazón también puede ser un hogar.

Le acaricio la mejilla y le robo un beso.

—Entonces prometamos esto —pido, con el corazón latiendo con fuerza contra su pecho—: que, incluso cuando todo lo demás falle, sepamos regresar aquí. A esta casa. A nosotras.

—Prometido —susurra.

. . .

Después de desayunar juntas —y enviar un mensaje a Elliot avisándole de que llegaría tarde—, vamos a casa de su madre para recoger las cosas que Julia se llevó durante esos días en los que necesitaba alejarse de todo. Ella camina a mi lado como si ya hubiésemos cruzado ese umbral invisible que separa lo roto de lo reparado. Yo, en cambio, sujeto entre las manos una bolsa con recipientes de comida casera y un leve temblor bajo la piel. Julia insiste en que su madre no va a decir nada negativo. Que lo nuestro es más motivo de celebración que de reproche. Pero esa seguridad se tambalea en cuanto llegamos a la puerta… que se abre con la misma rapidez que el abrazo que la sigue.

—¡Sabía que lo arreglaríais! —exclama Jamille, irradiando esa calidez que desarma cualquier defensa—. Y lo sabía porque anoche soñé con flores, vino blanco y un vestido precioso que no era para mí. Así que adelante, que aquí lo único que falta es poner esa bendita fecha.

«Qué pronto se lo ha dicho», pienso, mientras Julia suelta una carcajada y yo me quedo inmóvil en el umbral, sosteniendo la bolsa como si no supiera qué hacer con las manos.

—Hola, Jamille… He traído algo de comida. Por si…

—¿Por si pensaba lanzarte por la ventana? —responde con una ceja arqueada y una sonrisa cómplice—. Hija, no digas tonterías. Entra ya, que esos platos no se van a comer solos y tú necesitas más cariño que una reprimenda.

La casa huele a hogar, a esa mezcla de canela, madera envejecida y lavanda que se impregna en los detalles. Pequeños detalles que gritan «he nacido aquí», aunque Jamille viva a caballo entre San Francisco y Londres.

Dejo la bolsa sobre la encimera de la cocina y respiro hondo. La tensión se me escurre de los dedos poco a poco. Su madre no parece enfadada, ni siquiera preocupada. Más bien parece querer celebrar algo grande.

—¿Os apetece un té? —pregunta con alegría, abriendo el frigorífico—. Ayer fui a por mis favoritos.

—Sí, creo que me sentará de maravilla —respondo, aún con algo de vergüenza en la voz.

Julia se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa sonrisa suya, la que aparece cuando todo encaja. La observo. Me gusta ver esa chispa de complicidad en sus ojos, la que nace cuando las guerras internas se calman y queda solo lo que se desea de verdad.

—¿Y tú qué? —pregunta su madre, girándose hacia ella con teatralidad—. ¿Piensas enseñarme el anillo nuevo o lo vas a esconder como si fuera un secreto de Estado?

Ella sonríe, y le muestra la mano.

—¡Ay, pero si es todavía más bonito en persona que en la foto que me mandaste ayer! —dice Jamille, emocionada—. No sabéis la

ilusión que me hace.

«¿Cuándo le mandó esa foto?», me pregunto, y Julia se encoge de hombros, divertida.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y Jamille nos sirve el té. La luz entra a raudales por la ventana, y por un momento, el mundo se vuelve tan sencillo como el aroma del pan tostado flotando en el aire.

—Nunca imaginé que vería a mi hija tan feliz —comenta, casi en un susurro—. Ni siquiera cuando se graduó. Ni cuando consiguió su primer trabajo. Su abuela me mantenía informada de todo, pero hoy… hoy veo lo que significa la felicidad auténtica.

Julia baja la mirada, como si esas palabras se posaran sobre su pecho con un peso dulce.

—Sé que no ha sido fácil llegar hasta aquí —añade su madre—. Pero me alegra que hayáis vuelto. Que os hayáis elegido de nuevo. A veces, lo más valiente no es quedarse. Es saber regresar.

No sé qué responder. Solo asiento. Porque hay algo en esa frase que me toca más de lo que me atrevo a admitir.

Cuando terminamos el té, Julia se levanta para recoger sus cosas y yo me quedo en la cocina con Jamille, envueltas en ese silencio cómodo que no necesita explicación.

—Shelby —me dice de pronto—. Quiero que sepas que aquí siempre tendrás un lugar. No solo porque la amas, sino porque has demostrado que estás dispuesta a caminar a su lado. Incluso cuando os perdáis.

—Gracias… —respondo, llevándome la mano al pecho, donde las emociones se arremolinan como un torbellino.

Jamille se incorpora, me acaricia el brazo y dice con una sonrisa traviesa:

—Eso sí, esta vez no tardéis en darnos una fecha. Que ya estoy mirando vestidos, y no precisamente para mi hija.

—Delo por hecho —respondo, y nos fundimos en un abrazo.

Esto es lo que le pido a la vida, conocer sus colores más valiosos a través de las personas que amo. Y no solo a través de unos fogones que, una vez más, me esperan con su ritmo habitual.

Me habría gustado no tener que regresar a Azaleas tan pronto, ni encontrarme con la sorpresa de ver a Emilia aguardando en la puerta del restaurante. Sé exactamente qué viene a decirme y, por primera vez en días, ya tengo muy clara mi respuesta.

Está apoyada en la pared de ladrillo como si llevase un buen rato esperándome, con los brazos cruzados y el gesto contenido. Luce un abrigo negro, elegante, perfectamente entallado. Nadie lo diría, pero está nerviosa. Lo noto en la forma en que aprieta los labios. En cómo sus ojos me siguen, atentos, sin parpadear, a medida que me acerco.

—Shelby —saluda, inclinando ligeramente la cabeza—. Pensé que sería mejor hablar en persona.

—Me lo imaginaba —respondo, sin rastro de rencor.

Abro la puerta y le indico que pase. El restaurante está en silencio, con las luces principales apagadas y el aroma de las últimas

cocciones aun flotando en el aire, como una promesa del siguiente servicio.

Nos sentamos en la mesa más cercana a la cocina. La misma donde me siento al final de algunos días, para escribir notas en mi libreta y saborear un vino sin prisas.

Emilia deja el bolso a un lado y entrelaza las manos sobre la mesa. Me observa con esa mezcla suya de pragmatismo y visión, como si estuviera valorando una idea incluso antes de que se pronuncie.

—Sé que estos días han sido un torbellino —comienza—. Y también sé que no he sido la persona más… cuidadosa. Pero he estado reflexionando mucho sobre nuestra conversación. Sobre París. Quiero que sepas que la oferta de Gérard sigue en pie, incluso más sólida que antes.

Sus palabras flotan entre nosotras, pero ya no me tambalean. Hay algo distinto en mí, como si por fin supiera sostenerme por mí misma, sin necesidad de impulso ajeno.

—Lo sé —respondo—. Y te agradezco sinceramente lo que viste en mí. Lo que dijiste en tu crítica. Lo que imaginaste para Azaleas cuando él te comentó la idea.

—Pero…

—Pero no voy a abrir un segundo restaurante —aclaro, con una firmeza tranquila, sin dudas ni vacilaciones.

Ella no se inmuta. Solo parpadea, y después sonríe, con una resignación amable. Tal vez ya lo había intuido.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Porque mi sueño ya está aquí —respondo—. Y no necesito duplicarlo para que sea más real.

Me recuesto levemente en la silla y observo el reflejo suave de la lámpara sobre la madera de la mesa. Las paredes, con sus tonos cálidos, siguen devolviendo esa sensación de refugio, de autenticidad. Aquí está todo lo que he construido. Con mis manos. Con mi gente. Con Julia.

—Durante mucho tiempo creí que tener éxito era crecer sin parar. Expandirse. Abrir más puertas. Acumular estrellas. Pero estos días, mientras todo parecía desmoronarse, me he dado cuenta de que lo que verdaderamente importa no es cuántos lugares puedas llegar a tener, sino la calidad del sitio que ya posees.

Emilia se cruza de brazos. Aparta la mirada durante un instante, luego vuelve a mí, y esta vez percibo algo distinto en sus ojos: respeto, sin condiciones.

—No todo el mundo sería capaz de rechazar una oferta así.

—Quizá no —concedo—. Pero no todo el mundo tiene a una Julia esperándole en casa. Ni un equipo como el mío. Ni un restaurante que huele a momentos compartidos. A verdad. Y por eso, no necesito más. Ya lo tengo todo.

El silencio que se posa entre nosotras, esta vez no es incómodo. Es un espacio que se llena con lo que no necesita decirse.

—¿Y si algún día cambias de opinión? —pregunta al cabo de unos segundos, sin presionar.

—Si algún día siento que puedo hacerlo sin perder lo que me hace feliz, te llamaré —respondo con honestidad—. Pero ahora mismo, lo único que quiero es cuidar lo que tengo. No quiero subir a

una cima si, para ello, tengo que olvidar cómo se siente pisar este suelo.

Ella asiente, despacio. Luego se pone en pie, toma el bolso y se lo cuelga al hombro con elegancia.

—Shelby, no pierdas esa capacidad tuya de cocinar desde el alma. Es lo que te hace distinta. Y lo que hizo que Azaleas me tocara, más allá del paladar.

—Gracias —digo, esta vez con una sonrisa plena—. Ya sabes que aquí siempre tendrás un sitio. Esta también es tu casa.

Emilia asiente. La puerta se cierra tras ella con un susurro suave, y me quedo sola en la penumbra del restaurante. Pero no me siento sola. Me siento... en casa. Como si, por fin, después de semanas de incertidumbre, hubiese reencontrado el ritmo natural de las cosas.

Camino hacia la cocina. Paso la mano por la encimera. El metal aún conserva el calor del mediodía. Al fondo, Flora revisa unas anotaciones en su libreta, concentrada, con la cabeza inclinada y el ceño levemente fruncido. A su lado, Elliot examina una bandeja de *mise en place*, alineando cada recipiente con una precisión habitual. Lleva el gorro ligeramente torcido y la chaqueta mal abrochada. Señales de que, aunque no lo diga, ha tenido una mañana intensa.

Nadie se da cuenta de que he entrado.

Durante unos segundos, permanezco en el marco de la puerta, observándoles. Podría parecer una escena corriente de cualquier otro día. Pero no lo es. Porque esta vez, yo sé que algo ha cambiado. No por fuera. Dentro de mí.

Flora prueba con la punta del dedo una emulsión recién montada y asiente, satisfecha. Elliot retira una ramita de tomillo que no debía estar ahí. Trabajan con la sincronía de quienes ya no necesitan palabras para entenderse. Y no puedo evitar sentirme orgullosa. De ellos. De este lugar. De lo que hemos levantado juntos.

Entonces, doy un paso al frente y sonrío.

—Ya estoy aquí, chicos —anuncio, quitándome el abrigo—. Hay algo que quiero contaros.



26
NUESTROS LATIDOS

JULIA

Londres, Inglaterra. *23 de octubre de 2023.*

Nunca pensé que un trozo de chatarra vieja —Lila, no me odies— pudiera hacerme llorar. Pero aquí estoy, con las manos llenas de tierra y la garganta a punto de cerrarse, observando cómo la furgoneta resplandece bajo la luz suave de la mañana, como si acabara de despertar de una larga siesta llena de sueños hermosos que la han devuelto a la vida.

Ha costado muchas horas de trabajo, discusiones sobre colores, texturas y qué tipo de madera debía ir en el interior. Pero, al fin, hemos terminado. Ahora, Lila está restaurada, pintada, con el perfume de las flores impregnando su interior y, sobre todo, preciosa. Como si nunca se le hubiese detenido el motor.

La hemos traído desde la parte trasera de la floristería, empujándola entre todos. Primero fue Benjamin quien agarró el

volante con su habitual sentido del orden; luego Avery se ofreció a ayudar, aunque apenas alcanza el retrovisor. Tony trajo los cafés, y Taylor dirigió la maniobra con la precisión de un arquitecto que no puede evitar calcular el ángulo exacto de cada movimiento. Oliver sujetaba una rama que no queríamos perder durante el trayecto, mientras Amber se aseguró de que todo estuviera en su sitio. Y Shelby… Shelby me miraba como si ver a Lila regresar a la vida fuera también verme renacer a mí.

Ahora, la furgoneta está aquí fuera, frente a la entrada principal de Carla's —tras conseguir los permisos pertinentes—, como un corazón recién pintado que late ante todos, haciendo florecer nuestras sonrisas como una flor de otoño. Shelby la observa, y luego me mira a mí, igual de feliz, igual de orgullosa, igual de… absolutamente hermosa.

—¿Y? —pregunta Avery, con las manos manchadas de rotulador y la sonrisa más bonita que he visto en días—. ¿Te gusta cómo ha quedado, *tii* Jules?

No consigo hablar de inmediato. Solo asiento, y me agacho para abrazarlo con fuerza.

—Me parece que está perfecta —murmuro contra su hombro.

—¡Os lo dije! —grita él, girándose hacia los demás con orgullo —. Sabía que con el amarillo y el interior de flores secas iba a quedar genial. ¡Papi fue el primero al que le gustó la idea!

—Jamás te habríamos puesto en duda, enano —responde él, alzando su vaso de cartón como si hiciera un brindis—. Aunque casi perdemos una ventana en el intento.

—¡Una ventana y mi paciencia! —añade Amber, riéndose mientras le lanza un cojín a la cara.

La risa estalla a mi alrededor, cálida, verdadera. Y me doy cuenta, en ese instante, de que este gesto no ha sido solo una restauración: ha sido un símbolo. Un recordatorio de lo que puede volver a brillar si se cuida de verdad, si permaneces, si empujas junto a quienes quieres.

Mamá sale de la floristería con una bandeja de dulces que huelen a naranja y cardamomo.

—Esto es lo más parecido a una inauguración formal que vais a tener —declara—. Así que comed, bebed y celebrad que nuestra querida Lila ha recuperado el alma.

Shelby se acerca con un plato en las manos. Me ofrece uno de los dulces y sonríe con esa luz suya que no necesita adornos. Lleva una chaqueta de lana gris, el pelo recogido de forma desordenada y los labios aún marcados por el té que tomó hace un rato.

—¿Lista para hacer entregas como en los viejos tiempos? —pregunta.

—Más que lista —respondo, tomándole la mano por puro instinto—. Aunque ya no tenga que sufrir con ella frente a los semáforos —bromeo.

Ella sonríe, y no hace falta decir nada más. Porque hay algo en este momento que lo expresa todo.

La decoración del interior de Lila es sencilla pero mágica: un par de cestas de mimbre llenas de flores secas, cintas en tonos suaves colgando de las estanterías, luces pequeñas que, aunque casi imperceptibles a la luz del día, por la noche brillarán como

luciérnagas inmóviles, y un techo que va a resguardar muchas flores. Cada detalle ha sido pensado con mimo, como si Lila no fuera solo una furgoneta, sino un pequeño escenario donde la vida continúa. Muchos pensarán que aquí corre peligro, pero quienes pasan ya empiezan a reconocerla como parte del decorado al que siempre perteneció.

Benjamin destapa una botella de limonada con gas, que se abre con un sonido alegre. Sirve en vasos de plástico y los reparte con la solemnidad de quien dirige una ceremonia ancestral. Cuando todos tienen el suyo, alza la mano.

—Por Lila. Por Carla's. Por lo que hemos conseguido juntos.

—Y por ti, Julia —añade Cameron, levantando también su vaso —. Porque sigues creyendo en los comienzos, incluso cuando todo parecía ir cuesta arriba.

Trago saliva con cuidado, mientras el vaso me tiembla ligeramente entre los dedos. Y entonces, sí, me permito emocionarme. Porque hay algo profundamente conmovedor en sentirse tan sostenida por los demás.

—Gracias —acierto a decir, mirándolos uno a uno—. De verdad. Este sitio… vosotros… sois la razón por la que cada día merece la pena quedarse.

Nos abrazamos en grupo. Es un abrazo torpe, desordenado. Avery queda atrapado en el centro, Tony se queja de que alguien le pisa, y Amber lanza un suspiro dramático por haberse quedado fuera del círculo. Pero todos reímos.

Cuando al fin nos separamos, subo al asiento del conductor. Lila huele a madera nueva, a flores secas y a posibilidades infinitas.

Me quedo quieta un momento, con las manos sobre el volante, imaginando lo que vendrá: los días por venir, las personas que recibirán algo bonito sin saber que esta furgoneta ha sido el principio de una vida que jamás soñé vivir.

Shelby se asoma por la ventanilla.

—¿Puedo robarte un poco su atención? —pregunta con una sonrisa en los labios.

—Siempre —respondo en un susurro, y le abro la puerta.

Se sienta a mi lado y contempla el interior, la zona donde pronto abrirá el escaparate en horario de venta.

—Ha quedado preciosa.

—Nunca pensé que Lila…

—Estabas destinada a subirte a esta furgoneta. A vivir cada uno de los momentos que te han hecho vibrar el corazón todos estos años —comenta con una ternura que me hace suspirar, acariciándome la mejilla—. Y estoy muy orgullosa de ti. De que hayas conseguido mantenerla viva, tan tuya como siempre.

—No lo habría conseguido sin vosotros —le aclaro, terminando la limonada, y después, me quedo en un tenso silencio—. Me da pena que Elliot vaya a dejar Azaleas.

Shelby niega con suavidad.

—Estaba claro que no compartíamos las mismas aspiraciones profesionales.

Asiente para sí misma, como si necesitara oírlo en voz alta. Se quita la chaqueta y la deja sobre sus piernas. Sus dedos juegan con el dobladillo, distraídos, pero su mirada sigue fija en la mía. En sus

ojos hay paz, pero también un leve cansancio. Ese que deja una decisión difícil, incluso cuando sabes que ha sido la correcta.

—¿Cuándo te lo dijo? —pregunto en voz baja, aunque ya lo imagino.

—Ayer por la tarde. Me esperó en la cocina tras el servicio. Lo dijo sin rodeos, como siempre. Que necesitaba algo más. Otro tipo de cocina, otro tipo de exigencia. Un lugar donde pudiera brillar sin tener que negociar con la parte emocional del proceso. —Se encoge de hombros—. Y yo… no lo detuve. No quise hacerlo.

Asiento, despacio. Lila guarda silencio con nosotras. Solo el murmullo lejano del grupo, riendo cerca de la entrada de Carla's, se cuela por la ventana abierta. El aroma de las flores nos envuelve como una segunda piel, necesaria para que esta conversación no se convierta en un mar de lágrimas.

—¿Y tú estás bien con su decisión? —quiero saber, aunque en el fondo ya sé la respuesta. Shelby no es de las que se quedan ancladas en lo que duele más de la cuenta.

Gira la cabeza hacia mí, se recoge un mechón de pelo tras la oreja y me observa durante unos segundos, en silencio. Me conoce tanto que no necesita escoger las palabras con cautela.

—Estoy bien. De verdad. Elliot ha sido importante. Le tengo muchísimo respeto. Pero estos días me han enseñado que hay algo más valioso que la exigencia de una técnica perfecta. Más que el prestigio, más que los nombres en las guías. Y eso… —dice, señalándome a mí, a la furgoneta, al exterior— es el amor, el vínculo con tu gente, la vida de cada día. Azaleas no va a romperse porque Elliot se marche. Al contrario, quizás ahora pueda experimentar la

cocina de un modo distinto. Y Flora también parecía encantada con el cambio, igual que el resto del equipo temporal.

La observo con una mezcla de ternura y admiración. Su serenidad no es una pose. Es una elección. Y ahí está la diferencia. Antes, Shelby cargaba con el mundo como si fuese una obligación. Ahora lo sostiene porque lo elige, porque quiere.

—¿Y qué vas a hacer?

—Tomarme unas vacaciones.

La respuesta me toma por sorpresa. Y se lo hago notar alzando las cejas.

—¿Vacaciones? ¿Tú?

—Sí. Ya sé que suena increíble, pero hablo en serio —responde, soltando una carcajada y apoyando la cabeza contra la ventanilla—. Tres semanas sin cocina. Sin presión. Sin anotaciones al margen del menú. Solo tú, yo, y lo que nos apetezca.

—¿Y Azaleas? —pregunto, aún incrédula.

Shelby se encoge de hombros con una sonrisa serena, como quien, por fin, ha hecho las paces con una idea que antes le parecía impensable.

—Pues cerrará, apagaremos las cocinas un tiempo. Lo anunciamos deprisa, pero los clientes lo han entendido. Incluso algunos nos han felicitado por la decisión.

La miro, todavía algo desconcertada.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Yo tampoco —reconoce—. Pero si hay algo que he aprendido últimamente, es que no pasa nada por parar.

Guarda silencio unos instantes.

—Necesito este respiro. No solo por nosotras. También por mí. Para recordarme que mi vida no empieza ni termina entre los fogones. Para volver a conectar con lo que me inspiró antes de abrir el restaurante.

La comprendo con claridad. Es algo que viví antes de que Carla's volviera a abrir sus puertas. Apoyo mi cabeza contra la suya. Su calor me alcanza el cuello, y esa cercanía me ancla. Como si, por fin, estuviésemos justo donde debíamos llegar.

—¿Y qué quieres hacer en esas vacaciones? —pregunto sin apartarme.

—Nada extraordinario. Quiero despertarme sin alarmas. Pasear contigo por Portobello. Leer sin interrupciones. Hacer pasta fresca un martes por la noche. Besarte sin tener que mirar el reloj. Ayudarte en Carla's, si me dejas…

—Creo que puedo acostumbrarme a eso —susurro.

Shelby me toma de la mano y me mira con esa intensidad suya, la que borra cualquier duda que haya existido.

—Estoy lista para vivirlo todo contigo —murmura—. En la cocina, fuera de ella. En las noches en vela. En los desayunos tranquilos. En los silencios incómodos. En las fiestas y en los días grises. Porque si algo tengo claro, es que no quiero otra vida si tú no estás en ella.

Trago saliva y aprieto su mano con fuerza. No soy capaz de responder sin que se me rompa la voz. Se inclina, me besa la mejilla, luego la comisura de los labios, y finalmente se queda así, junto a mí, como si supiera que no hay lugar más seguro en todo

Londres que este: dentro de Lila, con el perfume de las flores de fondo y nuestra historia avanzando, al fin, a su propio ritmo.

—Esto es lo que quiero —susurra—. Lo sencillo.

—Lo nuestro —añado, sintiendo cómo el corazón me late despacio, en calma, feliz.

—¡Eh, que la comida se acaba! —grita Tony, asomándose por la ventanilla y, de paso, provocándonos un susto de muerte.

Se echa a reír como un loco. Y yo tengo auténticas ganas de matarlo.

—¡Tony! —exclamo, llevándome la mano al pecho mientras Shelby se incorpora de golpe—. ¿Puedes no asustar a la gente cuando está teniendo un momento tranquilo?

—¿Tranquilo o más bien como si dijeras «aparta que voy a besarla otra vez»? —responde, guiñándome un ojo antes de lanzar su sombrero al interior de la furgoneta.

Cae, como siempre, directo en mi regazo.

—Para ti, californiana —añade, con esa sonrisa suya que ya forma parte del mobiliario emocional de mi vida.

—Gracias —respondo, y me lo coloco sin pensarlo dos veces.

Shelby se ríe. Se ríe con esa libertad que siempre me recuerda por qué me enamoré de ella. Porque incluso en los días más grises, sabe cómo hacer que el mundo pese un poco menos.

—Vamos, anda, antes de que Tony se acabe también la bandeja del limón.

Salimos de Lila con las manos entrelazadas, y el aire de octubre nos envuelve como una melodía conocida. El grupo sigue

reunido en torno a una mesa improvisada hecha con cajas de madera y manteles rescatados de la trastienda. Las tazas de té humean. La bandeja de dulces ha menguado considerablemente, aunque aún quedan unos cuantos trozos de bizcocho y dos o tres galletas en forma de hoja.

—¡Ahí están las protagonistas del día! —grita Amber, alzando su vaso en señal de brindis.

—¿Nos hemos perdido mucho? —pregunta Shelby.

—Solo un discurso improvisado de Benjamin sobre la importancia del trabajo en equipo y dos canciones de Avery que no tenían letra pero sí muchísimo entusiasmo —informa Oliver, acariciando la cabeza del pequeño, que dibuja flores en una servilleta con rotuladores.

Avery me mira con la cara manchada de chocolate y una flor azul mal definida en la mejilla.

—¡He pintado a Lila! —anuncia, orgulloso, levantando su dibujo.

—Es preciosa, cariño —le respondo, agachándome a su lado.

—Le he puesto ruedas invisibles, por si alguna vez quiere volar.

—¿Tú crees que Lila quiere volar?

—No lo sé… pero a veces, lo que parece imposible solo necesita que alguien crea en ello —responde con total convicción, y me deja tan emocionada que tardo un momento en reaccionar.

—¿Pero quién le regala estas frases? —dice Cameron, entre risas.

—Es todo un sabio —añade Tony—. Deberíamos hacerle más caso.

Nos colocamos alrededor de la mesa. Mamá nos ofrece más té, mientras Taylor y Amber debaten sobre los detalles de una próxima colaboración entre Carla's y una pastelería cercana. El sol se filtra entre las nubes, tímido pero suficiente, iluminando las copas de los árboles que se mecen justo encima de la calle.

Es uno de esos momentos que no necesitan ser extraordinarios para convertirse en memorables. Uno de esos en los que sabes que vas a querer volver algún día.

Shelby está a mi lado, con la chaqueta entreabierta y el pelo algo revuelto por el viento. Sus dedos juegan con los míos, y, de vez en cuando, me lanza una mirada que lo dice todo, como si me leyera sin necesidad de que pronuncie una sola palabra.

—Oye, y ahora que tenéis vacaciones… —dice Amber con una sonrisa cómplice—, ¿algún plan salvaje?

—¿Dormir cuenta? —responde Shelby, alzando una ceja.

—No.

—Entonces: dormir, comer y repetir.

—Y besarnos sin que nadie se asome por una ventanilla y nos amargue el momento —añado yo, mirando a Tony, que se encoge de hombros con descaro.

La risa vuelve a elevarse en el aire como una guirnalda invisible que nos une a todos. Sé que no siempre será así. Que habrá días duros, silencios incómodos, cansancio y dudas. Pero también sé que

este instante, esta comunidad de afectos y complicidad, es un recordatorio de todo lo que vale la pena.

Porque incluso Tony y Taylor han vuelto a parecer los de antes.

Y más tarde, cuando comiencen las despedidas y la luz cambie, Shelby me tomará de la cintura y me susurrará que no quiere irse todavía. Que quiere ayudar a recoger, aunque no haga falta. Que desea quedarse en este rincón del mundo un poco más.

Y yo le diré que sí.

Porque si hay algo que he aprendido en todo este recorrido, es que los días buenos no son necesariamente los más brillantes. Son los que se construyen con las personas que te miran con amor incluso cuando estás despeinada, con chocolate en la cara y las emociones desbordadas.

Y, en ese sentido, este día ha sido perfecto.



27
SIEMPRE FUISTE MI LUGAR

JULIA

Londres, Inglaterra. *29 de octubre de 2023.*

La luz entra por los ventanales como una invitada de honor que se abre paso con calma. Es suave, dorada, acaricia las paredes como si tuviera algo importante que celebrar. Supongo que el piso de Amber y Taylor siempre ha sido así: un lugar con encanto natural, de esos que parecen impecables, incluso aunque haya tazas vacías sobre la mesa y zapatos desparejados junto al perchero.

Estoy en su habitación, sentada frente a un espejo redondo con marco de madera, terminando de perfilarme los labios. El tono es discreto, un punto intermedio entre el rosa y el coral, sin querer robar protagonismo al vestido. Amber lo dejó colgado en la puerta hace un rato, dentro de una funda blanca, con una nota escrita a mano: «Confía en mí. Te va a quedar de infarto».

Y, como siempre, tenía razón.

El vestido es precioso. Sencillo, pero rotundamente bello. Tiene un tono marfil que no llega a blanco, tirantes finos y un escote sutil en forma de corazón. La tela cae con una ligereza que parece flotar alrededor de mis piernas al moverme. No lleva encajes ni lentejuelas. Solo esa elegancia delicada que grita «esto eres tú», sin necesidad de artificios.

—¿Estás lista o sigues dudando si combinarlo con unas buenas botas? —pregunta Amber desde la puerta, con esa sonrisa suya que siempre aparece en el momento justo.

Me observo en el espejo. El reflejo de la mujer que veo me encanta.

—Creo que me pondré los tacones… por respeto a tu esfuerzo como estilista improvisada.

La verdad es que siempre ha tenido un gusto exquisito para la moda.

—Amén —responde, entrando para ayudarme con los pendientes—. Es un look perfecto para una comida sencilla, aunque está claro que vas a deslumbrar. Justo lo que necesitas.

—¿Estás segura de que no es demasiado para una simple comida? Ya sé que no he tenido mucho tiempo para ir de compras contigo, pero…

—Julia… ¿desde cuándo te preocupan los demasiado? —responde mirándome al espejo—. Te lo dije, cuando lo vi en la tienda supe que era para ti. Hoy es la ocasión perfecta para llevarlo. ¿No crees?

—Si al menos me dijeras a dónde vamos…

—Eso lo descubrirás tú misma. Shelby quería que fuera una sorpresa, así que termina de maquillarte.

Me guiña un ojo, con esa expresión traviesa que nunca augura nada previsible. Frunzo el ceño, dejándole claro que la conozco demasiado bien.

—Solo te diré que es un sitio que te va a gustar, perfecto para una celebración colectiva por todos nuestros pequeños logros. Nada más —añade con suavidad—. Tony se ha volcado para que todo salga bien.

—Claro…

—¿No te fías?

—De ti, siempre. De tu tendencia a minimizar las cosas, nunca.

Ríe y me acerca un frasco de perfume con aroma a lirios y cítricos, mis favoritos desde hace años. Me lo aplico en las muñecas mientras ella me observa con aire satisfecho, como quien contempla su obra terminada. Solo falta el abrigo para acompañarlo por las calles de Londres, y estaré lista.

—¿Y los demás? —pregunto de pronto.

Amber sonríe, más para sí que para mí.

—Me han dicho que nos veamos allí directamente, que tenían que resolver algunas cosas. Tú solo relájate y déjate llevar. Créeme, no habrá mejor plan para hoy.

La miro con cierta suspicacia. Su tono tiene esa ligereza peligrosa que suele preceder a las sorpresas más inesperadas. Pero también hay algo en su manera de moverse, en cómo me recoge un mechón suelto con ternura, que me inspira confianza.

El apartamento está decorado con personalidad caótica, justo el estilo de Taylor y Amber. Hay cojines de estampados distintos en cada silla, plantas que milagrosamente han sobrevivido a cierto descuido —un crimen si trabajas en una floristería— y cuadros abstractos que no comprendo del todo pero que me gustan. La cocina está impecable, señal inequívoca de que Taylor ha pasado por allí esta mañana.

—¿Y cómo van los pedidos para la semana que viene? —pregunto mientras me calzo los zapatos frente al espejo.

Amber se sienta en el borde de la cama, cruzando las piernas con naturalidad.

—Bastante bien. Está todo más tranquilo de lo que pensaba para esta época del año, la verdad. A veces creo que nos merecemos un poco de calma, ¿sabes? Sin sobresaltos ni giros inesperados. Una rutina simple. Y no lo digo como algo negativo.

—A veces la rutina es justo lo que se necesita —respondo mientras ajusto la tira del tacón—. Después de tanto caos, un poco de silencio es casi una bendición.

—Eso mismo. Además, ahora que tú estás más en equilibrio, las cosas se notan distintas. Más... en su sitio.

La observo a través del espejo. Me devuelve una sonrisa que mezcla ternura y orgullo con naturalidad.

—Me alegra escucharlo —le digo, sonriendo—. A veces dudo si lo estoy haciendo bien, si Carla’s sigue siendo ese lugar al que la gente quiere volver. Pero cuando entro cada mañana, huelo el café recién hecho y veo a Avery organizando flores por colores los días que viene después del cole… entonces sé que no me equivoqué.

Amber se levanta, se acerca y vuelve a acomodarme un mechón rebelde que se escapa del recogido.

—Tú convertiste ese lugar en un refugio, Julia. Y no solo para ti. También para quienes formamos parte de él.

Justo en ese instante, su móvil vibra sobre la mesita de noche. Lo coge, lee un mensaje y sonríe.

—Ya está —anuncia—. Taylor nos espera abajo. Es hora de irnos. ¿Lista?

—Lista —respondo, con una sonrisa que me brota sin esfuerzo.

Siento cómo algo dentro de mí se remueve, una mezcla de emoción y anticipación. Como si estuviera a punto de atravesar una puerta hacia algo que ni siquiera sabía que deseaba tanto.

Y, aunque intento disimularlo, mi estómago empieza a llenarse de mariposas. Bajo las escaleras con Amber, el vestido moviéndose con cada paso como si ya conociera el ritmo del día. Taylor nos espera en la acera con una camisa salmón que hace un bonito juego con sus ojos, hoy lleva esa sonrisa que promete tranquilidad. Al abrir la puerta del coche, sube el volumen de la música, y por un instante tengo la sensación de estar protagonizando mi propia historia, aunque aún no sepa en qué capítulo me encuentro.

El trayecto es breve, pero la ciudad me parece distinta. O tal vez soy yo la que ha cambiado. Tal vez sea esta mezcla de nervios y alegría contenida. El saberme rodeada de personas que me quieren lo suficiente como para organizar una celebración sin desvelarme ni una sola pista. Llevo en la piel el aroma de lo nuevo, y en el pecho, la paz de lo cierto.

—Ya hemos llegado —anuncia Amber justo cuando aparcamos en una calle que me resulta familiar.

Al mirar al frente, observo que estamos en The Tabernacle.

—¿Es aquí?

—Aquí mismo —confirma Taylor, saliendo del coche.

Permanezco unos segundos sentada. Miro por la ventanilla el edificio de ladrillo, sus altas ventanas, la verja negra que rodea el pequeño jardín delantero. No es la primera vez que estoy aquí. Pero sí es la primera vez que no tengo ni la menor idea de lo que me espera tras esa puerta.

Amber me ofrece su mano. La tomo y bajo del coche.

La brisa es suave, casi cálida pese a estar en octubre. El cielo se ha despejado justo lo suficiente para que una luz dorada bañe las fachadas. El aire huele a hojas caídas, a madera húmeda... y a algo que está por descubrir. ¿Jazmín, quizás?

Cruzamos la verja. Y justo al girar hacia el jardín lateral, todo se detiene.

Yo me detengo. El mundo se paraliza.

Esta no es la celebración que yo había imaginado. Frente a mí, hay un montón de sillas blancas, dispuestas en dos hileras perfectamente alineadas sobre el césped. Los farolillos cuelgan de los árboles como luciérnagas suspendidas, inmóviles, delicadas. Un arco cubierto de flores —lavanda, dalias, hortensias, eucalipto— preside un pasillo que parece sacado de un cuento. Al fondo, una mesa con dulces, copas de cristal y un cartel manuscrito que reza: «Siempre fuiste mi lugar».

Y, a cada lado, están ellos. Mi familia.

Tony me sonríe con su inseparable sombrero, tan feliz que parece a punto de estallar de alegría. Cameron, está de pie junto a Stephen y Oliver, quien sostiene la mano de Avery, vestido con tirantes y una pajarita azul. Benjamin se ajusta la chaqueta, visiblemente emocionado. Flora, más elegante de lo que nunca la he visto, saluda con la mano, junto a Emilia, que sostiene un pequeño ramo y lleva en los ojos el brillo de quien ha descubierto algo totalmente nuevo. Mi madre observa la escena con los labios temblorosos, desbordada por la emoción.

Y, frente al altar, está ella. El amor de mi vida. La razón por la que mi corazón late como si quisiera salirse del pecho. No sé cómo puedo ser tan inocente como para no haberlo imaginado, pero me gusta que haya sido así.

Shelby viste de blanco roto, con un recogido precioso y la mirada fija en mí. No pronuncia ni una sola palabra. No necesita hacerlo. En sus ojos está todo lo que hemos sido, lo que nos ha traído hasta aquí. Me llevo la mano a la boca, sobrepasada por la emoción. Es una ola, constante y luminosa, que me arrolla sin resistencia posible.

—¿Qué…? —murmuro, sin lograr articular una palabra más.

—Bienvenida a vuestra boda —dice Amber, con la voz cargada de emoción y los ojos brillantes.

—Pero… ¿cómo se os ocurre?

—Así es como tenía que ser.

No sé si avanzar o quedarme quieta, memorizando cada detalle con todos los sentidos. Pero entonces, mi madre da un paso

adelante, me toma del brazo y me conduce hacia Shelby sin dudarlo.

—Estás preciosa, cariño. Os merecéis esta felicidad —me susurra antes de besarme la mejilla.

Cada paso que doy es una historia. Cada mirada que cruzo, un recuerdo que regresa. Y al llegar junto a Shelby, siento otra vez que estoy en casa.

—¿Lo has tramado tú? —inquiero, en voz baja.

—Con un poquito de ayuda —responde con orgullo, sin apartar los ojos de los míos—. Pero la idea fue mía. Quería que te sorprendieras. Que no lo vieras venir. Y, sobre todo, que el «sí» fuera inolvidable.

Tony da un paso al frente y se coloca el sombrero como si fuese parte esencial de la ceremonia.

—Señoras y señores, familia y flores, amigos y futuras esposas… —comienza, y la risa colectiva rompe con suavidad la emoción contenida—. Estamos aquí para celebrar algo que todos sabíamos desde hace tiempo: que Shelby y Julia no solo se eligieron, sino que se han ido construyendo poco a poco, con amor y esfuerzo. Y que hoy, han decidido seguir caminando juntas, incluso con lluvia, dudas y pruebas de menú fallidas, casarse para continuar con ese capítulo que empezaron a escribir hace ya un tiempo.

Nos mira a las dos y la felicidad brilla en sus labios temblorosos.

—¿Qué os parece si pasamos a los votos? —pregunta, con una sonrisa maravillosa, conteniendo también las lágrimas.

Shelby me contempla, y después, da un paso hacia mí y toma mis manos con firmeza. Las suyas están cálidas, nerviosas, absolutamente reales.

—No he escrito nada… —explica—. Quería hablar desde lo que siento ahora, sin ningún tipo de plan. Como cuando cocino algo nuevo y dejo que el instinto me guíe.

—Tal y como tú eres —respondo, y ambas sonreímos.

—Julia… nunca he sentido tanto miedo ante algo tan hermoso. Llegaste a mi vida cuando yo solo sabía avanzar sin rumbo, midiendo el éxito en platos impecables o en lo que otros opinaban de mí. Pero tú... tú hiciste que todo eso se volviera pequeño. Tú hiciste que Notting Hill fuera un lugar al que quería volver una y otra vez. Que Azaleas tuviera alma. Que el silencio dejara de doler. Que el amor empezara a sanar.

Hace una pausa, me aprieta las manos.

—Durante mucho tiempo pensé que quizá no merecía algo así. Que lo mío era solo el fuego y la presión, pero hoy te miro… Aquí, con ese vestido que parece tejido con tus domingos más bonitos, y lo entiendo. Lo entiendo todo. No tengo que conquistar tu atención, sino cuidarte. Elegirte, cada día. Incluso en los difíciles, cuando el silencio se instale entre las dos. Incluso si alguna vez olvidas lo mágicas que son tus flores.

Ya estoy llorando y no intento ocultarlo. Ella se ríe un poco entre lágrimas, y sus mejillas empiezan a estar tan húmedas como las mías.

—Así que, aunque el mundo se desordene, tengo muy claro que tú y yo sabremos siempre cómo volver a casa. A través de una

canción en Ronnie’s Scott. O durante un desayuno frío en el sofá.

Nadie respira. Todo está en suspenso, incluso el tiempo, y cuando me toca hablar, me cuesta encontrar la voz.

—Me habéis pillado tan de sorpresa… que no sé si lograré decir algo decente —bromeo, y las risas alivian el nudo que llevo en el pecho.

Acaricio sus manos con delicadeza.

—Shelby, tú me diste una vida que no sabía que estaba esperando. Me mostraste que también se puede habitar en alguien, y que amar con ternura es un acto de coraje. Que quedarse, incluso cuando da miedo, es una forma de ser valiente. Me enseñaste a cocinar sin receta, a respirar sin un mapa, a dejar de temer a florecer cuando crees que las raíces ya están marchitas.

Noto cómo me tiembla todo. La emoción. La certeza. El amor en su forma más pura y definitiva.

—Y te prometo que seguiré apostando por ti incluso cuando estés insoportable por culpa del cansancio y vuelvas a olvidar las llaves en cualquier rincón. Que seguiré repartiendo flores y diseñando menús contigo. Que cuidaré de tu risa, de tu rabia, de tu caos y de tu calma. Porque amarte... amarte es lo más sencillo y, al mismo tiempo, lo más inmenso que he hecho jamás.

Me detengo un instante, lo que me parece un suspiro, y añado en voz baja, casi rozando el silencio:

—Y te prometo que siempre, siempre elegiré quedarme a tu lado.

No hay aplausos, solo un mar de ojos brillantes y corazones latiendo al unísono, completamente desbordados. Y cuando Tony recupera la voz para pronunciar esas palabras tan esperadas, yo ya me estoy deshaciendo por dentro, consumida por la emoción.

—Creo que no había conocido a dos almas tan hechas la una para la otra —dice, con la emoción tatuada en su mirada—. Así que… con todo el amor que se ha respirado hoy, os declaro unidas en matrimonio. Ya podéis besa...

No llega a terminar. Porque ya la estoy besando. Y en este instante suspendido, entre flores, risas, aplausos y nuestras dos voces fundidas en una sola, comprendo de verdad lo que significa estar completa, lo que implica encontrarse con alguien desde la raíz. Entiendo el poder de una risa compartida, el brillo de un día sin nubes, la suave danza de un anochecer que no impone despedidas. Comprendo que la familia también se escoge, que las heridas pueden cicatrizar con las personas que un día te hicieron daño, y que no todo el mundo se quedará... pero quienes lo hacen, quienes te quieren de verdad, nunca se van.

Entiendo que la vida es una melodía de jazz: imprevisible, imperfecta y bella. Que los ojos de Shelby son la estrella que quiero acariciar cada noche. Y que la felicidad no es una constante sin fallos, sino esto: una suma de momentos, de pequeñas grietas por donde entra la luz.

—¡Vivan las novias! —grita Avery.

Lo miro y después regreso a los ojos de Shelby, a la mujer que se ha convertido en mi hogar.

—Viva… mi felicidad eterna a tu lado.



EPÍLOGO

JULIA

San Francisco, California. *3 de noviembre de 2023.*

El funicular asciende lentamente, con ese traqueteo tan peculiar que me sigue recordando a una canción vieja que la ciudad se resiste a olvidar. Nob Hill se alza con la elegancia testaruda de quien siempre ha presumido de buenas vistas. Las casas victorianas nos saludan al pasar, adornadas con molduras y geranios, y el aire huele a sal marina y a deliciosa canela tostada. Qué curioso es pensar que has olvidado un lugar y qué sencillo resulta recordarlo en cuanto regresas.

—¿Me vas a explicar por qué estamos en esta misión casi imposible por unos… *cruffins*? —pregunta Shelby, inquieta en el banco de madera, con la chaqueta abierta al sol suave del otoño.

—Porque los *cruffins* no son un dulce cualquiera —le contesto, con la vista puesta en las vías—. Y los de esta pastelería son los originales. Los que me cambiaron la vida hace años. Tenía resaca, iba con prisas y me dieron uno con relleno de limón que me dejó

maravillada, incluso sonreír como nunca. En ese instante supe que el mundo no era tan horrible.

Shelby se ríe, aunque no se burla de mí, más bien, creo que le parece una escena llena de ternura con la que es imposible no sonreír.

—Me encanta que tu despertar espiritual tuviera forma de bollería artesanal.

—¿Y a ti qué te despertó? —le pregunto, girándome hacia ella.

—Tú —responde sin titubear—. Con tus flores en el pelo y ese delicioso olor a té de frutos rojos. Luego, quizás… el saxofón de Tony las noches de Ronnie Scott's, la lavanda en un postre, y este viaje, sin duda. Pero primero fuiste tú.

Me sonrojo como una adolescente. Qué peligro que tiene, incluso ahora.

El funicular se detiene en lo alto con un leve chirrido. Bajamos entre turistas y lugareños, esquivando cámaras y pasos apresurados. Me encanta pasear por esta ciudad, tiene un aire de manuscrito romántico, de una página que puedes releer una y otra vez, pero que siempre te revela un detalle nuevo. Es la ciudad que dejé atrás hace cinco años con un billete de avión y más miedo que certezas, pero ahora que he regresado con Shelby, tal y como dijo mi madre, la siento muy diferente.

—Es aquí —anuncio, señalando la pequeña pastelería en la esquina.

La cola da la vuelta a la acera, y Shelby alza una ceja.

—¿Me vas a hacer esperar todo esto por…?

—Un *cruffin*, sí.

—¿Y si me da un bajón de azúcar por estar esperando? —Pone morritos, haciendo un berrinche delicioso.

—Morirás feliz. Y a mi lado, eso es lo más importante.

Reímos y nos colocamos en la fila. Shelby rodea mi cintura con el brazo, y yo me recuesto un poco en su hombro. A lo lejos, hay un hombre que toca la guitarra en la esquina, una melodía pausada que no soy capaz de reconocer, pero que encaja perfectamente con el cielo despejado y la brisa marina colándose entre las calles.

Cuando por fin tenemos los *cruffins* —uno de vainilla con romero y otro de crema de pistacho y limón—, nos sentamos en un banco frente a una pequeña plaza. La masa cruje al morderla, y el relleno se escapa lo justo como para que tengamos que reírnos y limpiarnos la boca con una servilleta.

—Esto está obscenamente bueno —comenta Shelby con la boca a medio llenar—. ¿Y dices que te ayudó a superar una resaca?

—No solo eso. Ese día, mientras comía uno de estos y vagaba sin rumbo, decidí que no quería seguir con una vida que no me llenara del todo.

—Así que… el *cruffin* también cambió tu destino.

—Sí. Como tú.

Nos miramos. Y durante un instante, el mundo se detiene. Shelby deja su dulce sobre la servilleta y me toma de la mano. La suya está cálida, firme. La mía, algo temblorosa.

—Julia —murmura, y solo con pronunciar mi nombre me deja sin aire.

—Dime.

—Quiero decirte algo. Algo que quizás ya intuyes… —dice con los nervios temblando en sus labios—. Pero que no quiero guardármelo más.

Le aprieto los dedos, en silencio.

—Quiero formar una familia contigo —afirma, sin ningún tipo de rodeo—. No como una idea lejana, no como un «algún día». Lo quiero ahora, y de verdad. Cuando volvamos a Londres. Deseo lo cotidiano contigo, lo inmenso, lo imperfecto. Quiero que el hogar que estamos construyendo tenga una risa más. O dos. O las que lleguen —añade, con la sonrisa que siempre esboza y que me deja sin aliento—. Quiero estar contigo cuando lo intentemos y también si las cosas no salen a la primera. Solo sé que quiero soñarlo cada uno de nuestros días.

La emoción se me atasca en la garganta y me arde en las mejillas.

—¿Estás segura?

—Nada me haría más feliz. Te amo, y estoy dispuesta a vivirlo todo contigo.

El *cruffin* se me deshace entre los dedos, pero no me importa. Suelto una carcajada, porque es la única manera de no echarme a llorar como una loca en mitad de la calle.

—Yo también lo quiero, Shelby —murmuro, pegada a sus labios —. Siempre lo he querido. Solo tenía miedo de que tú no…

—Pues ya no lo tengo —me aclara—. Así que, cuando regresemos, empezaremos a escribir esa parte de la historia. ¿Te

parece?

—Me parece perfecto.

Nos quedamos un rato así, sentadas en un banco de madera, en mitad de San Francisco, con las manos entrelazadas, los labios dulces y el futuro desplegado como una página en blanco. En la ciudad que me vio marchar, antes de que otra nos recibirá de nuevo, mientras nos prometemos el mundo entero. Sin ningún tipo de miedo.

Permanecemos un rato en silencio, observando cómo la gente pasa frente a nosotras, ajena al hecho de que acabamos de hacernos la promesa más grande del mundo. El *cruffin* ya es un desastre irreparable entre las servilletas, pero la felicidad en el pecho no deja espacio para preocuparse por las migas ni el desperdicio.

Entonces me vuelvo hacia ella, con el corazón todavía galopando y una idea clara, nítida, que me estalla detrás de los ojos.

—¿Sabes qué quiero hacer ahora? —pregunto, mientras me limpio un poco de crema de pistacho del dedo.

—¿Comerte otro *cruffin*? —responde Shelby, alzando una ceja.

—No. Bueno, sí, pero más tarde. Ahora quiero llevarte al embarcadero. Al que está cerca de Fisherman’s Wharf. Quiero que veas el atardecer desde allí, hay una vista del puente que no te puedes perder.

—¿Estás intentando seducirme con los paisajes de San Francisco?

—Estoy intentando mostrarte mi historia, el lugar donde soñaba con estar antes de conocerte. Donde me imaginé otra vida, la que me llevó directamente a ti.

Shelby me observa unos segundos. Su sonrisa ya no es amplia ni ruidosa, es pequeña, íntima, una que solo me regala cuando está de verdad conmovida.

—Acabas de conquistarme que lo sepas. Igual que esta ciudad —comenta con una sonrisa—. Mucho mejor que Grecia.

—Y que continúe siendo así.

Le ofrezco la mano y nos levantamos. Porque a veces, el siguiente paso no necesita ser grandioso. Solo tiene que ser compartido con la persona que más amas. Y cada paso con ella, va a seguir significándolo todo.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela está dedicada a todas las personas que nunca se rinden y luchan hasta el final. Espero que el camino de Julia os haya enamorado tanto como a mí, ella es un personaje que siempre estará conmigo, que me acompañará toda la vida, porque fue quien dio alas a este sueño.

Gracias por nunca fallar en leer cada una de mis novelas. Recordar que, a pesar de los días difíciles, siempre hay un motivo para ver el sol.

A mi mujer, por estar siempre ahí, por seguir haciéndome hueco en tu corazón. Gracias por tus consejos, tu paciencia, y por el toque creativo de mis portadas. Gracias a mis lectoras/es porque después de todos estos años os habéis convertido en mi segunda familia. Me encanta recibir vuestros mensajes y compartir charla y risas de vez en cuando. Hacéis este camino mucho más fácil.

A vosotras, porque estáis a mi lado cada segundo.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*

Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en **Amazon**.